

Selección RNR

PAN CON CHOCOLATE

Ana Castellar



Romance Actual

Pan con chocolate

Ana Castellar



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Ana Castellar

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-883-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Encar y Jeni

*«No te rindas, que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños, destrabar el tiempo,
correr los escombros y destapar el cielo».*

Mario Benedetti

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 8

Agradecimientos

Promoción

Capítulo 1

Daniela terminaba de abrocharse la cremallera de la cazadora, parecía que el invierno ya estaba llegando. Salió del edificio de la universidad, estaba esperando que sus hermanas fueran a recogerla. Hoy había acabado antes de tiempo su turno de limpiadora en la universidad, a las afueras de Gijón, y la habían llamado para pasar a recogerla en coche e ir juntas a casa. Ellas también habían terminado pronto en el trabajo y así le evitaban la caminata hasta casa. Miró su móvil al salir, un mensaje de las chicas le avisaba que llegarían un poco tarde debido a un atasco en la autopista. Siguió caminando unos pasos; apenas había coches ya aparcados. Se fijó en los arbustos que se movían por el viento. Su corazón dio un vuelco cuando vio salir correteando de entre el ramaje a dos niñas pequeñas. Se asustó al sentirse observada por la más pequeña de las jóvenes, la cual avisó a la otra pequeña de la presencia de Daniela. Ambas, al verla, se apresuraron hacia una furgoneta que estaba aparcada en un lateral del aparcamiento. Daniela, asustada, llamó a sus hermanas para contarles lo que estaba viendo, sin saber por qué necesitaba tenerlas al otro lado del teléfono. Estaba en una situación desconocida y tenía miedo, no sabía qué hacer. Sus hermanas le pidieron que volviese al edificio, que esperase su llegada y que la acompañarían después a aquel vehículo. Daniela les dijo que ya era tarde, pues ya se estaba acercando. Si aquellas niñas se habían asustado solo al verla a ella, con más gente se pondrían más nerviosas. Al otro lado del teléfono, Laura y Alba esperaban, nerviosas, a que les diera noticias sobre lo que iba ocurriendo. Daniela susurraba. Aquella furgoneta llevaba días aparcada en ese mismo lugar, y aunque apenas se había fijado, no recordaba a nadie merodeando cerca de ella. Se acercó con miedo a la ventanilla trasera; estaba tapada. Entonces se arrimó a la de delante y apenas vio nada. Había bolsas, mantas; estaba sucia y desordenada. De repente, unas mantas se movieron. Daniela se asustó y dio unos pasos atrás, pero se volvió a aproximar y vio como estas volvían a agitarse. Daniela

pudo ver la manita de una niña que sujetaba uno de los extremos.

—Hola —susurró Daniela en apenas un hilo de voz—. Hola —volvió a decir después de aclararse la garganta—. ¿Estáis solas? ¿Necesitáis algo? — Daniela no recibió ninguna respuesta, esperó unos segundos, mirando aquellas mantas que ahora permanecían inmóviles. Pensó en el miedo que quizás les estaba causando al estar allí, entonces decidió alejarse un poco. Mientras aguardaba la llegada de sus hermanas, iba contándoles cómo, a pesar de la quietud del interior del vehículo, estaba segura de que en él seguían las niñas. Ella se quedó unos metros alejada, tal y como sus hermanas le habían pedido, mirando la furgoneta.

Se volvió a acercarse.

—No tengáis miedo, solo os quiero ayudar, ¿dónde están vuestros papás? ¿Habéis cenado? —Daniela no recibió respuesta. El viento azotaba fuerte y movía los arbustos. Daniela se giró al oír el motor de un coche; eran Alba y Laura. Lo aparcaron a unos pocos metros y se acercaron a Daniela.

—¿Te han dicho algo?

—No, y tampoco he visto a nadie cerca, pero estoy casi segura de que esta furgoneta lleva aquí al menos dos días, no recuerdo si más tiempo. Y si las han dejado abandonadas, ¿qué hacemos?

—No podemos marcharnos, la noche va a empeorar y está haciendo mucho viento.

—¿Llamamos a la policía? —Las tres se quedaron en silencio pensando que esa sería la mejor opción. La ventanilla del conductor se bajó unos centímetros y una de las niñas se asomó.

—No llaméis a la policía, por favor, mi papá va a venir, ahora está trabajando, no llaméis a la policía, por favor.

Daniela se acercó a la ventanilla.

—¿Dónde trabaja tu papá? ¿Y tu mamá?

—No tengo mamá, y papá vendrá ahora, no tardará.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó Laura, acercándose un poco más.

Recordó que había estado hablando con Alba del hambre que tenían y de qué prepararían de cena mientras hacían la compra en el supermercado, y al ver a aquella niña allí, pálida de frío, temblando, se dio cuenta de que quizás llevaban días sin comer nada.

—Sí —les respondió la niña.

Las tres se miraron.

—Buscaré en el coche —contestó Alba—, quizás encuentre algo que no haya que calentar ni cocinar. —Aunque hacía unas horas que habían hecho la compra antes de ir a buscar a Daniela, no recordaba qué habían comprado. Miró las bolsas, vio leche, pan y unas tabletas de chocolate, y en unos minutos improvisó unos bocadillos de chocolate.

Mientras aquella pequeña observaba a Alba y a Laura revisando en el coche, la otra niña salió, abrazando un peluche, de la parte de atrás de la furgoneta y se puso al lado de su hermana, que la miró como reprendiéndola por no obedecer y le agarró la mano. La mayor miraba a Daniela, estaba confusa, sentía miedo al tenerlas allí, no quería que llamasen a la policía, pero tampoco quería que se fuesen. Aquel viento y el movimiento de la furgoneta le estaban dando mucho miedo, aunque no lo reconocería.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Lola. ¿Y tú?

—Me llamo Daniela.

—¿Nos vas a dar comida?

—Sí, mis hermanas están preparando algo de cena. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Sofía.

—¿Sois hermanas?

—Sí —le respondió Lola—, ella es mi hermana mayor, y yo soy la pequeña.

—¿Y dónde está mamá, está con papá trabajando?

—No tenemos mamá —contestó Sofía, seria.

Laura y Alba se acercaron con la comida y con unos *bricks* de leche.

—Baja un poco más la ventanilla, no entran los bocadillos. —Sofía la miró y tras observar a Lola, decidió hacerlo. Alba les dio el pan con chocolate y fue abriendo los *bricks* de leche para dárselos.

—¿Lleváis muchos días aquí? ¿Durmiendo en la furgoneta?

—Sí, esta es nuestra casa hasta que papá consiga otra —reveló Lola.

Las niñas comían y bebían. Daniela, Laura y Alba las observaban sin poder evitar la tristeza que les generaba el verlas allí, tan frágiles, tan desvalidas. Había pasado al menos una hora, ya se sentían cómodas con ellas, y Sofía les había pedido que esperasen hasta que llegase su papá. Las tres aceptaron. Lola le dijo a Sofía que tenía pis, antes no le había dado tiempo y después de beber, ahora no podía aguantarse. Daniela, al oírla, le dijo que ella la acompañaría, ya eran amigas y podían confiar en ellas. Sofía abrió la puerta de la furgoneta y Lola salió rápidamente. Sofía se debatía entre acompañar a Lola y dejar sola la furgoneta, su única casa.

—No os alejéis mucho —acertó a decir.

—Estamos aquí detrás, no te preocupes.

De vuelta a la furgoneta, Lola abrazaba a su peluche y cogía la mano de Daniela.

—¿Cómo se llama tu perrita?

—Fiala. —Lola se lo acercó un poco más—. El nombre se lo puso papá, es *f*ia, de Sofía, y *la*, de Lola.

Daniela sonrió, ella también tenía perritos en su casa. Le contó que se llamaban Kas y Lichis.

—Me gustaría conocerlos —respondió Lola.

Desde lejos, Matías vio lo que estaba sucediendo: sus hijas estaban con unas mujeres, una de ellas ayudaba a Lola a subir a la furgoneta. No entendía qué podía estar ocurriendo. Sintió pánico, un pánico que durante unos segundos lo paralizó. Caminó rápidamente hacia la furgoneta, tenía que resolver aquella situación. Pensaba en cómo salir de allí, la furgoneta no tenía gasolina, había terminado rápido su trabajo para estar con sus hijas y al día

siguiente iría a por la gasolina, en su mano agarraba con fuerza una bolsa de plástico con algo de comida que había comprado para cenar esa noche.

—Mira, ese es mi papá —grito Sofía al verlo acercarse.

—Sí, es papá, ya está aquí —confirmó Lola.

Las tres hermanas se giraron al escuchar a las niñas.

—Meteros dentro —les dijo Matías—. ¿Qué queréis? ¿Que hacéis aquí?

—Nos han dado la cena, papá, son nuestras amigas —respondió Lola.

—Sí, es verdad, papá, son nuestras amigas —le confirmó Sofía.

—Gracias por la cena. ¿Cuánto os debo? Nos tenemos que ir.

—Nada, solo han sido unos bocadillos.

—Gracias —les respondió Matías esperando que se fueran.

Las hermanas se despidieron de las niñas y caminaron hacia su coche. Antes de entrar al coche, Daniela se giró, lo vio fuera esperando a que ellas se fueran, «no tienen a donde ir», pensó Daniela, dio media vuelta y se dirigió a Matías; sus hermanas le siguieron.

—¿Qué quieres? —le preguntó Matías molesto y nervioso. Las niñas sonrieron al verlas de nuevo.

—Hace una noche horrible y va a empeorar, y si tú y ellas queréis... podéis pasar la noche en nuestra casa. —Daniela miró a sus hermanas, estaban sorprendidas de aquel ofrecimiento sin consultarles—. Vivimos lejos, pero será mejor que pasar la noche en este lugar, podréis tomar algo caliente y... no sé, daros un baño caliente...

—¿Qué quieres a cambio?

—Nada, no podría dormir sabiendo que estáis aquí. He visto esta furgoneta aparcada varios días y tu cara me suena, te he visto dentro del edificio, lleváis días así...

—Queremos ayudarte y ayudar a Sofía y Lola —terminó la frase Laura.

—Papá, vamos con ellas —intervino Sofía. Él las miró, Lola le sonreía mientras agarraba a su peluche. Matías le sonrió, y ella cogió su cazadora y bajó de la furgoneta.

—Lola, espera. No sabéis nada de mí, puedo ser peligroso, haceros daño o robaros cuando os quedéis dormidas, seré un desconocido en vuestra casa — les decía mientras agarraba la mano de Lola fuertemente para que no se fuera.

—Tú tampoco sabes nada de nosotras, no estás tan fuerte como crees

—Somos más... Soy Daniela.

—Matías.

—Ellas son Laura y Alba —las presentó Sofía

—De acuerdo, pasaremos esta noche en vuestra casa. —Lola se soltó de su mano y corrió a la de Daniela. Ella la cogió en brazos, y Lola se abrazó a ella.

—Yo duermo contigo y así conozco a tus perritos.

—Vale, nuestro coche es aquel, ¿vamos? —Sofía cogió su cazadora, bajó de la furgoneta y se agarró a la mano de Matías.

—Sí, vamos. —Matías cogió una bolsa de deporte de la furgoneta y la otra de plástico con la comida que había comprado. Cerró el vehículo y caminó hasta el coche de ellas.

Como Laura les había dicho, en unos minutos llegaron a su calle, aparcaron en una zona cercana y se dirigieron a la casa. Era un edificio viejo y se veía un portal sucio. «Da algo de miedo», pensó Matías, dudaba de su decisión. Era en un quinto piso, sin ascensor y las escaleras estaban descuidadas. Nada más entrar, se sintió tranquilo, se veía limpio, amplio y acogedor, y dos perritos salieron a recibirlos. Lola los saludó.

—¿Quién es Lichis y quién es Kas?

—Mira, esta es Kas, la negrita, y el rubito es Lichis. Ven, Sofía, acércate, no hacen nada, están así porque están contentos de que estéis aquí. —Daniela miró a Matías—. No hacen nada, tranquilo, son muy buenos.

Matías sonrió.

—Es que no soy muy de perros, nunca he convivido con ninguno.

—¿Y Fiala, papá?

—Sí, Fiala es lo más cerca que he estado de uno.

—Pasad, no os quedéis en la puerta.

Alba dejaba las bolsas de la compra en la cocina, ayudada por Laura; las dos desaparecieron por el pasillo después. Daniela les enseñó el baño, el salón y la cocina, y se disculpó, quería quitarse los zapatos y ponerse el pijama; el *orbyu* la había empapado. Matías dejaba la bolsa en el salón mientras ayudaba a Lola a quitarse la cazadora. Sofía entró en el baño, Laura entró en el salón con una pequeña estufa para que la casa se fuera calentando. Alba apareció con unas camisetas para ofrecérselas como pijamas, Matías las aceptó, sabía que en la maleta todo lo que había era ropa sucia.

—Si quieres, podemos poner una lavadora mañana —le dijo, bajito, Alba—. Aquí, con el viento que hace, la ropa se seca enseguida.

—Gracias —le dijo Matías.

—Voy a hacer café para calentarnos un poco. ¿Tenéis hambre? ¿Qué os apetece? ¿Quieres café, Matías?, le preguntó Daniela

—Sí, gracias, me vendrá bien —le contestó mientras la seguía a la cocina.

Alba entró después, buscaba algo de cena en la nevera, habían llegado muy tarde y no le apetecía cocinar.

—Podemos cenar unas tortillas francesas, es lo más rápido. A mí, las albóndigas y las lentejas no me apetecen nada.

—A mí tampoco —dijo Sofía mientras entraba en la cocina, contenta con su pijama improvisado, enseñándoselo a Matías—. ¿Tienes chocolate?

—Sí. Entonces hacemos unos bocadillos con chocolate y leche caliente, ¿vale? —le preguntó Daniela.

—Sí —respondieron Sofía y Alba.

—Matías, ¿tú también quieres pan con chocolate?

—Yo me comería las lentejas o las albóndigas, lo que me deis, estoy muerto de hambre —contestó mientras colocaba en la mesa las tazas que Alba le iba dando.

Daniela calentó las albóndigas y las lentejas, mientras Laura preparaba los bocadillos. Lo colocaron en la mesa y empezaron a cenar. Hablaban del frío que hacía, de los perros, de la cena. No querían preguntar por qué habían

acabado en aquella furgoneta, querían que se sintiesen cómodos. Matías cenó todo lo que había calentado Daniela, no pudo evitarlo, había pasado mucha hambre y aquellos platos le reconfortaron el cuerpo y el alma. Miró a sus hijas, estaban sonrientes, cenaban y hablaban de lo que les gustaba el chocolate. Lola decidía si le gustaba más el blanco o el negro, y se reían cuando se metía un trocito de cada uno en la boca, y Sofía le decía que no hiciese eso. Laura y Alba se fueron a una de las habitaciones en compañía de las niñas. Daniela recogía los platos con la ayuda de Matías, que se ofreció a fregarlos.

—No hace falta, Matías, en unas horas estaremos en pie, si sigues queriendo fregarlos, lo puedes hacer mañana, ahora vamos a la habitación para que veas dónde vais a dormir esta noche.

—Mañana buscaré otro sitio, no os molestaremos. Gracias por dejarnos quedarnos aquí esta noche y por la cena.

—No es necesario que mañana os vayáis, os podéis quedar unos días, Matías, no hay prisa, y teniéndote aquí me creeré mejor cocinera de lo que soy, porque a Laura y a Alba no les hacían mucha gracia las albóndigas.

Matías sonrió.

—Todo estaba muy bueno, y gracias.

—Venga, vamos. —Daniela lo agarró de la mano y lo llevó hasta la habitación. Allí, las hermanas ponían sábanas limpias y mantas a un colchón grande.

—Espero que estéis cómodos aquí. Os dejo más mantas por si tenéis frío —les señaló Laura.

—El colchón está nuevo —interrumpió Daniela—. Es que ves así la habitación llena de cajas y puedes pensar que está sucio o viejo, pero apenas se usó.

—No os preocupéis, ayer pasamos la noche en la furgoneta, hoy dormiremos muy bien.

Sofía se sentó encima del colchón.

—Esto está mejor que la furgoneta —les dijo Sofía.

Lola corrió a su lado.

—Sí, está muy blandito.

Alba destapó la cama y, rápidamente, se metieron dentro.

—Buenas noches —les dijo Laura.

—Buenas noches —se despidió también Alba.

Sofía y Lola les dieron las buenas noches a la vez.

—Gracias por todo, que descanséis —les respondió Matías.

—Podéis dormir hasta la hora que queráis, no os preocupéis, descansad y tapaos bien. Buenas noches.

—Otra noche dormiré contigo —le dijo Lola incorporándose en la cama—. Hoy me quedo con papá.

—Me parece muy bien, cuando tú quieras. Buenas noches, princesas.

—Buenas noches, y gracias por todo.

Por unas horas, la casa se quedó en silencio. Solo el ruido del viento golpeando contra las persianas molestaba el sueño.

Matías se despertó por una llamada a su móvil. Concertó la cita que le pedían. Eran las doce del mediodía y no se escuchaban ruidos en la casa. Se levantó con cuidado de no despertar a sus hijas, que todavía dormían. Vio luz en una habitación del fondo que tenía la puerta entreabierta y, según se iba acercando, oyó el sonido de alguien tecleando en el ordenador.

—¿Se puede? —preguntó, tímidamente, Matías.

—Sí, claro, hola. ¿Ya estáis despiertos? ¿Qué tal habéis pasado la noche?

—Bien, hacía tiempo que no dormía tan bien, y Sofía y Lola siguen dormidas.

—¿Quieres café?

—Sí.

—Pues manos a la obra, vamos a hacer café. Té enseñare nuestra cafetera, es un poco especial y tiene sus trucos.

—Me sirve si queda un poco de anoche o de esta mañana, no quiero

molestarte.

—No, ni hablar, el café recalentado es asqueroso en olor y sabor. Lo mejor es el café recién hecho, además, siempre sale más barato si lo haces para más gente, y me sirves de excusa para tomar otro.

—¿Y tus hermanas?

—Están trabajando.

—No habréis dormido mucho por nuestra culpa, la noche ha sido larga, y no estaré haciendo que pierdas un día de trabajo.

—No, tranquilo, solo trabajo unos días a la semana limpiando en la universidad y el resto del día lo dedico a trabajos de todo tipo que puedo hacer en casa, así que estoy en mi hora del café.

Matías sonrió.

—Me alegro. Encima de que me haces un favor, no me hubiese gustado causarte más trastornos.

Daniela puso sobre la mesa galletas y magdalenas, sirvió los cafés y miró a Matías.

—¿Llevabais muchos días en la furgoneta?

—Aquí, en Asturias, unas semanas, y viviendo en la furgoneta, varios meses. —Los dos se quedaron en silencio—. Mis hijas apenas se han quejado en este tiempo, ni del frío, ni del hambre, ni del miedo, pero en cuanto os vieron y nos disteis esta oportunidad... Ya viste a Lola, saltó corriendo. Lo han pasado mal, no he sido un buen padre.

—No digas eso, Matías, las tienes a tu lado y cuidas de ellas. Apareciste con una bolsa para la cena, y tú también aceptaste que te ayudásemos. Eso es ser un buen padre. Debe haber sido muy complicado llegar a tu situación.

—Sí, pero todo mejorará en unos días. Juntaré dinero y buscaremos una habitación, y todo se habrá solucionando.

Daniela le sirvió otro café.

—Come algo, las penas con pan son menos, o algo así es el dicho.

—Sí, creo que sí, y es cierto, gracias.

—Gracias a ti por no hacernos daño ni robarnos. ¿Algo así dijiste anoche?
—Daniela sonrió, dándose cuenta de que aquel comentario no había sido el más adecuado—. Yo...

—Sí, lo dije. Veros allí fue... Pero también dijisteis que no era tan fuerte como me creía. —Los dos sonrieron—. Se me olvidaba, vi los perros en la cama...

—No te preocupes, son muy tranquilos, por no decir vagos. Cuando llegaron de su paseo, vieron la puerta entreabierta, una cama calentita y no se lo pensaron dos veces. No tengas miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó Sofía entrando en la cocina.

—A los perritos, tu papá estaba preocupado porque se quedaron durmiendo con vosotras.

—Son muy buenos, papá, y no tienes que tenerles miedo, yo les hablaré de ti para que se porten bien contigo.

Matías cogió en cuello a Sofía y la besó.

—¿Qué quieres de desayunar? Tenemos galletas, algunos cereales, pan...

—Pan con chocolate blanco —respondió Lola desde la puerta de la cocina. Daniela la cogió y la sentó en la silla, al lado de Matías y Sofía. Mientras Daniela calentaba la leche y Matías les hacía los bocadillos, Lola le dijo a su padre, muy bajito, que nunca había comido tanto, que se tenían que quedar allí a dormir más veces. Matías besó a Lola y se quedó sin saber qué decir, no podía levantar la vista del pan, sabía que Daniela lo había escuchado y se sentía avergonzado, triste. Daniela controló su respiración, había conseguido no llorar en aquellas horas, pero aquel susurro de Lola le había llegado al corazón y tenía que contener las lágrimas. Sirvió la leche en las tazas, les puso unas cucharadas de cacao soluble y las acercó a la mesa.

—Decidme si está muy caliente y, si es así, os echo un poco de leche fría.

—¿Nos podemos quedar a dormir otra noche aquí? —le preguntó Sofía.

—Sí, os podéis quedar todos los días que queráis, el invierno llegará pronto, y eso quiere decir que vendrán los días de frío y lluvia, y si estáis

cómodas aquí.

—Sí, sí —gritaron las dos a la vez.

—Gracias por el ofrecimiento, Daniela, pero buscaré algo, no quiero abusar.

—No estás abusando, Matías, no hay prisa, aquí tenéis la habitación que querías buscar. Sé que está llena de cajas, pero se puede arreglar. Os podéis quedar hasta que encuentres algo que te guste más, no molestáis.

—No molestamos, papá —dijo Sofía.

Matías sonrió. Sofía confiaba en ellas, se sentía segura en aquella casa y no quería volver a la furgoneta y eso era muy importante para él; hasta entonces, Sofía había sido una niña desconfiada y tímida.

Las niñas terminaron el desayuno y Daniela las acompañó al salón, les encendió la televisión y les dijo que podían verla todo el tiempo que quisiesen. Matías, mientras, recogió la cocina.

—Gracias por recogerlo, Matías, es lo que menos me gusta de las tareas de la casa, volver a colocarlo todo en su sitio. Si quieres, puedes darte una ducha y otra a las niñas, y luego podemos poner la lavadora.

Matías fue a buscar la bolsa que seguía en el salón y la llevó a la cocina. Allí sacó toda la ropa y la metió en la lavadora. Daniela colocó en el baño varias toallas limpias y grandes, de colores para las niñas, y buscó esponjas de animalitos que hacía tiempo habían comprado para decorar el baño y ahora tenía guardadas las que no habían utilizado.

—Estas esponjas les van a gustar, y esto es para ti, creo que es de tu talla, al menos la camisa. Está limpia, es de un ex de Laura, la puedes utilizar tranquilamente

—Gracias, no sé cómo agradeceros lo que estáis haciendo por nosotros, Daniela.

—Ya, Matías, lo hacemos felices. Relájate, no me tienes que dar las gracias por todo, esto es una etapa que has pasado mala y que pasará. Ha sido el destino que hizo que me tardase un poco más ese día.

Matías se quedó con el «gracias» otra vez en los labios.

—¿Qué te he dicho?

—Sí, de acuerdo, limitaré mis gracias a unos pocos por día.

—Vale. Volviendo al tema de la ropa, no he encontrado ropa limpia para las niñas, pero hoy podrán utilizar esto. —Daniela le enseñó unas camisetas.

—Está bien, no te preocupes, solo será mientras se seca su ropa, y para ellas es divertido, así que todo bien.

«El destino», se repitió Matías mientras Daniela desaparecía de la cocina. Matías colocó la ropa en una silla y recordó aquella llamada a su móvil que lo había despertado. Fue a la habitación y allí vio varios mensajes de texto, y en uno de ellos, una hora y un lugar. Se tenía que ir, era trabajo, pero no se atrevía a dejar a las niñas allí. Sabía que estaban seguras y que cuidarían de ellas y, aunque Daniela parecía una buena chica, seguía siendo una desconocida. Solo serían unas horas, y no le quedaba más remedio si quería conseguir dinero para tener su propia casa. «Tengo que hacerlo», se dijo mientras terminaba de ponerse la ropa que Daniela le había dejado. Le quedaba algo pequeña, pero estaba limpia. Antes de irse, bañó a Sofía y a Lola y les puso las vistió con lo que Daniela les había dejado. Mientras las bañaba, les contó que tenía que irse a trabajar y que ellas se tenían que quedar allí, les pidió que se portasen bien, que él volvería lo más pronto posible. Después las dejó en el salón y buscó a Daniela.

—No quiero interrumpirte, Daniela.

—No me interrumpes. ¿Necesitas algo? ¿Se ha apagado el calentador?

—No, el agua estaba estupenda y mis hijas no han rechistado, ni muy caliente ni fría, y las he dejado viendo la tele. Es porque me tengo que ir a trabajar, solo serán unas horas. En la noche estaré aquí, o antes, no sé cuánto tiempo me llevará, pero...

—¿Se lo has dicho a las niñas?

—Sí, ya lo saben y se van a portar súper bien

—Pues vete a trabajar tranquilo, me ocuparé de ellas. —Daniela se levantó

de su silla y se acercó a un mueble, en el que Matías estaba apoyado, abrió un cajón y sacó unas llaves—. Son para ti, así no tendrás que llamar al timbre por si vienes tarde.

—¿Estás segura? Son las llaves de tu casa.

—Tú me dejas a tus hijas, que son más valiosas, y como el único perro que has tenido es Fiala, te contaré que, cuando oyen un timbre, se vuelven locos. Así que sí, estoy segura de darte mis llaves. Esta es la del portal y estas, las de la puerta.

—¿Estas no tienen algún truco que deba conocer?

—No, creo que es de lo poco que no tiene. —Los dos sonrieron. Daniela apuntó el número de móvil de Matías, él no podía llamar, pero sí recibir llamadas si necesitaban localizarlo. Matías se guardó las llaves en un bolsillo y se despidió de Daniela, volviéndole a dar las gracias por todo.

Eran las doce de la noche, Matías no regresaba y no contestaba a las llamadas. Daniela, Laura y Alba estaban preocupadas. «Y si ha dejado aquí a las niñas y no volvemos a verlo», se preguntaban. En apenas unas horas se pusieron en el peor de los escenarios que tendrían que hacer si no volvía. Daniela había acostado a las niñas y ahora, mientras ellas se inquietaban por el paradero de Matías, las niñas dormían plácidamente. Al mirarlas, pensaba que, pasase lo que pasase mañana, esa noche volverían a dormir calentitas, con el estómago lleno y en un lugar seguro. Decidieron no precipitarse y esperar a la mañana siguiente para tomar una decisión.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, unos ruidos despertaron a Daniela, que apenas había podido dormir pensando en Sofía y Lola, y en Matías. Se levantó todavía medio atontada por la hora, y en la cocina encontró a Matías preparando café y, sobre la mesa, un montón de bollería que había comprado para desayunar.

—Estábamos preocupadas, te llamé muchas veces, Matías.

—Lo siento, Daniela, todo se complicó y no pude coger el teléfono, estaríais preocupadas pensando en que había abandonado a mis hijas.

—Se me pasaron mil cosas por la cabeza, no te voy a mentir, pero ya estás aquí y estoy feliz por ello.

Matías se acercó a su cazadora y sacó unos billetes.

—Esto es para vosotras, no es mucho, pero os ayudará con los gastos. No puedo dártelo todos los días, el trabajo es ocasional, pero quiero ayudar con los gastos. O puedo pagar una cantidad por la habitación, lo que penséis vosotras que sea mejor. Como tú me dijiste que esta habitación podría ser la que estaba buscando, me gustaría que fuera así, las he visto ahora al llegar y estaban preciosas durmiendo, calentitas, seguras. —Matías le volvió a acercar el dinero que Daniela había rechazado en un principio.

—No hace falta, Matías, y esto es mucho, no puedo aceptarlo, tengo que hablar con mis hermanas para saber qué piensan, y tomaremos una decisión, que seguro que están de acuerdo, pero quiero hablarlo con ellas antes. Nos tenemos que acostumbrar a compartir baño con más gente, y tú con nosotras. Guarda el dinero, más adelante ya hablaremos de ello, ahora no hace falta. Además, ya has traído un desayuno espectacular.

—Si has cambiado de opinión, me lo puedes decir, lo entendería.

Daniela le miró a los ojos verdes que no la dejaban dormir.

—Es que me he asustado, no sabía nada de ti y me dio miedo

equivocarme, no saber qué hacer, pero sí quiero que os quedéis.

—Lo entiendo, perdona, hoy meteré dinero en el móvil y, si no puedo hablar, te mandaré un mensaje. Mis hijas son lo más importante del mundo para mí, Daniela, nunca las abandonaré, créeme. —Le cogió la mano y le dejó el dinero—. Por eso quiero que te lo quedes, tendrás que comprar mucho chocolate con Sofía y Lola aquí, y quizás puedas ayudarme a mirarles algo de ropa interior y no interior, la mayoría de la ropa a Sofía le queda pequeña y la de Lola está muy vieja. Y voy a necesitar tu ayuda también en eso.

—No te preocupes, Laura y Alba ya les miraron algunas *cosinas* para que estuviesen cómodas, pero sí necesitarán algún abrigo o botas. Nos ocuparemos luego.

—Te da apuro coger el dinero, y no podré nunca pagarte lo que estáis haciendo por ellas. ¿Café?

—Sí, por favor. —Se acercó a uno de los botes que había en la cocina y lo guardó dentro.

A los pocos minutos estaban todos disfrutando de aquel desayuno. Daniela no podía dejar de preguntarse de dónde había sacado esa cantidad de dinero, era mucho, en los tiempos que corrían, para un día de trabajo.

Matías ayudó a recoger la mesa. Mientras, Sofía y Lola fueron a buscar los pijamas y las zapatillas de osito que Laura y Alba les habían comprado esa mañana. Sofía le decía a su padre que les iban a comprar abrigos y botas para el invierno y que serían nuevos, solo los usarían ellas. Matías se fue a la habitación, quería dormir unas horas por si lo volvían a llamar. Había dejado a Sofía y a Lola en el salón, viendo la televisión, y se fue a la cama. Se quedó allí, tirado encima de aquel colchón. Estaba tan a gusto, tan tranquilo, que no tardó en dormirse. Pensaba en Daniela y en su cara cuando le contó el miedo que había pasado, en lo que había sentido al acercarse a ella.

Daniela aprovechó el momento de silencio para hablar con Alba y Laura, necesitaba contarles lo que había pasado.

—No me parece mal que se queden —le respondió Alba mientras terminaba de maquillarse.

—No podemos dejar que vuelvan a dormir y a vivir en esa furgoneta, estamos en épocas de lluvia y las temperaturas empiezan a bajar, aquí están bien. Sí me preocupa Matías, es diferente tener a un hombre viviendo en casa que no conoces de nada que a dos niñas pequeñas. Aunque sí parece buena persona, supongo que solo el tiempo nos dirá si hacemos bien —les contestó Laura.

—A mí también me preocupa Matías. Aparte de la convivencia, que será rara, me preocupa cuál será su trabajo. Me ha dado mucho dinero en la cocina. No quiero pensar que sea algo ilegal y que nos pueda meter en problemas, pero tampoco podemos dejar que se queden en la calle, me da miedo haberme precipitado.

—Dani, no te agobies, hemos hecho lo que teníamos que hacer en ese momento. Esta noche o mañana hablaremos con él y que nos cuente de dónde saca el dinero y por qué tiene ese horario tan especial. A lo mejor solo es portero de discoteca o algo así —le dijo Alba intentando tranquilizarla.

—Y una vez que hablemos con él y nos aclare a qué se dedica, tenemos sitio en el piso, se podrían quedar el tiempo que quisiesen. La habitación donde duermen es grande, solo hace falta tirar trastos y limpiar.

Alba se despidió, llegaba tarde a clase. Laura terminaba de arreglarse.

—No creo que sea mala persona, solo que está en un mal momento, y si podemos ayudarlo, ¿por qué no lo vamos a hacer? —dijo Laura mientras terminaba de meter en su bolso los papeles desperdigados por su mesa.

—Sí, tienes razón, Sofía y Lola son tan buenas, no se quejan por nada, apenas se nota que están aquí. Pobrecillas, tendrán miedo de que si dicen algo, las podamos echar a la calle y tengan que volver a la furgoneta. No te entretengo más, que llegarás tarde al trabajo. —Daniela salió de la habitación de Laura y fue al salón. Allí, debajo de una manta, Sofía y Lola veían los dibujos sin apenas hacer ruido. Daniela buscó en los cajones lápices de colores, rotuladores y unos folios, y los puso encima de la mesa.

—Esto es para que dibujéis si os aburrís de la tele, y también debo tener por algún lado cuentos de cuando Alba era pequeña si queréis leer, los

buscaré luego. ¿Os apetece pintar?

—Sí —respondió Lola. Salió de debajo de la manta, se sentó en el suelo y empezó a elegir sus colores preferidos. Enseguida Sofía la acompañó. Daniela se sentó al lado de Sofía.

—¿Sabes leer, Sofía?

—Sí, mi mamá me enseñó, pero no se me da muy bien, y ahora no leo mucho.

—Eso se soluciona leyendo, yo puedo ayudarte, y cuando vayas al colegio, mejorarás un montón. Allí aprenderás a leer muy bien y conocerás a muchos niños y niñas de tu edad. ¿Has empezado ya el colegio?

—Fui una vez, pero lo tuve que dejar para cuidar de Lola; papá tenía que trabajar

—¿Y mamá?

—Mamá ya no estaba con nosotras.

Daniela la miró. Era tan dulce ver cómo se ocupaba de Lola, colocándole el folio, siempre estaba pendiente de ella, y apenas era dos años mayor que Lola y ya ejercía de mamá.

—¿Te gustaría volver al colegio?

—Tengo que cuidar de Lola, ahora no puedo.

—Bueno, yo puedo cuidar de Lola, y además, Lola ya está en la edad de empezar el colegio, podéis ir las dos al mismo, yo os podría llevar, y después vendríamos aquí. ¿Qué os parece?

—Yo quiero ir al colegio —le respondió Lola.

—¿Y tú, Sofía?

—¿Volveremos aquí?

—Sí, claro, esta es vuestra casa, ahora vivís aquí. —Daniela se sintió mal al decir aquellas palabras, se había precipitado antes y ahora otra vez. Sofía la miró.

—Sí, me gustaría ir si tú nos llevas y luego volvemos aquí, se lo preguntaré luego a papá. ¿No nos vas a echar de aquí?

—No, claro que no. —Lola la abrazó, y Sofía siguió sus pasos. Daniela las abrazó a las dos y las besó. Respiró hondo para evitar las lágrimas, se levantó y les dijo que siguiesen pintando, que ella hablaría con su padre del colegio. Daniela se fue a la habitación donde Matías dormía, tenía que despertarlo para hablar de Sofía y Lola. No soportaba la incertidumbre, tenía que saber qué dirección tomar, saber qué iba a ocurrir, no podía dejar que pasasen las horas, les había dicho a las niñas que esa era su casa y ahora tenía que hablar con Matías. Daniela se asomó a la puerta y lo llamó. Matías enseguida le respondió, su sueño era ligero.

—Siento despertarte, pero necesito hablar contigo. Te espero en mi habitación.

Matías se levantó rápidamente, quizás necesitaba más dinero o quería que se fuesen de allí después de hablarlo con sus hermanas.

—¿Qué ocurre, Daniela? ¿Ha pasado algo?

—Siento haberte despertado así, pero... —Daniela respiró hondo y lo miró a los ojos—. ¿En qué trabajas? ¿Dónde estuviste anoche? ¿De dónde sacaste el dinero? ¿Es ilegal?

—Son demasiadas preguntas recién levantado.

—Lo sé, pero necesito que me las respondas. Estamos de acuerdo en que os quedéis aquí y necesito saber a qué te dedicas.

—Me parece bien. Empezaré por el principio si tienes tiempo

—Sí.

—Uff, el principio, Silvia, mi esposa, y yo decidimos viajar a España. Las cosas en Argentina no iban bien y pensamos que aquí encontraríamos buenos trabajos, una oportunidad de darle una vida mejor a Sofía. Sé que fue muy arriesgado. Ahora que sé lo que hemos vivido, quitaría esa idea de la cabeza a Silvia. En aquel momento me pareció ilusionante vivir aquí. Así que nos vinimos los tres. Silvia trabajaba de lo que podía, y yo también. Cuando Silvia falleció, yo trabajaba de camarero, pagaban bien y me daba para tener una habitación donde vivir con las niñas. No era muy grande, compartíamos baño, pero era mejor que la furgoneta; pero me echaron del trabajo porque

faltaba días enteros o llegaba tarde; con las niñas no podía cumplir un horario, me era muy difícil, todavía me pongo nervioso al recordar aquellos tiempos. La dueña del piso nos echó a la calle, llevaba semanas sin pagarle, ella no quería esperar, los vecinos se quejaban porque Lola lloraba mucho, era un bebé. Estaba desesperado por encontrar otro sitio donde meterlas. Un conocido de la pensión me recomendó un trabajo rápido donde podía conseguir el dinero para las cosas básicas y después para volver a una habitación. Y desde entonces me dedico a eso. Hemos ido pasando los días y los años dando vueltas en la furgoneta y viviendo de ese trabajo hasta hoy.

—¿Cuánto tiempo lleváis viviendo en la furgoneta?

—Unos años, no me gustaba estar en el mismo sitio por si aparecía la policía y alguien nos denunciaba. Alguna vez he estado a punto de perderlas, hay gente capaz de cualquier cosa con tal de no pagar.

—¿Es ilegal? Ahora ya no sé si quiero saberlo, solo quiero que no vuelvan a la furgoneta, no quiero imaginarme lo mal que lo habrán pasado Sofía y Lola.

—Querías la verdad, ¿no?

—Sí, Matías, sigue. —A Daniela se le escaparon unas lágrimas que Matías le limpió suavemente con su mano.

—El trabajo no es ilegal ilegal, pero no está muy bien visto. —Matías miró a Daniela, se levantó de la silla, respiró hondo; no podía estar cerca de Daniela en ese momento—. Sexo, a eso me dedico, sexo por dinero, con mujeres y con hombres alguna vez. Necesito el dinero, Daniela, a veces es mucho y hemos dormido unas noches en una pensión perdida, y otras apenas es nada, por eso llegué hasta aquí, buscando nuevos mercados si se puede decir así. Al ser más pequeño pensé que sería más fácil, no sé, necesitaba salir de las grandes ciudades, estar en un sitio tranquilo, intentar volver a empezar y, mientras busco trabajo de camarero, sigo en el trabajo más antiguo del mundo, se dice así, ¿no? ¿Ahora qué? ¿Cambia algo la decisión de que vivamos aquí?

Daniela apenas levantaba la mirada del suelo, Matías se volvió a sentar

enfrente de ella. Daniela lo miró.

—No cambia nuestra decisión, podéis vivir aquí hasta que queráis, ahora ya sé que no abandonarás a tus hijas si no apareces en toda la noche y que tu trabajo no nos va a meter en líos.

—Mis hijas son lo más importante que tengo en mi vida. Sin ellas no querría seguir viviendo en este asco de mundo, y no os voy a meter en líos, mi trabajo es una cosa, y mis hijas, y ahora vosotras, sois otra, no tenéis nada que ver con lo otro, buscaré trabajo en las ciudades cercanas, podéis estar tranquilas, tendré cuidado.

—¿Y la mamá de Sofía y Lola? ¿Qué le paso? ¿Cómo falleció?

—Silvia falleció en el parto de Lola, todo se complicó una noche que parecía ser una más, no esperábamos la llegada de Lola, le quedaban dos semanas. Fue horrible, y todavía hoy hay recuerdos que tengo nublados, como si todo aquello hubiese sido una pesadilla. No sé por qué todo acabo así, si yo tardé en llevarla al hospital, si aquel médico de urgencias no se dio la suficiente prisa porque no lo consideró urgente porque no éramos españoles, porque Silvia no se quejaba demasiado. No sé qué pudo ocurrir, en apenas unas horas, algo maravilloso como el nacimiento de nuestra segunda hija se transformó en algo horrible y la perdí sin más, me quedé solo en este país, con Sofía agarrada de mi mano y con otra niña que no sabía si sobreviviría aquella noche. A las pocas semanas, volvimos a aquella habitación los tres solos, sin saber qué hacer, sin nada de dinero, y no me quedó otra que enseñarle a Sofía a cuidar de Lola, y llegue a un acuerdo con la dueña del piso de que le pagaría un poco más si las vigilaba de vez en cuando, pero me las puso en la calle. Una amiga de Silvia las vio y las recogió en su casa hasta que llegué, pero solo pudimos quedarnos unas noches, eran muchos, y su marido fue el que me dio la furgoneta para poder tener un sitio donde vivir, todavía la estoy pagando, cuando puedo le mando algo de dinero. Así acabaron nuestros sueños de empezar una vida mejor en España.

—Matías, no sé qué decir, no...

—No tienes nada que decir, ya estás haciendo mucho por nosotros. Tú y tus hermanas nos habéis abierto las puertas de vuestra casa. Y me ha venido bien hablar contigo este rato, no hay nada que ocultar, lo sabes todo de mí

—¿Quieres un café? Te he despertado...

—Yo lo preparo. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien, me pondré a limpiar la habitación, sacar trastos y que Sofía y Lola sepan que aquí están a salvo y que esta puede ser su casa si tú quieres.

—Quiero si tú quieres después de todo lo que te he contado.

—Quiero, queremos que os quedéis. Estamos de acuerdo en eso, incluso en quién va a limpiar la habitación, que seré yo.

—Lo puedo hacer yo o ayudarte al menos, dime cuándo y lo haré. Voy a preparar café.

—Espera.

—¿Sí?

—El colegio, deberían ir al colegio, sobre todo Sofía, y no sé cómo van las cosas, pero creo que Lola también puede empezar ya, así podrían ir juntas, tendrías que informarte, o puedo ir yo a preguntar si lo prefieres. Sofía me contó que ya había estado en el colegio.

—A Sofía, durante unos meses, la llevamos a la guardería antes de que Silvia estuviese embarazada de Lola, mientras buscábamos trabajo, pero eso fue todo. Nunca ha ido al colegio. Lo poco que sabe se lo enseñó Silvia. Cuando se quedó embarazada, dejó el trabajo, no me gustaba que trabajase. Pensé que estaría mejor si estaba más tranquila y, aunque lo pasásemos un poco ajustados, después ya encontraría trabajo, pero no salió bien. No pensé que se acordaría de esos meses, no se es tan pequeña y nunca me ha dicho nada. Pero sí me parece bien que vayan al colegio, que sean niñas normales, pero necesitaré tu ayuda, no tengo ni idea.

—Me informaré de qué colegios hay cerca, qué papeles se necesitan, todo eso. Te acompaño a preparar café y a ir mirando qué haré de comer.

—¿Cuándo quieres que limpiemos la habitación? —le preguntó Matías al pasar por la puerta.

—¿Qué te parece si después tú sacas las cajas hacia fuera y yo voy mirando lo que tiro y lo que guardo, y dónde? Y vamos poco a poco, no me gustaría ver arañas por si acaso las hay, y yo me ocupo mañana de averiguar sobre el colegio.

—Me parece bien. —El teléfono de Matías sonó—. Es trabajo, tengo que cogerlo.

—Sí, tranquilo, cógelo. —Matías salió de la cocina.

Daniela se quedó preparando la comida, pensando en todo lo que Matías le había contado. Se lo tendría que decir a sus hermanas. Estaba segura de que se quedarían alucinadas como ella. La profesión de Matías no había sido una de las opciones que ellas habían pensado. Recordó a Matías cuando se lo contaba, se sentía agobiado al tener que confesárselo, pero también avergonzado, triste, no había tenido otra salida para sobrevivir.

Matías volvió a la cocina, le contó que el trabajo que tenía era por la noche, así que podría limpiar la habitación ahora. Daniela lo acompañó, tenía que decidir qué guardar y qué tirar. Aquella habitación la había ocupado su madre, pero hacía casi un año que ya no vivía con ellas, se había ido con su marido a un pueblo alejado de aquella ciudad. Daniela y sus hermanas le pidieron multitud de veces que no se fuese, aquel hombre, a pesar de su padre, no era de fiar, no era un buen hombre. Su padre siempre les había hecho la vida muy difícil, y para ellas había sido una bendición el momento en el que él decidió abandonarlas por otra mujer. Deseaban no volver a saber nada de él, pero no fue así. Solo duró dos años aquella bendición. Cuando su madre tuvo que elegir, lo eligió a él, era su marido. «No quiero quedarme sola», les decía. En algún momento, ellas harían sus vidas y se olvidarían de ella. Se tenía que ir con él, la quería. Daniela decidió que no volverían a insistir, ya habían pasado más veces por esa situación y ahora ellas podrían no volver a repetirla, ya eran adultas. Pero si su madre insistía, tenían que dejarla y, aunque tenían miedo del final que pudiese tener viviendo con aquel

hombre, habían aprendido que no podían ayudarla cuando ella no quería ser ayudada. Y ahora tenía que decidir qué guardar y qué tirar de aquella habitación llena de trastos viejos y recuerdos, tristes en su mayoría.

Cuando Laura y Alba regresaron por la noche, aquella habitación ya estaba vacía. No se sorprendieron de la rapidez de la limpieza. A Daniela le gustaba ordenar y llevaban tiempo hablando de qué hacer con aquel ambiente y posponiendo la limpieza, y ahora Daniela había encontrado los motivos para limpiarla. Las bolsas de basura se amontonaban en la entrada. Daniela había decidido tirarlo casi todo, solo habían dejado el colchón, unos muebles que eran los que mejor aspecto tenían, juegos, muñecos y libros que Sofía y Lola habían visto, ahora jugaban con ellos en el salón. Cuando la vieron tan vacía, sintieron que comenzaba una nueva etapa en sus vidas. Laura se ofreció a pintar la habitación, se vería más limpia y fresca y tampoco sería tan caro hacerlo. Daniela y Alba estuvieron de acuerdo, y todas se fueron a preparar la cena. Daniela les contó que Matías se había ido a trabajar. Después de comer, les hablaría del trabajo, cuando Sofía y Lola ya estuviesen dormidas. Durante la cena, Lola y Sofía hablaban entusiasmadas de todos los juguetes que habían encontrado y del tiempo que les llevaría limpiar a las muñecas, que estaban muy sucias y algunas sin vestido, y ordenar los juegos de mesas cada uno con sus fichas. Después de la cena, Sofía y Lola cayeron rendidas en la cama. Daniela reunió a sus hermanas y les dijo todo lo que Matías le había contado ese día. Les confesó que, después de escucharlo, estaba decidida a ayudarlo, que si aquella noche se los había encontrado, era porque tenían que ayudarlo, sobre todo por Sofía y por Lola. Ya habían visto cómo se habían puesto de felices con aquellos juguetes viejos, estaba en sus manos que a partir de ahora no volviesen a pasar miedo ni hambre y que pudiesen tener una infancia tranquila. Ellas sabían lo que era pasar miedo, no sentirse seguras, y en lo que pudiesen, intentarían que Sofía y Lola olvidasen esas sensaciones, lo habían pasado tan mal, se les partía el alma al pensar en Sofía sola en la calle con Lola esperando a su padre. Alba y Laura estuvieron de acuerdo, a partir de ese día harían todo lo posible para que fuesen felices y

se olvidasen de todo lo malo que habían pasado. Después de hablar durante horas de Sofía, de Lola y de la profesión de Matías, se quedaron dormidas en la cama de Daniela.

Capítulo 3

El fin de semana había llegado. Apenas habían pasado unos días desde la llegada de las niñas y ya parecía que llevaban toda la vida con ellas. Matías pintaba la habitación de los colores elegidos por Sofía y Lola. Ellas, mientras, se fueron de compras. A Daniela le quedaba dinero del que Matías le había dado la primera vez, y en el último trabajo de Matías le había vuelto a dar algo. Daniela aprovechó para mirar ropa para las niñas. Después de muchas vueltas, se volvieron locas y decidieron mirar un mueble con armario y con literas, y colchones nuevos para Sofía y Lola. Estaba de oferta y lo podían pagar a plazos. No les importaba que Matías durmiese en aquel colchón, pero al ver aquellos nuevos, decidieron comprarlos. A Lola le entusiasmó tener su propia cama.

Matías terminaba de poner patas al somier que habían encontrado detrás de las cajas, cuando lo llamaron para que fuese a buscarlas. La furgoneta, que ahora ya tenía gasolina y estaba vacía, les ayudaría a llevarlo todo en un viaje y, si se daban prisa, podrían dormir esa noche en sus camas nuevas. Al verlas allí, se quedó sorprendido con las cajas que tenían al lado de su coche.

—¿No ibais a mirar solo ropa?

—Sí, sí hemos mirado ropa, ya está en el maletero, pero esto ya no nos cogía.

—¿Todas estas cajas son vuestras?, ¿y los colchones?

—Sí, así que vamos a cargarlo antes de que empiece a llover. Nosotras vamos a comprar algo de cena y vamos ahora. Matías sujetó a Daniela por el brazo suavemente.

—Esto es mucho, Daniela. ¿Cómo lo vamos a pagar?

—A plazos, Matías, como todo lo que hacemos en casa. Así es como los pobres compramos las cosas, poco a poco. Además, si hubieses visto sus caritas con las camas nuevas y tener cada una las suyas, con las sábanas, con

todo... Estaban felices, y todo es necesario. Así que date prisa, que quieren estrenarlo hoy.

—De acuerdo, me pondré a montarlo nada más que llegue. Gracias, Daniela.

Daniela le sonrió.

—¿Te gustan las hamburguesas? Es lo que vamos a cenar hoy

—Sí, no tengo problema con la comida. Os espero en casa. —Matías se despidió y se fue a casa, necesitaría tiempo para armar aquellos muebles, al menos tenerlo todo en casa cuando volviesen.

Cuando llegaron, apenas una hora después, Matías ya no estaba. Las cajas estaban dentro de la habitación, pero él no. Daniela miró su móvil, tenía un mensaje de Matías diciéndole que le había salido algo urgente y que, cuando regresase, lo armaría. Después de la cena, Daniela acostó a las niñas en su cama y, con la ayuda de Laura y Alba, decidieron armar el mueble. Arreglaron la habitación y colocaron la ropa nueva en los armarios, hicieron las camas con sábanas nuevas, calentitas, para que nada más meterse en la cama tuviesen una sensación agradable y todo estuviera perfecto. Ya era muy tarde cuando terminaron, pero al día siguiente no tenían que madrugar. Daniela se fue a la habitación. Allí, Sofía, Lola, Lichis y Kas ocupaban su cama. Se metió despacito, y Lola se abrazó a ella. Se quedó dormida nada más taparse.

Matías regresó a la mañana siguiente, con la bollería para desayunar y decidido a empezar con los muebles. Cuando entró en la habitación, se sorprendió al verlo todo terminado. Había quedado increíble, sus hijas tenían unas camas de verdad y ropa nueva dentro del armario. Sobre la que era su cama, vio unas bolsas de ropa que eran para él.

—¿Te gusta, papá? Es para ti —le preguntó Sofía entrando en la habitación con un trozo de cruasán en la mano y Kas caminando a su lado.

—Ven aquí, ¿te he despertado?

—No, me despertó Kas dándome besitos, quería desayunar, ¿ves? —le dijo Sofía dándole trocitos de cruasán.

—¿Estás segura de que esto es para mí?

—Sí, lo elegimos Lola y yo, tú también necesitas una cazadora para el frío y zapatos. Mira. —Sofía le dio su trozo de cruasán para que lo sujetase mientras ella sacaba de las bolsas todo lo que habían comprado—. Ahora tienes que probártelo por si no te queda bien y hay que ir a cambiarlo. Lola y yo nos lo probamos todo, y todo nos vale. ¿Te gusta, papá? —le preguntó señalándose el pijama—. ¿Es nuevo?

—Me gusta mucho

—¿Y lo tuyo?

—También. Vamos a desayunar, que tengo mucha hambre y esto huele muy bien, y después me pruebo la ropa. ¿Te parece bien?

—Sí, papá, y yo también tengo hambre. Kas se lo ha comido casi todo.

Matías les dio las gracias, era demasiado todo lo que habían comprado. Daniela le contó que, cuando estaban mirando abrigos, Sofía les había dicho que su papá también necesitaba uno, y zapatos, que ella podría comprarse menos ropa y así alcanzaba para la de su papá. Así que se lo compraron, lo habían elegido ellas, solo esperaba que todo fuese de su talla. Al terminar de desayunar, Matías se probó la ropa. Estaba ilusionado, hacía mucho tiempo que no se compraba nada. Todo le quedaba bien. Se sentía feliz. Hacía mucho que no tenía esa sensación. Antes de acostarse unas horas, buscó a Daniela en el salón, quería hablar con ella. Fueron a la cocina y allí metió dinero en el bote que ella había utilizado la última vez. Matías le guiñó un ojo, le dio las gracias por todo y un beso en la mejilla, y después desapareció en su habitación. Daniela se quedó allí, sintiendo como se le escapaba el corazón del pecho. Lola apareció en la cocina, quería un vaso de agua. Daniela respiró y enseguida se lo dio. Fueron al salón, y allí jugaron durante horas. Solo la marcha de Matías las interrumpió.

—Me tengo que ir, me han llamado del trabajo.

—No te vayas, papá, quiero estar contigo —le dijo Lola mientras corría a agarrarse de su pierna. Laura la consoló, se tenía que ir a trabajar, era lo que hacían los mayores, ella lo sabía. Matías cogió a Lola y la sentó al lado de

Sofía. Les prometió que pasaría más tiempo con ellas al día siguiente, pero que ahora tenía mucho trabajo y tenía que aprovechar, no podía perderlo. Y ellas estaban bien cuidadas, no se quedaban solas, ahora Daniela, Laura y Alba cuidaban de ellas. Las dos se abrazaron a Matías y se despidieron.

Después de varias noches de ausencia y de horarios dispares, Daniela decidió esperarlo despierta durante unas horas, aunque no sabía si llegaría aquella noche o a la mañana siguiente. Se había estado informando de todo lo necesario para el colegio. Sofía podía empezar ya, tenían plazas y, aunque estaba a mitad de curso, podían ayudarla a que cogiese el nivel de sus compañeros. En cambio Lola tendría que esperar al próximo curso. Daniela repasaba los papeles que le habían pedido que tenían que presentar cubiertos, cuando Matías entró. Daniela se acercó a la puerta del salón para buscarlo y vio su camisa manchada de sangre.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien, Daniela. Me has asustado, pensé que ya estaríais todas dormidas.

—Estaba esperándote para hablar del colegio de Sofía, me tenía que ocupar de eso.

—Sí, claro, perdóname. Voy a lavarme y vengo ahora.

Daniela se quedó en el salón, esperándolo, mientras Matías se duchaba. Pensaba en lo que le había dicho. Había llegado tarde para que nadie le viese aquel golpe, no contaba con verla a esas horas en el salón.

—Ya estoy nuevo, cuéntame.

Matías apareció en el salón con su mejor sonrisa, aunque se le notaba nervioso. Daniela le enseñó todos los papeles y entre los dos fueron rellenando lo que sabían. Matías se ocuparía al día siguiente de conseguir todos los documentos que le pedían.

—Ya está todo, me voy a la cama.

—Matías...

—No ha sido nada, mañana estaré como nuevo, no es la primera vez que

me pasa. Tendré más cuidado la próxima vez con los clientes.

—Matías.

—No es nada, Daniela. Descansa y no pienses en esto, mañana ya no estará. —Matías se acercó a darle un beso en la mejilla, de buenas noches.

—¿Por qué no lo dejas? ¿Por qué no buscas otra cosa? Te puedo ayudar.

—Solo ha sido una mala noche. Necesito el dinero, y vosotras también lo necesitáis. Este es mi trabajo. ¿Dónde voy a encontrar otro ahora, Daniela? Todo está muy mal, y en esto gano lo suficiente para estar tranquilo.

Daniela lo retuvo sujetándolo de la mano.

—Sofía y Lola te echan de menos, te necesitan. Estás muy cansado, se te nota enfadado con el mundo. El dinero no lo es todo, Matías, nunca te hemos pedido nada ni nos hemos quejado de lo que nos das, y no lo haremos si decides buscar otro trabajo en el que ganes menos. Piénsalo, por Sofía y Lola.

—Esto lo hago por ellas, no quiero discutir mi modo de vida, Daniela. Me aceptaste con este trabajo, no tengo por qué darte más explicaciones, no eres nada mío. Matías se soltó.

—Porque no soy nada tuyo, por eso no puedes seguir con esto. Sé que te acepté con tu profesión, pero esos golpes... Sofía y Lola solo te tienen a ti, no tienen a nadie más en este mundo. Si a ti te pasara algo, ¿qué sería de ellas?

Matías no la miró y salió del salón sin decir nada. Daniela apagó las luces, cerró con llave la puerta de la calle y se fue a dormir, pero no podía quitarse de la cabeza a Matías manchado de sangre.

Al día siguiente, Daniela no sabía cómo sería el encuentro con Matías. Se arregló pronto y salió a pasear a los perros como todas las mañanas; el aire frío le despejaría las ideas. Tenía que pensar cómo hablar con Matías, no sabía cómo tratar con los hombres, y menos con uno que ahora vivía en casa con sus hermanas. Las dudas volvían a asaltarla, quizás se había precipitado en todo. Aquello había sido una locura, un gran error, pero Sofía y Lola eran reales y eran ellas las que pasaban frío y miedo en aquella furgoneta. Cuidarlas no podía ser un error, el habérselas encontrado aquella noche, que ellas confiaran en ella. Tenía que tranquilizarse y ver cómo transcurría el día

para contarles a Laura y a Alba lo que había ocurrido.

Cuando Daniela llegó a casa, Laura ya estaba despierta, en la cocina, con Matías. Estaban hablando mientras preparaban el desayuno. Daniela se quitó la cazadora y el gorro y fue a la cocina. Alba entraba pidiendo un café, tenía prisa, y Sofía y Lola la seguían por el pasillo. Lola, al ver a Daniela, la abrazó. Daniela la cogió en brazos, la abrazó fuerte y se sentó en la silla con ella en brazos. Matías la miró y sonrió.

—Tengo que deciros algo.

—¿Es urgente?, me tengo que ir —le preguntó Alba.

—No, es que voy a buscar otro trabajo y no sé cuántos días me llevará encontrarlo, y quería que lo supieseis. Tardaré en volver a ayudar, espero que no sea mucho tiempo. También voy a cambiar de móvil si quiero tener un número nuevo donde solo me llaméis vosotras —dijo señalando a Sofía y a Lola—. ¿Qué os parece?

—Bien, seguro que encuentras algo, no te agobies —le respondió Alba mientras se iba, dando mordiscos a una magdalena.

—Sí, tranquilo, puedo preguntar en las cafeterías que hay cerca del despacho. No te preocupes, aquí no falta comida —le respondió Laura, despidiéndose de Sofía y Lola con abrazos y besos—. No va a faltar para chocolate.

—Sí, papá, no te preocupes, aquí no falta chocolate —le contestó Sofía mientras terminaba su pan. Daniela acabó su café y se puso de pie para ir recogiendo la mesa. Matías se acercó a ella.

—¿Me vas a animar en mi nueva búsqueda de empleo?

—Sí, Matías, estoy segura de que encontrarás algo. Estarás mejor. — Daniela le dio un beso en la mejilla—. Saldrá bien.

Matías la abrazó.

—Gracias por ser sincera conmigo, me hiciste volver a la tierra. Estas semanas he ganado tanto que estaba perdiendo el norte. Siento lo que te dije. Sí eres algo mío, las tres sois ahora nuestra familia.

Daniela se separó de Matías suavemente.

—Todo está bien, Matías. Me alegro de que busques otra cosa.

—Anoche, cuando entré en la habitación, vi a Sofía y a Lola en sus camas, dormidas... Me dio miedo. Lo de anoche puede volver a suceder, nunca sabes a quién puedes encontrarte, y tengo que cuidar de ellas. Me obsesionaba el dinero para que pudieran seguir estando aquí, pero me di cuenta de que sois diferentes, de que mis miedos eran absurdos. No las vais a dejar en la calle, y sé que Sofía y Lola están a salvo con vosotras. Tengo que aprender a confiar en la gente.

Daniela fue a su habitación y regresó con un sobre.

—He ido guardando la mitad de lo que me dabas, me parecía mucho para tenerlo en el bote, y lo puse en otro sitio para gastos extras, como el colegio. Se puede utilizar si lo necesitas para hacer currículos, para gasolina. No tienes de qué preocuparte. Ahora tenemos trabajo, no nos da para grandes gastos, pero ya escuchaste a Sofía, no va a faltar para chocolate. —Daniela le acercó el sobre.

—Guárdalo, eres la que hace la compra y pagas las facturas, y tendrás que gastar en Sofía para empezar el colegio. Pronto encontraré algo. Gracias por guardar ese dinero para mis hijas. —Matías le devolvió el beso en la mejilla y la abrazó—. Voy a empezar a buscar trabajo.

Sofía y Lola lo llamaron desde el salón.

—Creo que hoy tienes que dedicarles el día, te necesitan.

Matías sonrió y se fue al salón. Allí, Sofía y Lola habían sacado todos los juegos que querían enseñarle a Matías, y le explicaron las reglas de cada uno.

Matías encontró trabajo en pocos días. Eran muchas horas, poco sueldo y sin contrato, pero estaba contento. Confiaba en que se lo hiciesen después de unas semanas. Como le había dicho su jefe, todo dependía de aquellos días de prueba. Con el contrato podría arreglar los papeles y su vida empezaría a coger un buen rumbo. Sofía todavía no había comenzado a clase, le había pedido a su padre que esperase un poco, quería empezar cuando Lola. Y después de hablarlo, todos decidieron esperar al próximo curso, no pasaría

nada. Ayudarían a Sofía a ponerse al nivel del curso y así empezarían juntas el próximo curso. A Sofía se le haría más fácil no dejar sola a Lola en casa, tenía que seguir cuidando de ella.

Según pasaban los días, todos se sentían cómodos con aquella situación. La calma había llegado y solo tenían que superar las pequeñas incomodidades de ser muchos con un solo baño y los desperfectos que surgían en el piso al ser viejo. Matías disfrutaba de su nueva vida, estaba feliz en aquella casa que ya consideraba un poco suya. Era una sensación nueva para él llegar a casa y encontrar a sus hijas felices de aquí para allá, dibujando, jugando con los perros, preparando dulces con Daniela. Se sentían felices y seguras. Veía a Daniela pendiente de ellas y pensaba en Silvia, estaba seguro de que ella la había enviado esa noche para que cuidara de sus hijas. Después de aquella noche, Daniela no volvió a esa universidad, pues la cambiaron de lugar. «Todo ha sido el destino», pensó. Quizás también la había enviado para que cuidase de él. Cuando la jornada se hacía dura, solo necesitaba pensar en Daniela, en su sonrisa, en su incomodidad cuando él le daba un beso en la mejilla y ella se ruborizaba y sonreía. Sonreía, y a él se le llenaba el alma al recordarla. Matías sabía que no podía hacer nada todavía, había pasado poco tiempo desde que había dejado su anterior trabajo y no quería que Daniela lo pudiese rechazar o que aquel pasado se interpusiese entre ellos ahora. Todavía era reciente, solo debía pensar en Sofía y en Lola y en su felicidad.

—Matías, preguntan por ti fuera, no te entretengas —le advirtió un compañero.

Matías miró hacia la puerta del bar, era una de sus antiguas clientas, y una de las mejores; en pocas citas le había pagado muy bien. Era una mujer mayor, de 60 años tirando a muchos más, pero se conservaba muy bien. Estaba casada con un hombre que la adoraba, pero que viajaba mucho, y Úrsula, después de varios años, había decidido no acompañarlo. Él le prometió que reduciría sus viajes para estar con ella, pero ella no se lo permitió. Él debía seguir con su trabajo, y ella solo quería disfrutar de su casa, de sus amigas, de una vida tranquila. Sus tres hijos ya eran mayores y

estaban empezando a hacer sus vidas fuera de la casa familiar, pero en la misma ciudad, y tenía que ayudarlos. Hacía dos meses que no veía a Matías. Él no se había despedido de ella. Simplemente, había tirado su móvil, no era necesario despedirse de sus clientes, no creía que tenía que darles explicaciones, y se preguntaba que estaría haciendo allí.

—Buenas tardes, doña Úrsula. ¿Qué desea?

—¿Podemos hablar en privado, Matías?

—Aquí no hay ningún sitio privado, señora —contestó Matías mirando a su alrededor—. Todas las mesas están completas.

—Nos podemos alejar un poco.

Los dos salieron del bar y caminaron hasta un lugar menos ruidoso.

—Tenía ganas de verte, Matías —dijo acariciándole el pecho.

—Lo siento, pero he dejado ese trabajo.

—Matías, quiero seguir viéndote. No te voy a mentir, he conocido a otros hombres en tu ausencia, en un intento por olvidarte, pero no lo he conseguido. Quiero que sigas a mi lado, solo te quiero a ti.

—Lo he dejado. Tengo que volver a mi trabajo. Adiós, señora Úrsula.

—Puedo darte el triple de lo que ganas aquí, Matías, puedo ayudarte a que arregles los papeles, puedo contratarte de lo que quieras. Piénsalo, tienes una gran familia a la que mantener. Quizás es el momento de que dejes este trabajo, yo te puedo poner un bar si es lo que quieres. ¿Qué te parece? Haré lo que me pidas.

—¿Qué sabe usted de mi familia? ¿Me ha estado espiando?

—Solo me he informado, esta es una ciudad muy pequeña, Matías, solo quería encontrarte y averiguar qué puedo ofrecerte para que vuelvas a mí.

—Lo siento, no me interesa nada de lo que me ofrece, y deje en paz a mi familia. Se lo advierto, Úrsula, déjela en paz.

—No te enfades, Matías. Piénsatelo, te estaré esperando.

Matías volvió a su trabajo, todavía aturdido por lo que aquella mujer le había ofrecido. ¿Cómo lo había encontrado, cómo había encontrado a su

familia? Enseguida su jefe le llamó la atención, tenía mucho que hacer en las horas que le quedaban allí. No tuvo tiempo de pensar en nada, la noche estuvo muy ajetreada. De camino a casa, meditó en lo que Úrsula le había ofrecido: un contrato fijo, arreglar los documentos, tener su propio negocio. Dudaba si debía aceptarlo, era mucho dinero, conseguiría tener los papeles en regla y sus hijas tendrían un futuro mejor. En aquel bar nunca conseguiría nada y el trabajo era agotador. Úrsula solo le pediría unas horas, solo sería ella. Podría ayudar a Daniela a comprar un piso como ella deseaba, la había escuchado tantas veces hablar de eso con Laura y con Alba, estaban cansadas de humedades y goteras. Matías no sabía si debía contarle a Daniela lo que le había sucedido aquella noche. Hasta ahora no había tenido secretos con ella, pero Daniela no entendería que él aceptase ese trabajo y, si se lo contaba, ya no lo miraría igual. Ahora ella lo admiraba, lo sabía, había dado todo por sus hijas. La posibilidad de que entre ellos hubiese algo desaparecería del todo. En cambio, si se lo ocultaba, quizás hubiese alguna oportunidad entre ellos.

Matías entró en la habitación de Daniela como hacía las últimas noches. Hablaban del trabajo de ella, que pasaba horas en el ordenador, transcribiendo manuales, trabajos de fin de carrera, manuscritos, cualquier cosa que le pidiesen. A Daniela le gustaba. Aunque no ganase mucho, nunca le faltaba trabajo. Y por las noches, con la casa en silencio, se concentraba mejor. Era lo que le había contado a Matías. Pero Daniela se quedaba despierta esperándolo, aguardando que entrase en su habitación para hablar, para pasar ese rato juntos, a solas. Matías le contaba cosas de su ciudad, de lo que echaba de menos de allí y de sus hijas. Daniela siempre lo interrumpía contándole algo nuevo que habían hecho ese día. Matías observaba a Daniela cuando hablaba de Sofía y de Lola, de sus hermanas, incluso de sus perros. Por muy duro que hubiese sido su día, Daniela siempre lo hacía sonreír y olvidar, pero aquella noche no pudo hablar con ella. Lola y Sofía dormían en la cama de Daniela. Pensó en la tormenta de hacía unas horas, por ella habían terminado en la cama de Daniela. La observó. Estaba profundamente dormida y Lola la abrazaba. No quería decepcionar a Daniela, no le contaría nada de

aquella proposición. Matías caminó hasta su habitación. Allí, tumbado en la cama, pensó que quizás el dinero no lo era todo, podría conseguir los papeles de otra forma, hablaría con su jefe y si no, buscaría otro trabajo, tenía mucha experiencia como camarero y era muy bueno.

Laura llegó antes del trabajo. Apenas entró por la puerta, buscó a Daniela, ya que la habían despedido, la llamaron al despacho y le informaron que ya no contaban con ella. La crisis había reducido el trabajo y ya no era necesaria. Laura lloraba mientras se lo contaba a sus hermanas, no entendía por qué había pasado eso. El día antes, su mesa estaba llena de futuros casos que tenía que estudiar y preparar, siempre era puntual y se le daba muy bien, y si le hubiesen preguntado unas horas antes si sus jefes estaban contentos con su trabajo, ella hubiese respondido un sí rotundo. Matías llegó cuando Laura lo contaba. Matías la animó, pronto encontraría otro trabajo y se arrepentirían de echarla, ya que no encontrarían a otra como ella. Podía mirarlo como unas pequeñas vacaciones, nunca las había tenido. Daniela y Alba también la animaron, saldrían adelante como siempre habían hecho, y ahora podía descansar unos días y pasar más tiempo con ellas. Cuando estaban asimilando el despido de Laura, llamaron a la puerta, eran dos hombres y una mujer. Daniela abrió y les preguntó qué querían. Enseguida se identificaron. Ellos eran policías y ella trabajaba en servicios sociales, y pidieron pasar para no hablar del asunto en el rellano. Daniela, asustada, los dejó pasar. Entraron en el salón y los invitó a que se sentaran.

—El asunto que nos trae aquí es que nos han informado de que hay dos niñas viviendo en este domicilio, no están escolarizadas y deberían estarlo. Vengo a ver cómo están las niñas y que me cuenten por qué no van al colegio cuando hace dos años que una de ellas debía haber empezado. Y quiénes son los padres porque en el registro usted no aparece como madre, y sus hermanas tampoco lo han sido. —La mujer la miró esperando una respuesta.

—No, no soy su madre, pero me ocupo de ellas y están sanas y bien, y el próximo curso empezarán en el colegio las dos, no queríamos que empezasen

a mitad de curso. Yo...

Matías apareció en el salón junto a Laura. Alba se había llevado a las niñas a la habitación más alejada del salón.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los policías

—Soy el padre de las niñas.

—Soy la hermana de Daniela y vivo aquí con ella.

—¿Cuántas personas viven en esta casa?

—Seis, señora, es un piso muy amplio.

La mujer se dirigió a Matías.

—¿Tiene trabajo? ¿Un contrato? ¿Usted no es español?

—Sí, tengo trabajo, pero estoy a prueba. Mis jefes me han dicho que enseguida me harán contrato, y arreglaré todos los papeles y no habrá problemas.

La mujer pasaba papeles, en algunos hacia anotaciones mientras movía la cabeza.

—Esto se va complicando, señor, no tiene papeles, sus hijas no están escolarizadas, viven en este piso con mucha gente y no son familia, animales... No pinta nada bien. —La mujer se levantó y les pidió a los policías que la esperasen fuera.

—Le voy a dar unas semanas, Matías, tiene que arreglar su situación y la de sus hijas, buscar una casa mejor, que vayan al colegio, aunque empiecen en mitad del curso, si no lo hace, todo se pondrá muy feo. Estamos hasta arriba de trabajo y no me gusta separar a los hijos de sus padres, pero si no soluciona estos problemas, tendré que tomar medidas. Pondré su expediente debajo de un montón, pero con la crisis, todo esto se está revisando. Debe darse prisa, el tiempo va en su contra.

—Muchas gracias, señora, lo arreglaré todo.

Aquella mujer y los policías se fueron. Matías se aseguró que salían del portal y después cerró con llave la puerta, estaba aterrorizado. Alba tardó unos segundos en salir de la habitación, todos estaban asustados y

permanecieron en silencio unos minutos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Laura.

—Creo que debo irme, coger a mis hijas, volver a la furgoneta y desaparecer. No puedo dejar que me las quiten. —Daniela lo sujetó del brazo, y Matías la abrazó—. Me tengo que ir, Daniela, no puedo dejar que me las quiten.

—Vamos a encontrar una solución, Matías, primero tenemos que tranquilizarnos.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó Sofía. Daniela se separó de Matías, y este cogió a Sofía y la abrazó.

—Nada, mi vida, vuelve con Lola. —La besó fuerte y la dejó en el suelo. Al lado había aparecido Lola, que también reclamaba los mimos de su padre.

—Venga, seguid jugando en la habitación hasta la hora de comer.

Alba las acompañó hasta allí.

—Pensaremos algo, Matías, pero no te puedes ir, huir sería peor —le aconsejó Laura.

—Sí, no sabemos si van a estar vigilado o cómo va esto. Debes hablar con tu jefe, que te arregle los papeles...

—Sí, yo iré al colegio ahora. Todavía me da tiempo a llegar y Sofía empezará mañana en el colegio, y Lola también. Voy a ir a uno privado donde estuve, alguna plaza debe haber, y tengo el dinero guardado. Puedo pagar lo que me pidan por que les consigan unas plazas, para algo es privado. Daniela cogió su abrigo, los papeles, buscó el sobre con el dinero y se fue.

—Yo voy contigo, tengo que hablar con mi jefe. —Matías miró a Daniela al despedirse en el portal.

—Lo arreglaremos, Matías, todo va a estar bien, nadie te va a quitar a tus hijas.

Matías la besó en los labios, esos labios que tanto había deseado. Necesitaba besarla ahora, sentir sus labios, sabía que lo que estaba haciendo haría que Daniela no lo mirase como hasta ahora. Todo cambiaría, y él ya no

sería el mismo. Matías se fue rápido, sin decir nada después de aquel beso, no quería pensar más en lo que tenía que hacer.

Daniela se quedó unos segundos en el portal, Matías la había besado. Lo había deseado tanto y había sucedido así. Él estaba muy nervioso. Dudaba de qué significaría aquel beso. Daniela decidió olvidarlo, era lo mejor, Matías no sabía lo que hacía. Se dirigió al colegio, tenía que arreglar la situación de Sofía y, si podía, la de Lola. Eso era lo único que debía tener en su cabeza.

Matías llegó a la puerta de Úrsula. Dudó unos instantes si debía hacerlo, si debía dar ese paso, pero pensó en Sofía y en Lola en aquella cama con Daniela, con Kas y con Lichis, en Sofía dándole de comer a Kas trocitos de su cruasán, en lo felices que eran ahora, y llamó al timbre. Enseguida le abrió una chica de servicio y le pidió que esperase, que avisaría a la señora. Úrsula apareció enseguida en el salón, todavía estaba en bata, era muy temprano para ella. Sonrió al verlo, había conseguido lo que tanto había deseado: tener a Matías de vuelta.

—¿Quieres comer algo? Me puedes acompañar, iba a almorzar ahora.

—No, gracias, he venido a hablar sobre su ofrecimiento de hace unas semanas, quiero el trabajo, puedo trabajar en el puesto que usted considere oportuno. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo —le susurró Úrsula, lo cogió de la mano y caminaron hasta su habitación. Cerró la puerta con llave y empezó a desnudar a Matías.

Antes de irse, Matías firmó el contrato de trabajo como chofer. Úrsula lo tenía todo preparado en un cajón de la biblioteca, le dijo que tenía la necesidad de contratar uno en poco tiempo y que, al aparecer él, el puesto era suyo. Al día siguiente, Matías ya tendría los papeles arreglados y se acabarían sus problemas. Dio varias vueltas antes de regresar a casa, no sabía qué contarles, se sentía mal por lo que acababa de suceder. Se dirigió a casa sin saber qué decir, pero ya era tarde, y al no coger el móvil, sabía que estarían preocupadas por la tardanza.

—¿Cómo tardaste tanto, papá? —Sofía corrió a sus brazos.

—Estuve buscando un buen trabajo, mi vida.

—¿Y lo encontraste?

—Creo que sí. He estado en algunas entrevistas serias, y mañana seguro que ya tengo un trabajo y podremos ir al cine a celebrarlo. Voy a ducharme y estoy con vosotras. —Matías necesitaba volver a ducharse, quitarse aquella ropa. Ahora se le haría más difícil su nuevo trabajo, solo sería cuestión de volver a acostumbrarse, nada más, se repetía.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Daniela al verlo aparecer en la cocina.

—Bien, todo va a salir bien...

—He solucionado lo del colegio de Sofía, mañana empieza, y luego tendrá el fin de semana de por medio, y luego ya otra vez el lunes. Todo se irá arreglando

—Daniela, tenemos que hablar.

Daniela lo miró, estaba serio, preocupado.

—Hablaremos luego, ahora vamos a cenar, que te hemos estado esperando y estamos muertas de hambre, y Sofía se tiene que acostar pronto para ir al colegio mañana.

—Entonces después.

Durante la cena, Daniela les contó los detalles del colegio, ya lo tenía todo. Nada más terminar los papeles, le vendieron el uniforme, un montón de ropa, solo le faltaban algunos libros que había encargado, que esperaba que llegasen pronto, y algo de material escolar que comprarían el sábado. Sofía no estaba muy contenta, pero habían llegado al acuerdo de que si ese colegio no le gustaba, en unos meses elegirían otro, y en el próximo curso Lola ya tendría la edad para ir con ella y las dos harían amigos. Daniela les pidió que le contasen a Sofía lo que ellos se habían divertido cuando iban al colegio. Laura y Alba fingían pelearse por quién la iría a llevar o a buscar, querían presumir de una niña tan guapa, y así Sofía le contaría primero todo lo que había hecho en el colegio a la que fuese a recogerla. Daniela se pedía ayudarla con los deberes si no eran muy difíciles, y Matías también se ofrecía a hacerlo. Al final de la cena, habían conseguido que Sofía se riese y que ella mirase la lista de las cosas que necesitaban y que preguntase si las podía

comprar de uno u otro dibujo animado.

Cuando Sofía y Lola ya estaban dormidas, Alba los reunió en el salón, quería contarles su idea para no tener problemas con la policía ni con los servicios sociales.

—¿Cuál es tu solución a todo? —le preguntó Laura.

—Tenéis que esperar unos minutos, pensar en lo que os cuente, ¿de acuerdo?, sí, todos de acuerdo, vale. Mi solución es una boda, silencio, no digáis nada, pensadlo. Una boda legal de Matías y Daniela. —Alba se levantó del sofá y se colocó enfrente de ellos—. Se acabarían los problemas, sé que es una locura, podrían arreglar los papeles, pensar unos minutos en ello.

Daniela apenas se atrevía a mirar a Matías al escuchar a Alba.

—Una boda solucionaría el problema de Matías. Es todo un poco precipitado, pero Sofía y Lola podrían estar tranquilas nadie vendría a molestarnos más. —Laura rompió el silencio—. Quizás es que estoy muy cansada, hoy ha sido un día horrible y solo quiero irme a la cama.

—Daniela adoptaría a Sofía y a Lola, sería su madre legalmente, estarían seguras —dijo Matías con miedo, dudaba de cómo aceptaría Daniela aquella proposición.

—Sí, eso es lo que había pensado. ¿Dani, tú qué piensas?

—No lo sé, estoy aturdida ahora, tengo que pensar en tu idea, y hablarlo quizás mañana. Esta noche deberíamos meditarlo. Como Laura ha dicho, ha sido un día horrible, y no sé si puede ser arriesgado.

—Sí es un delito, Alba —le dijo Laura—. No se puede fingir un matrimonio, sería un matrimonio de conveniencia. ¿No ves los telediarios o los periódicos? Ya sé que no salen todos los días esas noticias, pero es un delito y puedes tener graves sanciones.

—No seas alarmista, Laura, eso le pasa a la gente que lo hace mal, por dinero, pero Matías lleva ya varios meses viviendo aquí, no es muchísimo tiempo, pero si yo le tengo cariño, ¿por qué no se han podido enamorar? La gente del barrio los ha visto juntos y con las niñas, nadie sabe qué pasa cuando estamos en casa, no vamos por ahí contándolo. No quiero que se

vayan mis sobrinas, las quiero mucho y no podría imaginarme la vida sin ellas. —Las lágrimas empezaron a asomar en los ojos de Alba.

—Gracias, Alba. —Matías la abrazó—. Pero es que tu idea...

—No es tan mala —lo interrumpió Laura intentando no llorar al ver a Alba hacerlo—. Daniela y Matías tienen la misma edad, las niñas la quieren mucho, la obedecen, ha estado en el colegio, la gente la ha visto con ellas, y somos una familia, una familia atípica, pero lo somos. Lo único que queda es que las niñas la llamen «mamá». No te molestes, Matías, pero es lo que deberían hacer si os casáis.

—No me molesta, Daniela se ha convertido en la madre que Sofía y Lola tanto necesitaban, pero yo no puedo pedirle ese sacrificio a Daniela. Es una obligación de por vida si las adoptase. Creo que debemos digerirlo y dejar que ella tome su decisión sin presiones. Daniela, piénsalo, no quiero que te sientas obligada, ya has hecho mucho por nosotros.

Daniela se levantó del sofá.

—Necesito pensar, mañana hablaremos de todo esto. Matías, también debes meditarlo, es una decisión importante de los dos.

Alba la siguió hasta la habitación. Laura le dio las buenas noches a Matías y fue en busca de Daniela y de Alba.

—Estás loca. ¿Cómo se te ocurre decir eso sin contármelo antes? Es una locura.

—Dani, quería que lo escuchaseis todos a la vez, que no pensase que lo habíamos hablado nosotras a escondidas. No sé, me pareció lo mejor.

—¿Y por qué yo? —le preguntó Daniela, mientras Laura entraba y cerraba la puerta.

—Porque yo soy demasiado joven para casarme. Laura, ya sabes, anda que sí que no pensando en su amor platónico, y quedabas tú.

—Que no tengo nada.

—No te pongas dramática, no es eso. ¿Cómo te lo digo? Tú eres la que más desencantada está del amor, siempre decías que no lo ibas a encontrar de

la pereza que te daba salir a buscarlo, y desde que Matías apareció, no has vuelto a decir nada de eso porque ya lo tienes en casa. Matías te encanta.

—Eso es verdad, no hay más que verte la carita cuando entra por la puerta.

—Qué bonito, las dos riéndoos de mí.

—¿No te gusta ni un poquito?

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Es como si lo estuviese obligando a casarse conmigo porque no voy a encontrar nunca el amor y es la forma de celebrar una boda. ¿Y qué puede pensar él? A lo mejor prefiere fingir una boda con Laura. O contigo, Alba. El amor puede surgir en cualquier momento según tú.

—Te digo yo que prefiere que seas tú, es una sensación, son más besitos en la mejilla, es diferente cuando estás cerca.

Daniela se tapó la cara con el cojín, dejando solo sus ojos al descubierto.

—¿Qué dices de los besitos en la mejilla?

—Que te da muchos más que a nosotras. Cuando se va, cuando viene alguna vez, ¿qué te crees, que no os he visto? Sé que adoptar a Sofía y a Lola es más responsabilidad, que puede asustarte más, pero la boda no es para tanto y puede solucionar los problemas de los papeles, y luego ya veremos lo de la adopción. Os dais un tiempo, a ti nunca te han asustado las responsabilidades, serías una madre maravillosa, como lo has sido con nosotras y lo eres ahora con ellas, y la boda si no funciona, un divorcio y ya está. Y te lo ponemos en el currículo, una mujer con pasado es interesante, ¿no crees?

—Iros a dormir, mañana hablamos. Buenas noches. Y no tengas más ideas por ahora.

A la mañana siguiente, todos esperaban a Daniela antes de irse a sus trabajos. Daniela fue a la habitación de Matías, despertó a Sofía y a Lola para desayunar, tenía que preparar a Sofía para su primer día. Pensó en la adopción. No tenía problemas, diría que sí, deseaba ser madre y desde el primer momento en que las vio, que las tuvo en casa, cuando Lola la cogió de la mano, se sintió unida a ellas, y le gustaba más la vida desde que Sofía y

Lola estaban en ella. Pero casarse con Matías era diferente, sentía que lo obligaba a formar una familia irreal, aprovechándose de su miedo a que lo separasen de sus hijas. Todos desayunaron en silencio hasta que Laura habló:

—¿Qué has pensado?

—Primero, tenemos que acompañar a Sofía a su primer día, y luego hablaremos.

Todos se abrigaron y la acompañaron hasta el colegio. Sofía estaba muy nerviosa al ver tantos niños y tanta gente; no se soltaba de la mano de Daniela y de Matías. Los dos la acercaron hasta la fila de su clase y la profesora la trató con mucho cariño, sabía que era su primera vez en un colegio. Sofía se acercó a Daniela.

—Ya le he dicho a Lola que se porte bien, que tú cuidarás de ella hoy.

—No te preocupes, mi niña, solo diviértete y luego me lo cuentas todo.

Volvieron a casa en silencio, de repente era casi más duro para ellos dejar a Sofía en el colegio que para ella. Incluso había hablado con Lola para que se portase bien. Lola entró en casa y se fue a jugar con los perros. Todos se sentaron en el sofá.

—Me tengo que ir, tengo muchos currículos que repartir hoy y debería irme ya si quiero estar aquí para cuando venga Sofía. ¿Qué habéis pensado sobre lo de anoche?

Matías miró a Daniela.

—Yo lo tengo claro, lo que Alba propuso me parece bien, todo. Confío en Daniela y quiero que forme parte de la vida de Sofía y Lola. Tenemos una pequeña historia juntos que puede ayudar a que no haya problemas, solo nos hemos adelantado en un paso que íbamos a dar igual, quiero decir que no tienen por qué dudar de la relación, vieron que vivíamos juntos y no saben si somos pareja o no, es un paso natural.

—¿Y tú, Daniela? Lo que Matías dice es creíble, nadie va a tener problemas, tenéis una historia como dice —le preguntó alba.

—Sí, lo he pensado, y sí a todo, pero, añadiendo algo, nos damos un

tiempo para no tener problemas, que todo quede arreglado, y luego cada uno puede hacer su vida, aunque esa parte no tiene nada que ver con la de Sofía y Lola. Sí me gustaría estar en sus vidas y ocuparme de ellas siempre que ellas quieran y Matías este de acuerdo, pero es importante poner una fecha límite para que luego no nos sintamos obligados a seguir porque nos cueste decir que queremos acabar con esto, y así todo estará claro.

—¿De qué habláis? —preguntó Lola. Matías la cogió en cuello.

—Hablamos de que Daniela sea vuestra mamá, que la podáis llamar mamá y que vosotras seáis sus hijas y que la tengáis que obedecer y hacerle siempre caso porque siempre será vuestra mamá.

—Como ahora —replicó Lola.

—¿Como ahora? —le preguntó Daniela.

—Siempre te obedezco y te hago caso —le contestó Lola.

—Esperaremos que venga Sofía y se lo contaremos a ella a ver qué le parece.

Nada más llegar a casa, Lola no le dio tiempo a Sofía a seguir contando más cosas de su primer día de colegio y le dijo a Sofía lo que había pasado: Daniela iba a ser su mamá.

—¿Entonces te vas a casar con papá para ser nuestra mamá? —le preguntó Sofía.

—Sí, eso es lo que van a hacer —los interrumpió Laura.

—¿Os habéis dado besos? ¿Estáis enamorados? ¿Vais a dormir juntos? ¿Cuándo podemos empezar a llamarte mamá?

—Vaya montón de preguntas. Podéis empezar a llamarme mamá cuando queráis y os sintáis cómodas. —Daniela miró a Matías.

—Cuando queráis, como dice Daniela, no tenéis que esperar a que nos casemos. Cuando queráis.

—No es una obligación —concluyó Daniela

—Vale, mamá —respondió Lola y se fue a su habitación en compañía de Sofía, que no se había atrevido a decirle mamá como Lola. Los dos se

quedaron mirándose en silencio.

—Yo me tengo que ir, tengo algunas entrevistas...

—Matías, si encuentras trabajo y quieres que dejemos esta idea...

Matías se acercó a Daniela.

—Aunque encuentre trabajo, quiero seguir adelante. Lola está emocionada con que seas su mamá; a Sofía le costará un poco más. Para ella, hoy ha sido un día complicado, demasiadas emociones, y recuerda a Silvia, pero también te quiere. Tú me dijiste una vez que estaban solas, que solo me tenían a mí. En unos días también te tendrán a ti, tendrán unas tías, una familia y, esta vez, típica, y como tú dijiste, con la otra parte nos damos un tiempo y ya veremos qué pasa. —Matías la besó en la mejilla y se fue.

Daniela sentía como su corazón se aceleraba al tenerlo tan cerca, al ver su sonrisa, su mirada. Daniela volvió a la Tierra. ¿Qué habría querido decir Matías con «y ya veremos qué pasa»? Ella se lo había dejado claro, no tenía que pasar nada. Quizás sus hermanas tuvieran razón, quizás Matías sí podía sentir algo diferente por ella. Metió su taza en el fregadero y se fue a la habitación de Sofía y Lola a ayudarlas a guardar el uniforme de Sofía para el lunes. Sofía todavía estaba seria, mientras Daniela lo colgaba en las perchas.

—¿Qué te pasa Sofía? ¿No estás contenta con la noticia?

—¿Mi mamá no se enfadará conmigo si te llamo mamá? No quiero que se ponga triste porque tengo otra mamá.

Daniela se sentó en la cama y le indicó que se sentase a su lado.

—Te quiero, Sofía, por eso quiero ser tu mamá. Eres maravillosa. Y tu mamá siempre será tu mamá. Yo quiero cuidaros como lo haría ella, estar a vuestro lado. Las fotos de vuestra mamá van a seguir en la casa, y papá os va a contar cómo era ella cuando la conoció, cuando era pequeña. Ahora tendréis dos mamás, una que os cuida desde el cielo y otra que os cuida aquí. Pero no tienes por qué llamarme mamá, puedes llamarme Dani, como ahora. Solo cuando tú estés preparada, pero quiero que sepas que nadie se va a enfadar contigo, nadie se va a poner triste, ¿vale? Puedes hacerlo o no, pero nadie se va a enfadar contigo, porque todos te queremos mucho y nos alegra que tú

seas feliz. Y ahora tenéis a más gente que os quiere, y eso no es malo. Ahora podéis llamar a Laura y a Alba tías o titas y tampoco se van a enfadar si las seguís llamando Laura o Alba en vez de titas. Cualquier pregunta o duda, cualquier cosa que os ponga tristes, quiero que lo habléis conmigo o con papá o con Laura o con Alba, ¿vale? Así las podemos solucionar, o al menos lo intentaremos.

Sofía abrazó a Daniela, y Lola se unió a ellas. Daniela estaba confusa, no sabía si había resuelto las dudas de Sofía o la había liado más. Solo podía abrazarla y esperar que, según pasase el tiempo, fuese capaz de resolver sus dudas.

—Me gusta que seas mi mamá, yo también quiero llamarte mamá, como Lola.

—A mí también me gusta que seáis mis hijas. —Daniela las llenó de besos a las dos.

Se quedaron allí, sentadas en la cama de Matías, hablando de los vestidos que comprarían para la boda. Serían unos de princesas y también llevarían pequeños ramos de flores. Sofía le preguntaba si podía dormir en la cama de su padre ahora que ellos dormirían juntos, «no me gusta dormir siempre arriba», se quejaba Sofía. Daniela le decía que sí que podría dormir en aquella cama, pero que le tenía que pedir permiso a su padre, ya que la cama era de él. Y después siguieron hablando del pastel que comerían, no se decidían por un sabor. Intentaban convencerla de que lo mejor era tener muchas tartas, cada una de uno distinto, y así todos estarían contentos.

Aquella noche, las tres hermanas se juntaron para hablar de la boda y de cómo se sentía Daniela con la decisión que habían tomado. Matías dormía en la habitación junto a Sofía y Lola, por lo que decidieron que ese era el momento oportuno. Alba cogió helado de la nevera y unas galletas, cerró la puerta de la habitación de Daniela y se sentaron en la cama.

—¿Qué tal con Matías? ¿Y con Sofía y Lola?

—Bien, con Sofía bien. Pobrecilla, para ella ha sido un día con demasiadas sensaciones nuevas, por eso ha caído rendida en la cama. Es para comértela a

besos, es maravillosa. Solo espero hacerlo bien, así que os voy a necesitar porque son demasiado inteligentes, incluso para elegir tartas para la boda dicen que lo mejor es poner muchas pequeñas de muchos sabores. Pero no muy pequeñas, me decía Sofía, que dé para probarlas todos. Y Matías...

—¿Con Matías qué?

—Apenas he hablado de nada. Ha llegado tarde y se ha ido a dormir. Me contó que ha encontrado trabajo de chofer y que lo van a tener ocupado muchas horas, pero que le van a arreglar los papeles y que pese a ello, seguiremos adelante con la boda y la adopción.

—¿Te gusta Matías? El otro día te hiciste un poco la loca.

—No andas con rodeos, Alba.

—Quiero saber qué sientes con la decisión que has tomado, si te has arrepentido, si sigues adelante.

—Sigo adelante, todo será un poco raro, pero seguiré adelante. Ya veremos qué sucede.

—¿Qué quieres que suceda? —le preguntó Laura

—Nada en especial, que no haya problemas.

—Te gusta Matías, aunque sea un poquito. Vamos, es tu hombre soñado: alto, moreno, ojos verdes, delgado aunque no en los huesos, ya sabes, con sus lorzitas.

—¿No te queda más por decir? —inquirió Laura.

—Es simpático, con carácter. Ya sabes lo que dicen, el roce hace el cariño, y cuando estéis casados, os rozareis más por las noches.

—El roce hace rozaduras y luego duelen. No me pongas más nerviosa con eso de dormir juntos. Sofía ya me lo preguntó, quiere quedarse con la cama de Matías porque no le gusta dormir arriba, creo que está menos pendiente de Lola y, estando abajo, la vería mejor. Y aunque a mí me pudieses gustar un poquito, poquito, no quiere decir que él vaya a sentir algo por mí más allá de un simple cariño. Y os lo digo a las dos: olvidaros de eso, que si no me pongo tensa.

—Yo creo, y Alba me apoyará en esto, que Matías sí siente algo diferente por ti de lo que puede sentir por nosotras. Como te dijo Alba, es diferente cuando tú estás. Es una sensación, solo eso, sensaciones, pero no me suelo equivocar.

—Si ya te dije lo de los besitos en la mejilla, y hay veces en que lo ves cómo se queda mirándote cuando tú hablas, como si no quisiese perderse una palabra de lo que dices.

—También puede ser que no vocalice bien y por eso me mira así.

—Puedes pensar lo que quieras para que estés más tranquila, pero yo lo dejo en el aire.

—Que se quede en el aire. Su trabajo anterior, y no me refiero al de camarero, seguro que lo puede influenciar en nuestra relación. O no, no sé, eso me confunde mucho, porque ¿y si alguna noche intenta algo, pero lo hace por interés?, él está acostumbrado a fingir en la cama. ¿Cómo sabré si es real o no? Tampoco hace tanto que lo conozco.

—Sí que le has dado vueltas —intervino Laura.

—Sí, muchas, por eso no quiero que se sienta obligado a nada ni que vosotras podáis insinuarle nada. No quiero dobles sentidos, quiero que todo sea claro.

—Así será, no diremos nada que pueda malinterpretarse. Será difícil, pero lo haremos —la consoló Laura.

—Entonces te gusta y te gusta mucho —le dijo Alba.

Daniela se tapó la cara con la almohada.

—No es que me guste un poco, es que estoy completamente enamorada de él, todo me gusta de él, ¿contentas? Ya lo he dicho.

—¿Ves, Laura? Yo tenía razón.

—Pero es porque tú me conoces, y como él apenas lo hace, no se tiene por qué enterar nunca, el tema muere aquí.

—Vale, no volveremos a hablar de esto, pero de la boda sí tenemos que hacerlo, cómo va a ser, dónde.

—Tendremos que llamar a mamá para que venga —intervino Alba.

—No lo sé, supongo. Ya es muy tarde, mañana seguiremos hablando de esto y del vestido que he visto.

—¿Ya tienes vestido?

—Es que lo he visto por internet, no sé, después de hablar con las tartas con las niñas me puse a buscar páginas y vi vestidos increíbles, pero también los había sencillos y con un buen precio. No sé qué hacer porque tampoco tengo mucho para gastarme y tampoco es una boda boda, así que me sentiría rara si elijo algo demasiado caro, así que vi uno sencillo. Mañana os lo enseño, porque también vi unos para vosotras y otros para las niñas. Solo tengo que echar cuentas y ver hasta dónde podemos llegar. Pero ahora a dormir. Buenas noches.

Daniela no pudo dormir aquella noche, no dejaba de pensar en aquel vestido y en cómo Matías la miraría al vérselo puesto, si se enamoraría de ella por un vestido. Se sentía ridícula, quería quitarse aquellas ideas de la cabeza. Pensó en aquel beso que Matías le había dado en el portal y del que nunca habían vuelto a hablar, como si no hubiese existido nunca. Aquel beso había sido producto de los nervios de aquella mañana, nada más. Quería pensar en otras cosas, en cómo acomodar la ropa de Matías en su habitación, tendría que hacer espacio, él tampoco tenía tantas cosas y había muchas prendas que ella no utilizaba y que podía guardarla en el cuarto que después sería de las niñas. Había visto algunos trozos de películas en internet y lo más importante era que pareciese que vivían y que dormían juntos. Vivir ya lo hacían, pero le preocupaba lo de dormir, por eso quería que todo pareciese como una pareja típica y sería más normal encontrar cajas con ropa de ella en la habitación de las niñas que ropa de él colocada en perchas. Daniela se levantó de la cama y empezó a sacar perchas.

Matías se había levantado a beber un poco de agua, vio luz en la puerta de Daniela y golpeó suavemente, pidiéndole permiso para entrar.

—¿Qué haces? ¿No puedes dormir?

—Me he desvelado y me he puesto a ordenar el armario. ¿Te he

despertado?

—No, yo también me he desvelado. ¿Es por la boda?

—No, bueno, sí, un poco. Una no se casa todos los días, y no suelo ir a bodas, no sé cómo se organiza, a quién invitar. Me gustaría que fuese algo súper sencillo.

—Me parece bien, no tengo a nadie a quien invitar, vosotras sois las únicas personas que quiero que estén conmigo y ya estáis invitadas. —Matías sonrió y contagió a Daniela. Daniela se sentó al lado de Matías.

—¿Cómo fue tu boda con Silvia? ¿Estabais casados?

—Sí, nos casamos muy jóvenes, fue hace tanto tiempo que parece que fue en otra vida. Fue algo sencillo, nuestros padres, su hermano y algunos amigos. La ceremonia fue breve, o no sé, estaba tan nervioso. Estoy seguro de que el padre de Silvia llevaba una pistola debajo de la chaqueta por si me escapaba.

—¿Qué dices? ¿De verdad?

—Sí. Silvia estaba embarazada de Sofía, de muy poco, su madre se enteró y nos obligaron a casarnos, no hacía falta porque estábamos enamorados, nos amábamos y deseábamos formar nuestra familia y alejarnos de allí, pero ellos tenían miedo de que dejase a Silvia y me fuese. Después de la boda, no fuimos ni al banquete. Yo tenía el coche preparado con la ayuda de unos amigos. Tenía mantas, comida, todo. Supongo que ya era un aviso de la vida para que empezase a prepararme para lo que venía.

Daniela le tocó la pierna y lo miró.

—¿Y qué pasó cuando os fuisteis?

—Se quedaron locos, me contaron después. Ellos pensaban que íbamos a ir al banquete, que lo pagaríamos, yo que sé... Pero nos fuimos y fue maravilloso, estuvimos unos meses dando vueltas y después buscamos un piso chiquitito, lejos de ellos, y fuimos muy felices allí.

—Yo quiero eso. —Matías la miró—. Una boda pequeña, solo nosotros, mis hermanas y las niñas; no necesitamos más. Tenemos todo lo demás,

vivimos juntos, voy a adoptar a las niñas. Pueden comprobar que es algo serio.

—Se te olvida algo

—¿El qué?

—Las tartas, Lola me contó algo de que vamos a tener muchisisimas tartas.

—Sí, eso es imprescindible, el menú será de cosas que nos apetezca mucho comer y no podemos hacerlo todos los días, ¿qué te parece?

—Perfecto.

Los dos se quedaron en silencio mirando el armario. Daniela se puso seria.

—Me da miedo todo, Matías, que duermas aquí, que todo se complique, que te sientas obligado, que salga mal y que en vez de solucionar un problema se creen muchos más.

—Yo también tengo miedo de que todo se complique, Daniela, de que te pueda meter en un lio. —Matías respiró hondo, miró la cama en la que estaban sentados—. Dormir juntos será inevitable, Sofía quiere que me vaya para quedarse con mi cama, pero te prometo que no ocuparé mucho sitio y que no tengo casi nunca los pies fríos y que tampoco duermo con calcetines y luego te los vas a encontrar dentro de la cama.

Daniela sonrió.

—Yo te prometo que te dejaré sitio y que no te robaré las mantas.

Sofía entró en la habitación, se había despertado antes de la hora. Daniela la cogió en brazos y la sentó entre los dos. Daniela le dijo que era pronto, que podía dormir un ratin más, se metió en la cama y le dijo a Sofía que se metiese con ella. Dormirían juntas. Enseguida apareció Lola y subió a la cama al ver a Sofía dentro, ella también quería dormir allí. Cuando Matías decidió levantarse a preparar el desayuno, las niñas decidieron acompañarlo, tenían hambre. Daniela decidió quedarse unos minutos más en la cama y se tapó con el edredón. Pensó en todo lo que habían hablado. Matías era un buen hombre, con algo de mala suerte, pero un buen hombre. Y ya tenía decidida

su boda, no habría invitados, solo ellos, y si hablaban, que hablasen. No quería preocuparse de familiares y de gastos extras de los que luego no podría hacerse cargo. Lola entró en la habitación, se acercó a la cama y levantó el edredón buscando a Daniela, la llamó mamá y le avisó que ya estaba el desayuno. Todos los miedos de Daniela desaparecieron al verla, la cogió y la metió en la cama.

—Hoy elegiremos las tartas, ¿qué te parece?

Capítulo 4

Alba era la más pequeña de las tres hermanas, de carácter extrovertido y, al igual que sus ellas, desconfiada, quizás menos debido a su juventud, y solo confiaba de verdad en unas pocas personas que habían estado a su lado desde pequeña. Su meta era estudiar y conseguir un nivel de vida tranquilo y relajado, su mayor sueño era llegar sin agobios a fin de mes y poder viajar. Le encantaban los zapatos de todo tipo, pero su debilidad eran los de tacón imposible que apenas podía utilizar unas horas cuando se los ponía para salir de fiesta. Pero, aun así, cuando ahorraba algo de dinero, se compraba un par de ellos, y el momento perfecto era cuando se los probaba para ir de fiesta y todavía no le habían empezado a hacer daño. Alba compaginaba sus estudios de Derecho con un trabajo de camarera a tiempo parcial en el bar de uno de sus mejores amigos, Diego. Él entendía su prioridad de estudiar y siempre la ayudaba con el horario del trabajo cuando estaba agobiada con los exámenes. Por las mañanas, aprovechaba para estudiar entre clase y clase, ya que siempre le quedaba alguna hora libre que también aprovechaba para pensar en su profesor favorito.

Su profesor de Penal I le quitaba el sueño. Era un hombre joven, aunque mayor que ella, apenas llevaba dos años dando clase en esa universidad. Su asignatura le apasionaba, y eso llevaba a que su clase siempre estuviese llena y hacía que Alba tuviese que llegar siempre un poquito antes para coger un buen sitio en el aula. Siempre en la tercera fila. En su clase había chicos guapos, pero ninguno le atraía tanto como su profesor. Se había preguntado mil veces cómo acercarse a él, cómo conocerlo un poco más y otras veces pensaba para qué quería conocerlo más, era el amor platónico perfecto. Con qué fin se acercaría a él, eran de mundos diferentes, y si él no sentía nada por ella, luego cómo podría volver a la universidad, a su clase o ir con miedo por los pasillos, por la calle. En una cafetería, su corazón se volvía loco y un cosquilleo invadía su estómago, pero eso duraba poco, nunca era él.

Le había contado a sus hermanas muchas veces lo que sentía por ese profesor, pero ellas no habían sabido aconsejarle lo que Alba esperaba escuchar, ellas le aconsejaban paciencia, que fuera prudente, y Alba solo quería escuchar que se lanzara, que diera un paso más. Entendía los consejos de sus hermanas, pero no le gustaban. Ellas sabían que el profesor nunca le había dado ninguna muestra que pudiera confundir con afecto, pero ella pensaba que era algo lógico, era el profesor y de una universidad, no se iba a poner a mandar mensajitos ni a coquetear delante de todos los alumnos. Si en algún momento hubiese sentido algo por ella o lo sintiese, ahora sería misión imposible descubrirlo, así que no tenía opciones de hacer nada, solo disfrutar de sus clases y esperar que durasen más tiempo.

Diego era su amigo desde hacía muchos años. Siempre podía contar con él, se habían conocido en el instituto. Los dos se cayeron bien nada más verse, eran los raritos de la clase. Diego era mayor que ella, siempre estaba repitiendo curso porque no le gustaba estudiar, y a Alba le gustaba sacar buenas notas. Entre ellos había un cariño especial y una gran complicidad, sabían lo que pensaban con solo mirarse. Alba se sentía segura a su lado. Diego era como su hermano mayor, siempre estaba para ayudarla. El padre de Diego se había jubilado en cuanto Diego acabó el instituto, todavía iba de vez en cuando para controlar el negocio y ayudarle cuando Diego tenía dudas. Él estaba feliz, hacía algo que le gustaba y sus padres no le habían insistido más con que hiciese una carrera. Ese bar era el sitio de reunión de las tres hermanas por las tardes, sobre todo los fines de semana antes y después de acudir al estadio de fútbol para ver los partidos de su adorado Sporting de Gijón. Allí comentaban los partidos y Diego les preparaba sus hamburguesas favoritas. Las costumbres habían cambiado un poco desde que Matías y las niñas habían llegado a sus vidas. Ahora ya no iban al bar tan a menudo. Diego apenas conocía a Matías solo sabía lo poco que Alba le había contado de él y no confiaba nada en lo que podía estar pasando en la casa de Alba. Apenas había visto a las niñas solo unas veces contadas, cuando Daniela iba de compras y pasaban a tomar algo para esperar que Alba terminase su turno.

Las niñas le parecían muy buenas y tenía miedo de que aquel hombre las utilizase para meterse en casa de Alba. Pero no sabía cómo tocar el tema porque siempre que lo intentaba Alba cambiaba a otro, y eso era señal de que no quería saber nada.

Una noche mientras recogían el bar, Alba le contó que Daniela se iba a casar con Matías. Había sido una sorpresa y habían pensado en celebrar una comida o una cena informal en el bar, pagarían todos los gastos y luego lo recogerían todo, y él estaba invitado. Solo lo celebrarían en el bar si él estaba de acuerdo.

—¿Tan pronto? Pero si apenas se conocen. Alba, solo llevan unos meses juntos. ¿O se conocían de antes? Nunca me has contado la historia de ese hombre del todo.

—No veas cosas raras, Diego. Se han enamorado, el amor es así.

—Tiene que tener cuidado, a lo mejor se aprovecha de ella. Ese hombre no me gusta, ya te dije que tuvieseis precaución, Alba, se metió en vuestra casa y con dos niñas, que os ha dejado para que vosotras os hagáis cargo de ellas. Daniela esta todo el día con ellas. ¿Y él qué hace? Seguro que está usando a Daniela para conseguir los papeles, y luego la dejará tirada.

—Diego, no somos tontas y además, ¿qué estas insinuando?, ¿que nadie se puede enamorar de Daniela?, ¿que no pueden decidir casarse?, ¿que solo estaría con ella por interés?

—No estoy diciendo eso, Alba, y tú lo sabes. Daniela puede estar confundida, puede confundir sus deseos y sus sentimientos y le pueden hacer daño, pero ya no voy a decir más. Si quieres celebrar una comida o una cena aquí, puedes hacerlo, pero solo espero que no tardéis mucho en daros cuenta quién es el hombre que os está envolviendo así y que si me necesitas, me pidas ayuda sin dudarlo.

—Es mejor que busquemos otro sitio y que tú no vengas a la boda

—Como tú quieras, Alba.

Alba terminó de recoger lo que le quedaba y se fue a casa sin despedirse de Diego. Estaba cabreada con Diego, le había preocupado que él pensase así.

Quizás más gente podía sospechar que solo se casaban por los papeles y que por su idea, Daniela podía meterse en un problema serio. Tenía ganas de que acabase aquel día horrible, todo le había dado salido al revés. Ya había intuido que el día sería malo cuando vio a su profesor en el pasillo acompañado por una chica misteriosa con la que tenía muy buen rollo. Quizás era su novia, no podía dejar de preguntarse qué estaba haciendo allí aquella chica, quizás la había invitado a desayunar en la cafetería de la facultad después de pasar la noche juntos. No había logrado quitarse aquella imagen de la cabeza en todo el día, después había recibido la nota de un examen y lo había suspendido, y ahora, al final de la jornada, para olvidar, se había cabreado con Diego.

Al día siguiente, Diego apareció en la facultad con un pequeño cactus para reconciliarse con Alba. No quería que aquella discusión la alejase de ella, quería que siguiese confiando en él y supiese que siempre iba a estar a su lado. Diego esperó enfrente de la clase que le tocaba a Alba aquella mañana, ya había estado más veces allí y conocía el horario de ella. Cuando Alba lo vio tan alto, tan guapo y con esa sonrisa, se le iluminó la cara.

—¿Qué haces aquí? ¿Es para mí?

—Sí, quería hacer las paces, y un cactus te durará más tiempo vivo que cualquier otra planta. ¿Tienes tiempo para un café?

—Sí. Te invito yo, pero hoy en la cafetería, no de máquina. —Alba lo abrazó, lo cogió del brazo y se lo llevó a la cafetería. Alba no pudo evitar pensar que le hubiese gustado que los viese el profesor, pero esa clase era más tarde, a lo mejor seguía con su novia. No quiso estropear aquel momento pensando en eso otra vez. Estaba feliz porque Diego había ido a buscarla; siempre estaba allí y podía contar con él. Diego encontró una mesa vacía, Alba se sentó y él fue a pedir los cafés y algo para acompañarlos. El paseo hasta la facultad le había abierto el apetito. Enseguida volvió y hablaron de otros temas que no fuesen Daniela y Matías. Alba miró el reloj. La hora de ir a su clase preferida se acercaba, pero estaba muy a gusto con Diego y todavía le quedaba café después de haber pedido otro. Cuando ya tenía decidido que

podía faltar a clase, un hombre se acercó a su mesa. Alba estaba de espaldas, pero se giró al ver cómo Diego lo había mirado.

—Señorita Castro, va a llegar tarde a mi clase, espero verla. —Y desapareció por la puerta. Era su profesor. Él siguió su camino hacia el aula.

Su corazón se puso a cien mil por hora, creía que se le iba a salir por la boca mientras recordaba su sonrisa y se dijo: «Contrólate, Alba, contrólate, que no se note nada». Diego le sujetó la mano.

—¿Es él?

—No sé de qué hablas, me tengo que ir.

Diego sonrió.

—Me llevo la planta y la recoges luego, no quiero que llegues tarde a tu clase.

Alba le dio dos besos y subió rápidamente las escaleras hacia el aula, antes de acabarlas, se paró, respiró hondo y se arregló el pelo. No podía llegar tan agitada. Giró y allí estaba él, estaba esperando que entrasen los alumnos. Alba agachó la cabeza al pasar por su lado y se camufló entre la gente. Decidió sentarse más lejos, no quería que le viese la cara roja cada vez que ella levantase la cabeza, tenía miedo de salir ardiendo en cualquier momento y provocar un incendio; estando más lejos, se tranquilizaría más rápido. Antes de empezar la clase, su profesor les agradeció a todos su presencia. Alba sintió que le hablaba solo a ella y su corazón se volvió a desbocar. La clase pasó lentamente, nunca le había sucedido, siempre se le hacían cortas y su cabeza no se levantaba del papel, había perdido la noción de lo que estaba escribiendo, solo pensaba en que sabía su nombre, sabía quién era, se había fijado en que estaba en aquella clase y después pensaba en lo tonta que era. Solo recordaba su nombre, tampoco era para tanto, ya habían hecho algunos trabajos y de ahí conocería su nombre. Pensaba en frases ingeniosas que tenía que haber dicho cuando él se acercó, pero solo podía pensar en la cara de tonta que se le habría quedado al tenerlo tan cerca. Quería irse a casa y hablar con Daniela y con Laura, contarles cada detalle de lo que había sucedido.

En la comida antes de irse a trabajar, mientras tomaban café, Alba les

mencionó lo que había pasado aquella mañana. Su profesor le había hablado.

—A lo mejor se acercó a hablarte porque te vio con un chico, un regalo y sintió curiosidad, pudo pensar que era tu novio —acotó Laura.

—¿Te imaginas por un momento que haya sido por eso, que sintiese curiosidad por mí? Además, no recuerdo haberlo visto en la cafetería cuando entramos, no sé dónde estaba, o quizás entró por otra puerta, no sé.

—Y ya sabes que Diego pondría celoso a cualquiera, es muy guapo y además con un regalito. ¿Por qué te llevó un regalo? ¿Pasó algo? La otra noche venias enfadada del trabajo, pero no te pregunté —le dijo Daniela.

—No fue nada, una tontería del bar, pero yo estaba cansada y todo parecía peor —le respondió Alba.

—¿Y alguna vez te había visto con algún chico en la cafetería o por los pasillos? —intervino Laura.

—No lo sé. A la cafetería no suelo ir mucho, soy más de café de máquina, y los chicos con los que me pudo haber visto son los de clase, tampoco hemos coincidido en ningún sitio.

—Creo que seguiremos dándole vueltas varios días, así que ahora me voy a una entrevista de trabajo y luego ya os contaré. —Laura se despidió dándole un beso en la cabeza a Alba.

—Tiene razón Laura, voy a estar pensando en esto todo el fin de semana y no sé cómo haré para tranquilizarme cuando vuelva a su clase. Estaba más tranquila cuando solo era un amor platónico, solo lo miraba yo y ya está, pero ahora estaré pensando si él también me mira. Me voy a duchar y me voy a trabajar.

—Si quieres, mañana podemos ir de compras, necesitarás algo nuevo para la siguiente clase —le dijo Daniela riéndose mientras Alba salía del salón.

—Me parece una buena idea ahora que lo dices.

Matías entró por la puerta, venía a comer a casa y a pasar un rato con Sofía y con Lola. Su jefa se había quedado en una comida que duraría varias horas y se las había dado libres para que luego pudiesen disfrutar de la noche ellos

dos.

—¿Cuándo os vais de compras? —preguntó Matías.

—Mañana. Alba necesita un montón de ropa nueva.

—Os invito a las compras, me han adelantado un dinero y quería dártelo para las cosas de la boda, pero seguro que también da para algo de ropa nueva para Alba, y después de las compras podemos ir al cine. ¿Qué os parece?

—Me parece genial, Matías, pero ¿estás seguro?, nos podemos volver locas de compras.

—Sí, tranquilas, este dinero es por los extras, no tiene nada que ver con el sueldo. Los señores para los que trabajo ya habéis visto que tienen un horario especial, y es un premio a mi disponibilidad. Además, Sofía y Lola hablaban de una película que querían ver.

—Sí, se pondrán felices, sobre todo si vienes con nosotras.

—De compras, espero que me des permiso para librarme, pero al cine sí voy, me apetece un montón comer palomitas y luego hamburguesas. — Matías le dio el sobre con el dinero a Daniela.

—Matías, Laura me dijo que encontrara una fecha próxima para la boda, en menos de una semana puede ser, conoce gente que conoce gente y puede ser en pocos días. ¿Qué te parece?

—Bien, cuanto antes mejor, tengo ganas de que todo quede arreglado y no pensar más en que pueda aparecer alguien...

—No lo digas, no pienses en ello. Pronto todo estará solucionado, tú ya tienes los papeles casi arreglados, no te preocupes. ¿Tendré que mirarte un traje? ¿De qué color lo quieres?

—Confió en ti, yo con cualquier cosa iré bien. Lo importante es la novia, las damas de honor, las damitas. —Sofía y Lola entraron en el salón, enseguida Matías les contó los planes para el fin de semana y ambas se pusieron felices de que Matías las llevase al cine y de que estuviesen juntos. Matías se despidió pronto, tenía que volver al trabajo. Se disculpó porque

llegaría tarde aquella noche, sus jefes tenían fiesta y no sabía cuándo regresaría. Se despidió con un beso en la mejilla a Sofía y a Lola y cuando se acercaba a Daniela, Sofía lo interrumpió y le dijo que los novios se despedían con un beso en la boca, que se lo había contado una niña de clase. Matías le dio la razón, besó suavemente en los labios a Daniela, les recordó que fuesen pensando en una película para el día siguiente y se despidió.

Matías estaba feliz, sentía algo especial por Daniela, no tenía claro si era amor, no era igual que lo que había sentido por Silvia, quizás ya no se acordaba de cómo era el amor. Le gustaba estar a su lado y saber que estaba cerca. De camino a recoger a su jefa, pensó en cuanto tiempo podría ocultar aquel trabajo. Todas se habían quedado tranquilas al saber que era de chofer para un matrimonio mayor, pero tenía miedo si alguna vez coincidían y veían a Úrsula. Ella no era la típica señora mayor que él les había contado, y si Daniela, al verla, sospechaba algo... Quería trabajar solo unos meses. Cuando tuviese los papeles arreglados, cuando su boda y la adopción de Sofía y Lola se hubiese producido, cuando tuviese claro qué sentía por Daniela, cuando el miedo desapareciese, dejaría aquel trabajo, buscaría algo diferente, con otro horario, uno estable. No quería estar siempre a las órdenes de aquella mujer.

Laura acababa de encontrar trabajo. En unos pocos días empezaría en un nuevo despacho de abogados, era uno de los más prestigiosos de Oviedo. Estaba entusiasmada de trabajar allí, pero tenía miedo, miedo de cómo afrontarlo, de no defraudar a sus nuevos jefes. Y miedo a volver a trabajar con Eduardo.

Laura y Eduardo se habían conocido en los últimos años de facultad. Antes se habían visto en los pasillos, pero nunca se habían hablado. Tenían diferentes grupos sociales. Laura se había sacado la carrera con becas, así que todo el tiempo lo empleaba en estudiar y siempre que podía trabajaba de dependienta en una gran superficie. Eduardo no tenía problemas de dinero, su coche nuevo costaba el doble de lo que había pagado por toda la carrera de

Derecho. Un día coincidieron en un grupo de trabajo, Laura sabía que tendría que trabajar el doble porque Eduardo no tenía pinta de esforzarse mucho en nada y llevaba años repitiendo algunas asignaturas. Pero según iban pasando los días y quedaban, Laura se fue enamorando de él, siempre la hacía reír y a la vez trabajaba mucho y siempre cumplía con su parte del trabajo, a su lado todo parecía fácil y más divertido. Todos sus compañeros de grupo coincidían en que se le daba muy bien, Eduardo les contaba que para él era fácil porque llevaba toda la vida en el mundo del Derecho, le venía en la sangre. Aquel trabajo había cambiado la visión de Laura y solo pensaba en Eduardo y hablaba de Eduardo. Después de unos meses de relación semiformal, Eduardo la ayudó a conseguir un puesto de trabajo en un despacho que él conocía. No era el de su familia, pero seguro que la cogerían y así no se pondría nerviosa ni se sentiría incómoda cuando fuesen pareja formal. Eso le había comentado Eduardo, todo serio, sin apartar la mirada de Laura. En pocos días comenzaron una relación seria. Laura estaba feliz, tenía un trabajo que le encantaba, los estudios le iban bien y, aunque apenas tenía tiempo para nada, ahora tenía a Eduardo. Cuando acabaron la carrera, Eduardo decidió emprender un curso de especialización en el extranjero y quería que Laura lo acompañase. Él correría con todos los gastos, pero Laura no había aceptado. Amaba a Eduardo, pero no podía dejarlo todo e irse fuera, y menos que él se hiciese cargo de todos los gastos. Eduardo intentaba convencerla, pero Laura decidió romper, no quería una relación a distancia y menos con Eduardo. Laura conocía todos sus líos anteriores, su fama, y no quería pasarse los días dudando de él. Eduardo se fue sin entender a Laura, le había demostrado que había cambiado, que podían mantener una relación a distancia, pero no funcionó. Laura le pidió que no le volviese a llamar, que sería lo mejor durante un tiempo no saber nada de sus vidas, que los ayudaría a no pensar en ellos. Tenía un trabajo que no podía dejar de un día para otro. Y ahora, después de tantos currículos echados, solo la habían llamado del despacho de la familia de Eduardo, uno de sus tíos le había hecho la entrevista y Eduardo no estuvo por allí. No sabía si seguiría trabajando allí, si había vuelto de Estados Unidos.

Al llegar a casa, les contó todo lo que había pasado, que empezaría en pocos días y que no les había dicho nada antes porque no quería que le dijese que no lo cogiese por miedo a que sufriese al ver de nuevo a Eduardo. Necesitaba el trabajo y, si Eduardo aparecía, pues bien, ella sería correcta, lo trataría como a un compañero más o como a un jefe y aceptaría la nueva vida de Eduardo. Quizás le afectase un poco, pero solo un poco.

—¿Estas segura, Laura? Puede ser muy duro si se ha casado, si tiene hijos.

—Sí, estoy segura. Es un buen trabajo, el contrato va a ser bueno y el sueldo también. Me apetece demostrarles a los que me echaron sin explicaciones que ahora estoy mejor que antes, necesito trabajar y que me vean.

—Si lo has decidido y lo tienes claro, te apoyamos.

—Compraré más chocolate los primeros días, pero solo los primeros días, y luego ya lo iremos superando juntas.

—Si solo de pensar en que lo voy a volver a ver me pongo nerviosa, cómo me tratará.

—Bien, ¿cómo te va a tratar? —intervino Daniela.

—Sí, no se, se fue muy enfadado. ¿Y si me ve allí y me echa? No lo había pensado hasta ahora.

—No te va a echar, Laura, él te quería —le dijo Alba.

Aquella noche la llamaron del trabajo. Laura apenas podía hablar cuando escuchó la voz de su jefe, mil cosas pasaron por su cabeza. Le pedían que empezase al día siguiente, que la necesitaban ya. Laura les respondió enseguida, con la voz entrecortada. Estaría en el despacho a primera hora de la mañana, preparada para empezar a trabajar. Se sorprendió, todo era muy precipitado. Daniela le respondió que últimamente todo en sus vidas iba muy precipitado y quizás eso era bueno. Se quedaron en el salón ayudando a Sofía a hacer los deberes, mientras Laura repasaba libros de Derecho, así no pensaría en Eduardo.

A la mañana siguiente todo eran nervios en el desayuno. Alba la llevaría

en coche, Laura estaba demasiado nerviosa para conducir aquella mañana. Matías le preguntó a Daniela qué pasaba, y ella le contó todo lo que había pasado en su ausencia. Después acompañaron a Sofía a clase y, antes de despedirse e irse cada uno por un lado, Daniela le dio la fecha.

—El próximo viernes, este no, el que viene, es la fecha de...

—Me parece un buen día, hablaré con mis jefes quizás si trabajo un domingo, me lo dejen libre. —Matías había adivinado de qué hablaba Daniela solo al oír el timbre de su voz temblorosa—. Hablamos esta noche. ¿Me esperas despierta? Prometo llegar pronto.

—Sí, te espero.

Laura entró en el edificio que ocupaba el bufete de abogados en el que iba a empezar a trabajar, estaba en el centro de la ciudad. Enseguida la llevaron al que sería su despacho y le presentaron a su secretaria, la que compartiría con otro de los abogados que también estaba empezando ese día, pero estaba allí para ayudarlos a coger el ritmo. Su jefe le informó que en unas horas tendrían una reunión con todos los abogados del despacho para que los conociesen y ellos también a las dos nuevas incorporaciones, pero por ahora podía ir haciéndose al despacho y al edificio. En la reunión le asignarían un abogado para que fuese conociendo todos los casos que tendría que llevar y luego solo trabajaría con él y, más adelante, ella llevaría sus propios casos. Laura saludó a su secretaria cuando el jefe se despidió, después la dejó atendiendo el teléfono y entró en la oficina. Se sentó en su silla y miró a su alrededor, era perfecto, mejor de lo que había soñado. Todo se veía nuevo y olía bien, era pequeño pero era de ella. Abrió los cajones de su mesa para meter su bolso y allí, en el primer cajón, una rosa blanca con una nota que decía: «diviértete». Su corazón dio un vuelco y cerró el cajón rápido, como si aquella rosa hubiese sido fruto de su imaginación. Miró la puerta de cristal por si alguien la había visto, volvió a abrir el cajón y allí seguía la rosa blanca con la nota escrita por Eduardo, con esa palabra que siempre le decía, «diviértete», cuando estudiaban. No se atrevía a tocarla.

—Señorita Castro, señorita Castro.

—Sí, perdóname. ¿Qué quieres?

—En media hora es la reunión, hoy la han adelantado y el nuevo abogado ya está en su despacho si quiere conocerlo ahora.

—Sí, me parece buena idea. —Laura se levantó—. No me llames señorita, llámame Laura, por favor, vamos a trabajar, si todo sale bien, mucho tiempo juntas, así que lo mejor es que nos sintamos cómodas

—De acuerdo, Laura, no sé cómo va esto, llevo apenas dos meses aquí y es la primera vez que soy la secretaria principal de dos abogados, espero hacerlo bien.

El nuevo abogado apareció en su puerta.

—Hola, soy Román

—Laura. ¿Qué tal lo llevas?

—Bien, estoy muy contento, llevaba tiempo buscando trabajo y esto me ha venido muy bien. Ha sido increíble, ya estaba perdiendo la esperanza.

—Yo también estaba en paro y también ha sido un sueño encontrar trabajo —les comentó Leticia

—Pues sí, todos estábamos necesitados de trabajo, así que nos va a salir bien y nos va a durar mucho. Antes de la reunión me gustaría ir al baño —dijo Laura susurrando—. ¿Dónde está?

—Te acompaño —le contestó Leticia.

—¿Vienes, Román?

—Sí, creo que sí, por si acaso.

Llegaron pronto al lugar de reunión y esperaron para sentarse. Una de las secretarias que organizaba la mesa les indicó que todos tenían sus nombres en la mesa, así nunca había problemas, y los acompañó a sus sitios. Laura estaba nerviosa, pensando en dónde podía sentarse Eduardo y cuando se asentó y miró su nombre, le sacó una foto con el móvil para enviársela luego a sus hermanas, y cuando miró al otro lado, vio el nombre de Eduardo, estaba allí y estaba trabajando, se sentaría a su lado. De repente quería huir, lo tendría

cerquita, sin nada de separación. Sacó otra foto del nombre de Eduardo y la envió. Después apago el móvil, tenía miedo de que sonase en la reunión y ya estaba bastante nerviosa. Eduardo entró acompañado de su tío y otros abogados. Le sonrió al verla y fue a su sitio.

—¿Qué tal estáis? ¿Muy nerviosos?

—Lo normal —le contestó Román.

—Sí, lo normal —le respondió Laura.

—No os preocupéis, enseguida le vais a coger el ritmo. —Eduardo la miró y le sonrió.

—¿Y los despachos os gustan?

—Sí, están muy bien, no me lo esperaba —respondió Román.

Laura intentaba mantenerse seria, la sonrisa de Eduardo siempre la hacía sonreír. Decidió mirar los papeles, al frente; cualquier sitio era bueno si no miraba a Eduardo.

—Sí, todo bien.

La reunión duró varias horas, tenían nuevos casos que analizar entre todos y repartir. Laura ayudaría a una de las abogadas veteranas, en casos de divorcio, la señora Torres, y Román ayudaría a Eduardo en sus casos mercantiles. Laura sabía que Eduardo había tomado aquella decisión para que ella no se sintiese incómoda. Las horas se le pasaron muy rápido, quería volver a casa cuanto antes para contarles todo lo que había pasado ese día. Matías la pasaría a recoger, había salido antes, y Alba ya estaba en casa.

Nada más entrar empezaron a preguntarle todo lo que había pasado, habían visto las fotos.

—Sí, ya he visto la conversación en el móvil, no me ha dado tiempo a leer todos los mensajes.

—Bueno, cuenta, ¿qué tal el día?

—El despacho, increíble, es pequeñito pero todo nuevo y huele súper bien. Tengo secretaria, una chica muy maja, Leticia, y la comparto con otro abogado, Román.

—¿Y cómo es Román?

—Es mayor que yo y está casado porque lleva anillo y creo que lo estaba pasando mal. Llevaba mucho tiempo sin trabajo. Parece un buen hombre. Y todos fueron muy amables, y Eduardo se sentó a mi lado. Ah, ah, ah, y cuando abrí un cajón de la mesa, había una rosa blanca y una nota que ponía «diviértete»...

—Qué mono.

—¿Y qué hiciste?

—Nada, cerré el cajón. —Todas se rieron—. Y en la reunión, estuve amable, con la sonrisa todo el día en la cara, y después no lo volví a ver. Me ha tocado una abogada para ayudarle e ir cogiendo el ritmo, y él se fue con Román. Pero olía tan bien.

—¿Román? —intervino Matías, y todas se rieron.

—Dejadme, que estoy nerviosa.

El timbre sonó, alguien llamaba a la puerta. Todos se miraron, ya era tarde. Matías se levantó y descolgó el telefonillo.

—¿Quién es?

—Creo que me he confundido, ¿vive Laura aquí?

—Sí, ¿y tú quién eres?

—Eduardo, traigo la cena.

—Espera, es Eduardo, que trae la cena. ¿Le abro? —Colgó el telefonillo y fue al salón.

—¿Qué dices? —Laura no sabía qué hacer.

Eduardo volvió a llamar y Daniela lo cogió.

—Abridme, que hace frío y esto se enfría, traigo hamburguesas.

Daniela abrió la puerta del portal.

—Le he abierto, por lo menos que suba, si no, se va a morir congelado. Podemos escucharlo mientras cenamos, no teníamos nada preparado para cenar y unas hamburguesas ahora nos vienen muy bien.

—Ya estoy aquí, Kas, ábreme. —Se escuchaba a Eduardo al otro lado de

la puerta—. Te traigo lo que te gusta, Lichis.

—Si vemos que se ha confundido con tu hamburguesa, lo echamos —dijo Alba—. Pero mira a Kas y a Lichis, están deseando que entre.

—En el minuto que te sientas incómoda, yo lo hecho de aquí —expuso Matías.

—Ya estoy aquí, os estoy escuchando.

—Pues no te pongas tonto o te quedas ahí. —A Laura no le había dado tiempo a quitarse la ropa del trabajo, corrió a la habitación y se puso algo cómodo. Se fue al salón con Sofía y con Lola a esperar que Eduardo caminase los pocos pasos que había desde la entrada al salón y que a ella se le estaban haciendo eternos. Eduardo entró en el salón, dejó las bolsas encima de la mesa, saludó a los perros y después a Daniela y a Alba.

—A vosotras no os conozco, soy Eduardo, el novio de Laura.

—¿Qué dices?

Todos se rieron. Laura estaba sonrojada.

—Estas preciosidades son Sofía y Lola, mis hijas.

—¿Qué dices? No he estado tanto tiempo sin verte. —Eduardo repartía las hamburguesas con la ayuda de Alba.

—Son mis hijas, soy Matías. ¿Qué tal, ha traído las hamburguesas, Laura?

—Por ahora bien —le contestó. Matías se sentó al lado de Daniela.

—Así que estáis juntos, hacéis buena pareja.

—Sí, y se van a casar muy pronto —le respondió Sofía.

—Me apetece ir de boda, ¿tienes acompañante, Laura?

—Primero, cenamos, y luego hablaremos de que pasará mañana.

—Menos mal que he comprado un montón porque yo venía con mucha hambre, ha sido un día muy ajetreado, muchas cosas nuevas y sensaciones que no había olvidado.

—Estamos cenando, Eduardo —lo interrumpió Alba—. No te pongas pasteloso.

—Vale, pues háblame de ti, ¿qué tal llevas los estudios?

Pasaron una cena agradable, hablando de lo que Eduardo había hecho en Estados Unidos, de la carrera de Laura, de cómo estaba Diego, hacía mucho que no lo veía, y de la futura boda de Daniela. Alba y Daniela decidieron dejarlos a solas, de una forma que se notase lo menos posible, para que Laura no se pusiese nerviosa. Optaron por ir a acostar a Sofía y Lola. Daniela se llevó también a Matías, que no le quitaba el ojo a Eduardo. Eduardo y Laura se quedaron en silencio durante unos minutos. Eduardo decidió hablar.

—Tenía que venir, pensé en hacerlo antes, pero no tuve valor, y hoy, al verte, tuve que hacerlo, hablar, que todo esté bien entre nosotros, que no te sientas incómoda.

—¿Has tenido que ver en mi nuevo trabajo?

—Sí, algo. No te quiero mentir, nunca lo he hecho, estábamos buscando gente y me tocó a mí leer todos los currículos, y me sorprendió ver el tuyo. Llamé al despacho donde trabajabas antes y, cuando pregunté por ti, fueron muy groseros y casi me cuelgan y me dejan con la palabra en la boca. ¿Qué pasó?

—No lo sé. El día antes todo era normal y de repente me echaron, no lo sé. No te vas arrepentir, voy a trabajar mucho.

—Lo sé, Laura, te conozco. No tienes que demostrar nada. He pensado mucho en ti, cada día que he estado lejos de ti he tenido deseos de ponerme en contacto contigo llamarte, oír tu voz, buscarte. ¿Y tú?

—Eduardo, no es el momento.

—Solo un sí o un no.

—Sí. —Laura sonrió y se tapó la cara con las manos.

—Te has puesto roja otra vez. —Los dos se rieron. Eduardo se acercó a Laura y la besó—. Te amo, quiero casarme contigo ya.

—No vayas tan rápido, poco a poco, Eduardo. Quiero centrarme en el trabajo.

—Vale, poco a poco. —La volvió a besar—. Me voy, te dejo soñando conmigo, y recuerda: puedo traerte la cena siempre que quieras.

Laura lo acompañó a la puerta, le dio las buenas noches y lo besó.

—Sueña conmigo.

—Desde que te vi la primera vez.

A la mañana siguiente, Daniela les conto su plan de fin de semana, necesitaba salir de la ciudad, cambiar de aires. Había hablado con Matías y lo tenía libre, sus jefes tenían reuniones familiares en su casa y no irían a ningún sitio. Daniela había pensado en un pequeño viaje, la furgoneta de Matías esta estupenda para ir a Ferrol a ver el partido del Sporting. Y todos estuvieron de acuerdo.

—He comprado de todo para el viaje y ya he buscado un hotel donde aceptan perros, así que nos vamos todos.

—Le puedo preguntar a Diego si quiere venir si os parece bien.

—Sí, claro que sí, así Diego y Matías se conocen un poco más.

—A Diego no le cae muy bien Matías —les contó Alba.

—No pasa nada, Alba, entra dentro de lo normal. Apenas me conoce y me he metido en vuestra casa, y por lo que me has contado de él, es como tu hermano mayor. Es normal que me tenga algo de desconfianza.

—Espero que salga bien.

—Intentaré ser amable —le respondió Matías.

—Mejor que amable está bien, tenle paciencia, es un poquito cabezón —le aconsejó Daniela.

—Vamos a hacer las bolsas —dijo Alba, feliz de la idea

—¿Me haces la mía? No sé qué meter, solo pienso en Eduardo y en volver a verlo el lunes —le pidió Laura.

—Vale, y te dejo que me hables de Eduardo todo el rato. —Laura sonrió mientras la acompañaba a preparar las bolsas y le empezaba a hablar de Eduardo.

Sofía y Lola corrieron con ellas después de que Daniela les hubiese dado unas pequeñas maletas de dibujos animados para que ellas también las preparasen.

—¿Estás nerviosa? Quedan pocos días.

—Sí, un poco, pero por eso pensé en este viaje preboda. Es barato y nos vendrá bien. Bueno, me vendrá bien pensar en otras cosas. Anoche, cuando sonó el timbre, todos estábamos asustados, y quiero que nos relajemos. Hace mucho que no vamos a un partido y también tengo ganas. Además, ya lo tengo todo preparado para la boda.

—Qué rápida.

—Sí, todo ha sido fácil. La comida es lo que me queda, pero eso será también fácil y lo celebraremos aquí, así que todo bien.

—Pensé que íbamos a ir al bar de... Ah, por eso queréis que venga con nosotros, no me puede ni ver.

—Un poco, pero se le pasará cuando te conozca.

Matías sonrió y miró a Daniela. Daniela salió de la cocina, se estaba sonrojando al ver los ojos de Matías clavados en ella.

—Voy a ayudarlas.

—Yo recojo esto.

En el viaje, todos disfrutaron mucho, era la primera vez que Matías las acompañaba a un partido de fútbol y también hacia mucho que ellas no iban. Daniela y Matías se iban conociendo un poco más, en un ambiente diferente, y a primera vista parecían una pareja más. Llegaron al hotel que Daniela había reservado. Laura y Alba compartirían habitación. Diego tendría que hacerlo con Matías, y Daniela dormiría con Sofía y con Lola, y con Kas y Lichis, de los que las niñas no querían separarse. Pasarían la noche en Ferrol, paseando por la ciudad, cenando fuera. Durante aquellas horas se olvidaron de todos los problemas y preocupaciones.

A la mañana siguiente, antes de bajar a desayunar, Diego habló con Matías, quería saber cuáles eran sus intenciones con Daniela, quería ver cómo se sentía Matías al hablar de ese tema. Matías le contó que Daniela era una persona muy importante para él, que la había conocido en un momento en el que todo en su vida era oscuridad y que ella lo había llenado de luz, de esperanza, y por eso se iba a casar con ella. Diego se quedó tranquilo al oír

las palabras de Matías, que parecían sinceras, y había observado como la cara de Matías se iluminaba al hablar de Daniela o cuando la tenía cerca.

Mientras desayunaban, Matías miraba a Daniela. Era verdad lo que le había dicho a Diego, Daniela había llenado de luz su oscuridad. Ella era una parte muy importante de su vida. Daniela estaba feliz vistiendo a Sofía y a Lola con las equipaciones del equipo. Estaban preciosas, y ellas les ponían unas bufandas a los perros para que también fuesen vestidos. No pararon de reírse durante el partido al verlas animar al equipo. Después se pusieron rumbo a casa. Laura apenas había pensado en Eduardo y, al llegar a casa, estaba tan cansada que se acostó y se quedó dormida hasta la mañana siguiente, que se levantó con el tiempo justo para vestirse e irse al trabajo. Ya en el despacho, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba, pensó que quizás se tenía que haber preparado más para el lunes, o ir a la peluquería, no sabía si la ropa que llevaba, Eduardo ya se la había visto o no, tenía que haberla preparado. Recordaba lo que Alba le había aconsejado: «no te precipites». Eso es lo que haría, se pondría a trabajar. Abrió el cajón donde había dejado Eduardo la rosa y había otra de un color diferente con una pequeña nota: «¿Me dejas ser tu acompañante?». Sonrió, cogió sus carpetas y se fue al despacho de su superior, la señora Torres, y allí pasaría todo el día arreglando los papeles de todos los casos de divorcio que abarrotaban su despacho.

Aquella tarde, al volver a su despacho, Eduardo la esperaba, entró y cerró la puerta. Llevaba unos papeles en la mano para que Laura no se sintiese incómoda.

—Le he dicho a Román que tenía que darte estos papeles para que me orientes sobre este divorcio que se nos ha colado en uno de nuestros casos.

—Déjame ver.

—Primero quiero que me invites a la boda, es un pasito pequeño, y un invitado más no se notara, ¿no?

—Un poco, no va a ver invitados, Eduardo, es algo muy sencillo. Hemos tenido unos baches y ahora estamos recuperándonos. Daniela no quería gastar mucho.

—No comeré mucho. ¿Qué te parece si te invito a cenar en mi nuevo apartamento y lo discutimos? —Eduardo le entregó los papeles a Laura donde había una nota: «prometo no desnudarte con las manos, me portaré bien. Di que sí, di que sí». Laura soltó varias carcajadas.

—¿Esto lo has escrito delante de Román?

—Ya se había ido, es que a estas horas ya sabes que no soy muy ingenioso. Ya he encargado cena para dos, que nos llevaran en media hora. Venga, coge tu abrigo, tenemos el tiempo justo.

—Tendré que llamar a Daniela para avisarle de que no voy a cenar.

—Ya la he llamado yo para decírselo. Ahora, si quieres avisarle de que no vas a dormir, tendrás que llamarla, yo espero.

—No, Eduardo, solo cenar, tengo tu nota. ¿Qué te ha dicho? ¿Y la gente?
—Laura se paró en la puerta.

—Se rio de mí y luego me dijo que me portase bien. ¿Qué pasa con la gente?

—Si nos ven salir juntos, ¿qué van a decir?

—Nada, tranquila, apenas quedamos tú y yo y mi padre, pero él ya lo sabe todo. —Eduardo abrió la puerta y la cogió de la mano para ir saliendo.

—¿Qué sabe?

—Que vas a ser su nuera, que nos casaremos en unos meses, solo me queda convencerte.

—Es mentira.

—No. Cuando le hablé de ti, me preguntó qué ocurría contigo, por qué tú, y se lo conté.

—Entonces el trabajo, soy una enchufada, qué vergüenza, no me lo merezco.

—Sí que te lo mereces, no digas tonterías. Vas a trabajar lo mismo que todos, no vas a ser una privilegiada, no te van a tratar diferente aquí, vas a estar bien, vas a demostrar de todo lo que eres capaz, y yo voy a estar tu lado y tú al mío. No quiero irme a ningún sitio, Laura. Lo pasé mal lejos de ti, tuve

la suerte de poder hacer aquel master, de llevar una vida de lujo, pero tú no estabas a mi lado. Pasé una mala racha y no quiero volver a pasarla. Quiero estar contigo, te necesito.

—Yo también te necesito, Eduardo. Y sí, puedes venir a la boda.

El día antes de la boda, Daniela y Matías acudieron al despacho de Laura, había hablado con su jefa y ella le había ayudado con los papeles de la adopción, solo tendrían que firmar y Sofía y Lola ya serían sus hijas. Matías estaba convencido de que Daniela iba a ser la mejor madre que sus hijas podían tener y sentía que Silvia lo acompañaba en esa decisión. Cuando observaba a Daniela con Sofía y con Lola, veía como la respetaban, como la querían, se sentían seguras a su lado. Cómo, en tan poco tiempo, con una mirada, Sofía y Lola ya entendían lo que Daniela les quería decir. Daniela se preocupaba de que Sofía fuese a un buen colegio, de ayudarla con los deberes para que no se quedase atrás, de que Lola aprendiese a leer y a escribir, de comprarles el champú que les gustaba y no les daba tirones, de partirlas la fruta chiquitita. Veía con ellas la película favorita de Lola una y otra vez. Daniela hacía las cosas que hacían las madres, desde el primer momento que las vio. Recordó la primera vez que vio a Daniela, no había sido aquella noche en la furgoneta, sino una noche en que él regresaba de un trabajo y ella volvía a casa andando, estaba pálida de frío, toda tapada con su bufanda. Le había sonreído y siguió su camino, nunca le llegó a preguntar si recordaba aquel encuentro, porque él no había podido olvidar su mirada. Después la vio dos veces que entró a utilizar el baño de la facultad, pero fue diferente. Ella estaba más agobiada trabajando. Que Daniela adoptase a sus hijas era la decisión más sencilla que había tenido que tomar en mucho tiempo. En cambio, la boda le daba miedo, no quería hacer infeliz a Daniela imponiéndole su presencia, no creía que Daniela se pudiese enamorar de él, que pudiese sentir algo más que cariño. Ella sabía su pasado, y Matías no sabía cómo acercarse a ella. Recordaba aquellos besos que le había robado y de los que nunca habían hablado. Pero aunque dudase, tenía que seguir

adelante con la boda, eso lo ayudaría a cambiar de vida, en poco tiempo podría dejar a Úrsula, buscar un trabajo decente y enamorar a Daniela. No le volvería a robar un beso porque ella se los regalaría al igual que le regalaba su sonrisa por las mañanas.

Matías pensó en Úrsula. Aquella mujer le daba miedo cómo era capaz de hacer lo que hacía, cómo trataba a la gente. Sabía que a él lo trataba bien porque lo divertía, pero en cuanto encontrase a alguien nuevo, no tendría reparos en despedirlo y dejarlo en la calle. Por suerte, le sobraba el dinero y pagaba bien. Matías había podido abrir una cuenta a nombre de Sofía y Lola donde iba todo el dinero que ella le regalaba, y la nómina se la entregaba a Daniela para que ella se ocupase de los gastos. Matías quería ponerse una fecha próxima, no quería alargar ese trabajo, tenía miedo de acostumbrarse al dinero fácil y que luego le costase salir. En pocas semanas quería dejarlo, en unos meses pensó.

Úrsula pensaba que Matías le estaría eternamente agradecido por lo que estaba haciendo por él y por sus hijas. Le estaba dando mucho dinero para él y le estaba ayudando con los papeles que siempre retrasaba por miedo a que Matías la pudiese abandonar. Siempre les faltaba algún detalle para terminar de ser válidos, nunca escatimaba en regalos y propinas, lo quería a su lado. Ella estaba segura de que pronto dejaría a las chicas con las que vivía y que se iría a un piso que ella quería regalarle. Podría convencerlo de mandar a las niñas a estudiar fuera, y ella se divorciaría, solo le quedaba averiguar todo el patrimonio de su marido. Quería irse, viajar por el mundo con Matías y que le hiciese el amor en cada ciudad. Solo pensaba en él, en su futuro a su lado.

El día de la boda llegó, todo estaba preparado, la ropa perfecta, colocada en el armario de cada una. La casa estaba arreglada y preparada para celebrar una fiesta. Diego se había ocupado de ayudar a Alba y a Laura en decorarla, aunque al final les había ofrecido el bar, decidieron que querían hacerlo en casa, pues serían pocos. Apenas dos amigas de Daniela, Eduardo y Diego.

Todo sería tranquilo. La ceremonia iba a ser en una pequeña sala del juzgado que Eduardo les había conseguido. Matías salió primero de la casa, en compañía de Laura, Eduardo y Alba. A los pocos minutos, salió Daniela, Diego la acompañaría, Alba se lo había pedido así. Daniela se sentiría más segura y ella había aceptado cuando Alba también se lo propuso. Sofía y Lola iban con ella. Daniela se sentía muy nerviosa, aunque intentaba disimularlo. Le encantaba su vestido, sus zapatos; se sentía guapa. Pensaba en Matías, en lo que sucedería los días siguientes a ese. Tenía miedo. Se volvió a mirar en el espejo, respiró hondo y salió de la habitación. La esperaban en el salón, Sofía y Lola sentadas en el sofá, perfectas. Le dijeron lo guapa que estaba y Diego, a su lado, lo repetía. Sofía se levantó y le entregó una bolsita de tela que a Daniela le pareció vieja.

—¿Qué es esto Sofía? —Daniela abrió la bolsita y sacó un collar.

—Es un regalo de Lola y mío.

—Es precioso. ¿De dónde lo habéis sacado? —les preguntó Daniela mirando a Diego.

—Yo no sé nada.

—Era de mamá, nunca se lo quitaba. Me lo dio antes de que naciese Lola, y lo guardo en mi cojín. Me contó que era de su abuela y que lo tenía que guardar para cuando yo fuese mayor y me casase.

—Ese cojín. —Daniela pensó en como lo llevaba siempre de un lado para otro cuando dormía—. Es precioso, mi niña, pero yo no debo ponérmelo, es vuestro.

—Pero yo quiero que tú lo lleves hoy, te vas a casar con papá y serás nuestra mamá.

—¿Estás segura? ¿Y tú papá qué dirá?

—Póntelo, mamá —le dijo Lola.

—Vale, hoy me lo pondré y después compraremos una cajita preciosa para guardarlo, y cuando vosotras seáis mayores y lo queráis coger, sepáis donde está. —Diego la ayudo a ponérselo. Sofía sonreía al verle puesto el collar. Daniela las abrazó y las dudas se despejaron, todo saldría bien.

Matías estaba esperando fuera del juzgado junto a Laura, que le presentaba a las amigas de Daniela. Daniela se bajó del coche ayudada por Diego y observó allí a Matías, mirándola. Sonrió al verlo, estaba increíblemente guapo con aquel traje y le sonreía. Verlo allí le daba tranquilidad, parecía que estaba bien hablando con Laura, con Eduardo, con Alba. Todo era normal. Enseguida fueron entrando y detrás, Daniela con Diego. Matías la esperaba enfrente de la mesa, de pie. El juez ya estaba dentro, con los papeles preparados. Daniela caminó hasta su lado y Matías pudo ver su collar. Daniela se lo tocó al ver como Matías lo miraba.

—Me lo dio Sofía —susurró Daniela—. Insistió en que me lo pusiese hoy, y no quería disgustarla, espero que no te moleste.

Matías sonrió y cogió la mano de Daniela.

—Está bien, si lo ha decidido Sofía, yo no puedo decir nada. —Matías sonrió—. Eres su madre. —Matías intentaba recordar la última vez que lo había visto, no sabía cómo había llegado a manos de Sofía. Desde la muerte de Silvia, nunca pensó en él, y Sofía lo había tenido guardado siempre; lo poco que tenía de su madre se lo había dado a Daniela. Matías miró a Sofía, estaba feliz al lado de Laura. «Pobre Sofía», pensó, lo había pasado tan mal en sus pocos añitos de vida, pero todo eso había acabado, ahora era feliz, al igual que Lola. Miró a Daniela. Estaba hermosa. «Es la mujer de mi vida», pensó y después se asustó, ahora no era el momento, no podía estropearlo todo, tenía que esperar. Tenía que seguir sus planes.

Daniela estaba nerviosa. Apenas había gente, pero no sabía qué hacer, cómo se comportaba una novia. De repente, una persona se asomó a la puerta con mucho cuidado y Daniela se olvidó por unos segundos de sus nervios. Era el profesor de Alba, lo había visto en una foto en internet y estaba segura de que era él. Miró a Alba y le señaló la puerta con la mirada, pero cuando ella miró, no vio nada.

La ceremonia fue breve. Cuando el juez dijo «ya puedes besar a la novia», Matías no dudó un segundo, agarró suavemente a Daniela por la cintura y la besó. Los dos se separaron sonriendo. Sofía y Lola corrieron a acercarse a

ellos, querían ser las primeras en abrazarlos. Después, en casa, todos empezaron a disfrutar de la comida. Alba se acercó a Daniela.

—¿Qué pasó en la boda?

—Tu profesor, estoy casi un 90% segura de que era él quien se asomó a la puerta.

—¿De verdad? —le preguntó Alba incrédula.

—Sí, de verdad, fue algo raro.

—¿Qué fue raro? —les preguntó Laura.

—El profesor de Alba estaba en el juzgado, lo vi asomarse a la sala. Me miró, miró alrededor y se fue.

—¿Pero estás segura?

—Sí, un noventa por ciento que era él.

—¿Y qué haría allí? —se preguntó Alba en alto.

—Lo más probable es que estuviese allí por trabajo y que, al ver escritos los apellidos de los que se iban a casar, miró a ver si eras tú —contestó Laura.

—¿Y qué más?, no me lo creo, ¿cómo va a ser eso? —le respondió Alba.

—No creo que se vaya asomando a todas las salas así —le dijo Daniela mientras se quitaba el collar, lo guardaba en su joyero y les contaba la historia.

—¿Estáis visibles?

—Eso no ocurre casi nunca —respondió Alba riéndose.

—Sí, pasa —le indicó Daniela.

—Sofía y Lola quieren comer más pastel. ¿Venís?

Enseguida, todas salieron de la habitación y volvieron al sofá. Allí seguía Diego, quería enseñarles todas las fotos que había hecho durante la boda.

Después de aquel día agotador llegaba lo que Daniela tanto había temido, el momento de dormir juntos. Acostaron a Sofía y a Lola, había sido complicado quitarles aquellos vestidos. Matías y Daniela se quedaron solos en la habitación, con la puerta cerrada, mirándose, sin saber qué hacer.

Daniela fue quitando los cojines de la cama mientras Matías se metió al baño. Cuando volvió, Daniela ya estaba dentro.

—¿Qué lado prefieres? Yo siempre duermo en este, pero me puedo cambiar.

—Me da igual, hoy estoy agotado, y mañana tengo que madrugar. — Matías se metió en la cama.

—Sí, ha sido un día bastante intenso, pero todo ha salido bien y nos hemos divertido.

—Sí. Hacía tiempo que no me divertía y comía tanto.

Matías se acercó a Daniela, y ella dejó que él la rodease con sus brazos. Nunca había estado tan cerca de él.

—Está bien para ser nuestra primera noche juntos, ¿no? ¿Estás cómoda?

—Sí, estoy cómoda. Aunque me abrazases más fuerte, estaría cómoda, tengo frío. —Matías la abrazó más fuerte y los dos se rieron. Se quedaron dormidos enseguida, el cansancio había hecho más fácil aquella primera noche juntos.

El tiempo fue pasando sin apenas darse cuenta, ya comenzaban un nuevo curso escolar y Sofía había acabado aquellos pocos meses en los que había ido a clase con buenas notas. Pasaría al siguiente con sus compañeros y con Lola, que empezaba. Aquel colegio les había gustado y Sofía no quería cambiar. Eran todo nervios en casa con las compras para el colegio. Matías apenas estaba en casa, el verano habían sido unos meses difíciles. Laura estaba feliz con Eduardo y se repartía el tiempo. Habían hecho un pequeño viaje juntos, a la boda de uno de sus amigos, para que fuesen pensando en la suya bromeaba Eduardo. Había empezado a frecuentar a la familia de Eduardo, que la trataba con mucho cariño. Incluso a Sofía y a Lola, que alguna vez los habían acompañado al club de tenis. Alba había terminado el curso con buenas notas y estaba a punto de comenzar el último de su carrera, mientras trabajaba con Diego en el bar y hablaban de las reformas que

podrían hacerle, pero siempre les faltaba dinero. Matías ya lo tenía todo preparado para abandonar el trabajo, solo le quedaba una cosa por hacer y para eso esperaba la ayuda de Laura. Solo una llamada y unas semanas lo separaban de acabar con todo.

Laura llegó a casa esa tarde, empapada por la lluvia que había empezado a caer y sonriente, preguntando por Matías.

—Está con Sofía y con Lola en la habitación, les está ayudando con los deberes. Tienes que ver a Lola, está súper mona haciendo los deberes.

—Matías, ven —gritó Laura.

—¿Qué pasa? —preguntó Alba.

—No lo sé, ha entrado como una loca —le respondió Daniela.

—Sentaros.

—Me llamabas.

—Sí, ya me han llamado y todo, es que si mañana lo firmamos todo, mira, tengo las llaves.

—¿Las llaves? ¿Qué pasa?, ¿qué se va a firmar mañana? —les preguntó Daniela.

Laura se sentó en el sofá mientras se quitaba las botas.

—Cuéntaselo, Matías

—Nos mudamos. Hace unas semanas, bastantes semanas, entré en tu ordenador.

—En mi ordenador.

—Sí fue al día siguiente de que se rompiese por cuarta vez la persiana de la habitación, de que empezasen las goteras y de que tropezases en un escalón que estaba suelto.

—Sí, no fue una buena semana, pero mi ordenador, ¿qué tiene que ver en esto?

—Vi las fichas de los pisos que tenías guardadas en favoritos, todos sabemos que cuando tienes algo de tiempo, te pones a buscar pisos ideales donde mudarte. Apunté tres y se lo conté a Laura. Los fuimos a ver y nos

quedamos con uno que nos gustó por lo grande que es y por el precio, nos han hecho una buena rebaja.

—¿Cuál es? Que sea el ático-dúplex, por favor, por favor.

—Sí, ese es, ¿cómo lo has sabido? —Daniela se abrazó a Matías—. No me lo puedo creer, lo vamos a comprar.

—Sí. Mañana firmamos los papeles y es nuestro. Podemos ir a verlo hoy —les respondió Laura. Daniela se separó de Matías

—¿Nos lo podemos permitir?

—Sí, tranquila, ahora tenemos una economía estable y no es tan caro como hubiese sido hace unos años. Eso sí, tendremos que hacer reformas. Vamos a verlo.

Enseguida se pusieron los abrigos y fueron a la que sería su nueva casa en apenas unos días. Entraron emocionados, era muy amplio y luminoso, aunque ahora la noche no lo dejaba ver. Se veía muy sucio, pero, aun así, todos se enamoraron de aquel piso nada más verlo. En la primera planta estaba el salón, la cocina grande con un comedor, una habitación con un baño y una biblioteca, o lo que quedaba de ella, y una salida a una pequeña terraza que daba al interior del edificio. En la segunda planta estaban el resto de las habitaciones con los baños y una gran terraza.

—¿Te gusta? —le preguntó Matías, nervioso.

—Es increíble. Quiero quedarme ya aquí, no quiero volver al otro piso.

—Empezamos a elegir habitación —gritó Alba desde el otro extremo del pasillo.

—La de Sofía y Lola tiene que ser una interior para que no se les ocurra salir a la terraza dormidas o algo de eso. —Les eligieron la más amplia de las anteriores.

—Esa será su habitación, y ahora os toca a vosotras —dijo Daniela dirigiéndose a Laura y a Alba.

—No lo sé, supongo que la del baño tiene que ser para vosotros porque estáis casados y eso —dijo Alba.

—A mí me da igual, hasta ahora todos hemos compartido baño, así que como vosotras queráis —respondió Matías. Daniela se abrazó a él.

—No voy a renunciar a un baño solo para mí, bueno, para nosotros —respondió Daniela mientras les enseñaba el anillo—. Estamos casados y es un baño solo para nosotros, es un sueño.

—Vale, para vosotros, el baño —respondió Laura—. Las chicas compartimos el otro.

—¿Si me caso me quedo con la habitación del baño? ¿Vale con una pareja estable? —preguntó Alba.

—No te quejes —le respondió Daniela mientras se separaba de Matías—. Aún te quedan habitaciones para elegir y tienen acceso directo a la terraza, donde podemos poner unos sofás, unas velitas. Va a quedar muy bonito para ese futuro marido.

A las pocas semanas, ya estaban en su nuevo piso empezando una nueva vida. Se habían dado prisa en la mudanza y, aunque su nuevo hogar no estaba acabado del todo, querían estar allí cuanto antes. La vida de Daniela había dado un cambio radical, ella, que se quejaba de que no le pasaba nunca nada. Ahora era madre de dos niñas, estaba casada y tenía una hipoteca, y en ese momento pensaba en qué armario colocar las toallas y terminaba de abrir las cajas de mudanza.

Matías estaba feliz, se sentía muy a gusto en la nueva casa y durmiendo al lado de Daniela todas las noches. Solo se sentía mal cuando en su cabeza se agolpaban las imágenes de Úrsula cuando él deseaba besar, acariciar a Daniela, cuando los dos estaban en la intimidad de su habitación y sentía su calor, pero aquellas imágenes lo hacían retroceder en sus intenciones, no quería engañar a Daniela, se sentía sucio después de aquellas semanas de agosto fuera de la ciudad acompañando a Úrsula. Todas le creyeron cuando le había contado que tenía que acompañarlos a Valencia, que allí lo necesitaban y que después le pagarían bien. Aquello días sin verlas, sin estar con sus hijas, sin Daniela, tenían que acabar. Intentaba borrar aquellas imágenes abrazando más fuerte a Daniela, concentrándose en lo bien que se sentía

cuando estaba a su lado.

La Navidad se acercaba, era la primera que iban a pasar todos juntos y en aquella casa. Todas estaban emocionadas, hacía muchos años que no celebraban las fiestas. La Navidad nunca había sido su época preferida del año y planeaban qué hacer en vacaciones. Podían ir a patinar sobre hielo, ir al cine. Sofía le preguntó a Matías si él también iba a estar de vacaciones cuando ellas, así podrían ir todos juntos a patinar.

—No lo sé, tendré que preguntarlo, Sofía. En cuanto lo sepa, tú serás la primera a quien se lo cuente.

—Sí, y podemos poner el árbol juntos —dijo Lola.

—Y un Belén como el que hemos puesto en el cole. Necesito mucha plastilina —dijo Sofía.

—Yo te la compro y te ayudo a hacerlo —le respondió Alba.

—Yo también quiero hacerlo —intervino Laura.

—Podemos hacer todas el Belén y luego ponemos el árbol. Tenemos que ir a comprar todo lo necesario para ello, no tenemos ni árbol —dijo Daniela.

Sofía se abrazó a Matías.

—Y papá también nos va a ayudar.

—Sí, mi niña, claro que sí, pero yo te ayudo a ponerlo. A comprarlo no, que eso me agobia. Ahora todos los centros comerciales están llenos de gente y de miles de guirnaldas de colores. —Matías se despidió prometiendo cogerse vacaciones y se fue al trabajo. Nunca había hablado de vacaciones con Úrsula, pero ya le tocaban y las necesitaba, cada día le costaba más salir de aquella casa.

Daniela llevó a las niñas al colegio, quería dedicarse a dar vueltas por las tiendas para buscar regalos para todos. Pensaba en cómo sería tener a Matías tantas horas en casa. Ahora apenas pasaban un par, por la mañana desayunaban juntos y después no lo veía hasta la noche, donde les leía un cuento a las niñas, y después dormían juntos, abrazados. Daniela se estremecía al recordar el cuerpo de Matías al lado del suyo. Se sentía tan

cómoda junto a él, tan segura sintiendo sus brazos rodeándola. Recordaba los primeros días. Habían sido tan incómodos, pero ahora todo era tan fácil. No podía dormir hasta que Matías se metía en la cama y la abrazaba. Daniela observó a una pareja besándose y riendo, no pudo evitar pensar en Matías y en ella, por qué él nunca había intentado nada más con ella. Quizás no sentía nada más que amistad, quizás le daba todo lo que podía darle. Daniela quiso alejar aquellos pensamientos de su cabeza, no era el momento de complicar las cosas. Ahora estaban bien, no quería pensar en nada más, solo en buscar el regalo ideal para cada uno.

Matías llegó aquella noche muy tarde. No quería que Sofía y Lola le insistieran en las vacaciones, todavía no había hablado con Úrsula de eso y no tenía una respuesta. Todas dormían, dio vueltas por la casa, no tenía sueño. Vació algunas cajas de libros y DVD en el salón, revisó las últimas fotos que Daniela había colgado en el salón. Se sentó en el sofá y puso la televisión, la apagó y subió a la habitación. Entró y, cuando se iba a acostar, miró a Daniela. Nunca la había visto así, quieta, tranquila. Estaba tan hermosa. Pensó en besarla, en acariciarla, necesitaba sentirla, estar seguro de todo lo que sentía por ella, saber si era cierto o si solo formaba parte de aquella historia que estaba viviendo y que su corazón le había hecho cómplice. Daniela se despertó, y Matías se asustó, no sabía si meterse en la cama o salir. Se sentía descubierto.

—¿Acabas de llegar o te vas? No te oí.

—Me quedé dormido en el sofá, estaba cansado. Voy a darme una ducha.

—¿Te pasa algo? Estás raro.

—Cansado.

Daniela destapó el lado de la cama de Matías.

—Ven, échate un rato, te hará bien, todavía te quedan unas horas. Pronto tendrás vacaciones y te dejaremos dormir hasta tarde —le decía mientras él la obedecía. Esta vez, Matías la miró a los ojos.

—Quédate así, quiero mirarte a los ojos, Daniela.

—Matías, ¿ha pasado algo? —Matías le apartó el pelo de la cara y la

abrazó.

—Nada. —Matías la miraba, sentía el calor de su cuerpo. Daniela se levantó.

—¿Dónde vas?

—Voy, voy a sacar a los perros. Ya que he madrugado, les daré un paseo más largo, les vendrá bien.

—Es muy pronto para salir tú sola, te acompaño.

—No hace falta, querías ducharte, ¿no? Y yo enseguida estoy aquí para preparar el desayuno, me gusta pasear sola. —Daniela se puso el abrigo y buscó a Lichis y Kas, que dormían en la habitación de Sofía y Lola. Les abrió la puerta, les hizo una señal y saltaron de la cama. A los pocos minutos ya estaban en la calle.

Matías se quedó en la habitación, sentado en la cama. Tenía que controlar sus sentimientos, no podía estropearlo todo abalanzándose sobre Daniela, no estaba seguro de lo que Daniela sentía por él. Estaba claro que había salido huyendo, y ella nunca estaría con alguien como él, cómo podría confiar en el sabiendo a que se había dedicado, cómo confiaría en el si descubría a qué se dedicaba ahora.

—Papá, papá...

—¿Qué haces despierta, Sofía?

—Se me quitó el sueño cuando se fue Kas.

—Entonces ayúdame a preparar el desayuno. —Matías la cogió de la mano y bajaron a la cocina.

—¿Dormiste con mamá? —le preguntó Sofía cuando entraron en la cocina.

—Sí, ya sabes que dormimos juntos.

—¿Os dais muchos besos?

—Qué cotilla te has levantado hoy. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque mi amiga Estefanía me contó que sus papás siempre se dan besitos, y yo nunca os veo daros besos.

—Tu amiga Estefanía es muy cotilla, no debería contar lo que hacen sus papás, eso son cosas de mayores. Cada papá y mamá son diferentes y hacen cosas diferentes.

Se quedaron en silencio mientras colocaban las tazas del desayuno. Sofía escuchó cerrarse la puerta de la calle. Daniela había regresado y corrió a su encuentro.

—¿Mamá, por qué no le das besitos a papá? Antes os dabais más.

—Que frío hace hoy. Buenos días, Sofía. Repíteme la pregunta, que no sé si te he escuchado bien —le dijo Daniela mientras les quitaba las correas a los perros y, a continuación, ella, el abrigo. Después cogió de la mano a Sofía, y esta la llevó hasta la cocina.

—¿Papa y tú os dais besos? Yo nunca os veo.

—Sí nos damos besos, aunque tú no nos veas. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque si los papás no se dan besos es que no se quieren, me lo contó una amiga en el *cole*.

—Su amiga Estefanía —le dijo Matías mientras le llenaba su taza de café.

—No debes hacerle mucho caso. Cada papá y cada mamá tienen sus manías y su forma de quererse, pero si te quedas más tranquila... Daniela se acercó a Matías y lo besó suavemente en los labios, y después, en la mejilla.

—Está bien así o le doy más besos —le decía a Sofía, que los miraba riéndose.

—Más besos —respondió Sofía. Daniela lo volvió a besar en la mejilla, pero Matías la rodeó con sus brazos y la besó en los labios. Después de unos segundos, Daniela se separó lentamente, cogió a Sofía en cuello y la acercó a Matías.

—Ahora tú, creo que todos debemos darnos más besos y abrazos, Sofía. ¿Qué te parece? —le preguntó Daniela.

—Es una buena idea, apenas tengo tiempo para abrazaros lo suficiente. — Matías las abrazó a las dos a la vez y aproximó su cabeza a la de Daniela, olía tan bien.

Daniela se separó, acercó a Sofía a Matías para que la cogiera en cuello y se fue a despertar a Lola para desayunar.

En pocos minutos, todos estaban en la mesa desayunando y Sofía les contaba entusiasmada que sus papás se daban muchos y que si no se daban más era porque cada papá y cada mamá eran diferentes. Laura y Alba se reían mientras escuchaban como Sofía lo relataba emocionada.

—Ya me contarás de qué habla Sofía —le susurró Alba antes de irse a la facultad.

—Sí, ya te contaré. Ahora vete, que llegas tarde.

Matías se fue pronto al trabajo, el día había cambiado para él en apenas unas horas, el beso a Daniela lo llevaba esperando tanto tiempo. Sonreía al recordarlo, la amaba.

Laura decidió acompañar a Daniela a llevar a las niñas al colegio, tenía unos minutos más y quería saber a qué se refería Sofía. En el camino, Daniela le fue contando la conversación con Sofía y el impulso que sintió de besar a Matías. Desde la boda y aquel beso increíble, no había vuelto a sentir nada así, y lo vio allí, escuchando a Sofía, mirándola. Después se dio cuenta e intentó arreglarlo con un beso en la mejilla, pero cuando pensó que a lo mejor se había molestado porque estaba algo serio, él la abrazó y la besó. La besó y le había costado separarse.

—Todo fue raro, no sé, después se ha ido sin apenas decir nada, no sé si estará molesto o qué pasara por su cabeza.

Laura le quitaba importancia, no podía estar molesto por un beso, era imposible, ella estaba muy buena, le decía. Laura se despidió de ella proponiendo una reunión en su habitación para hablar del tema, y Daniela le dijo que se lo pensaría.

Matías estaba en la cocina de Úrsula, con la cocinera, tomándose un café, pensando en hablar de las vacaciones con Úrsula y aprovechar aquellos días para desaparecer de allí, no volver nunca más a aquel lugar. Quería estar en la cama hasta tarde y besar a Daniela hasta quedarse sin aire, no quería pensar en nada negativo. Aquel beso de Daniela solo le traía pensamientos bonitos y

lo hacía sonreír. Entró el marido de Úrsula.

—Buenos días, Matías, estaba esperándote.

—Aquí estoy, señor.

—Necesito que me lleve a trabajar hoy, ayer tuve un problema con el coche y le he pedido a mi esposa que me preste el suyo y sus servicios por hoy.

—Estoy a su disposición, señor, cuando usted quiera. —Matías no pudo evitar sonreír, «necesita mi servicio», pensó.

—Vaya preparando el coche, me tomo un café y nos vamos.

Matías se fue al garaje y preparó el vehículo, le esperaba una larga jornada dando vueltas por la ciudad y por las ciudades vecinas. Apenas un pequeño descanso para comer y volvió al trabajo, estaba feliz de estar allí esperando al marido de Úrsula. No la había visto en todo el día, aquel trabajo le gustaba, deseaba que todos los días fuesen iguales. A última hora de la tarde, Matías lo llevó a su casa y esperaba que Úrsula no tuviese fiestas ni eventos a los que acudir.

—Gracias por estar hoy a mi servicio, Matías, me ha facilitado mucho el trabajo el no tener que estar preocupándome del tráfico ni del aparcamiento, así que le pediré a mi esposa que me lo deje unos días más. En estas fechas tengo mucho que hacer, espero que esto no sea un motivo de divorcio — bromeó.

—Estoy a su disposición.

—Tenemos que hablar de las vacaciones de Navidad. ¿Lo ha hecho con mi esposa?

—No, señor, todavía no.

—No se preocupe, lo hablaré con ella y, si le parece bien, esta semana trabajará para mí y la próxima ya podrá estar de vacaciones, nos iremos toda la familia a esquiar, así que podrás disfrutar de quince días. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

—Ahora vete a casa descansar, que mañana lo necesito a las seis aquí.

Matías se despidió rápidamente, no quería encontrarse con Úrsula. Ya tenía una respuesta para Sofía y Lola, en pocos días estaría de vacaciones y las disfrutarían juntos. Pensaba en Úrsula, no sabía cómo se tomaría los planes de su esposo, pero no le quedaría más remedio que aceptar lo que él le dijese si no quería descubrirse.

A Úrsula no le quedó más remedio que aceptar lo que su marido le pedía, aquellas serían sus últimas Navidades casada, lo tenía todo preparado para pedirle el divorcio al regresar a casa. Pensaba en excusas que podía dar para verse con Matías en algún momento de las vacaciones, pero no se le ocurría ninguna a la que no se pudiese apuntar algún miembro de su familia. Deseaba, aunque fuese una hora, estar con Matías antes de que su familia llegase para contarle sus planes, pero ahora era difícil.

Capítulo 5

Laura estaba completamente incorporada en su nuevo trabajo y Eduardo estaba feliz de tenerla allí. Los dos demostraban que eran profesionales y que podían trabajar juntos, algo que el padre de él dudaba al principio, pero que ahora lo llenaba de orgullo. Era lo que siempre había deseado, que su hijo siguiese sus pasos y, además, ahora tenía al lado a una pareja como él también había soñado para Eduardo. Los cuidaba siempre que podía y para ello les daba algún día libre de vez en cuando para que pudiesen disfrutar de su relación. Deseaba que Eduardo se casase pronto con Laura y que formalizasen su relación, y así se lo hacía saber a Eduardo, quería dejarle el despacho para él y, si se casaba con Laura, también para ella. Confiaba en que los dos seguirían haciendo un buen trabajo y que el nombre de la familia quedaría en buenas manos. Eduardo bromeaba con su padre, confiaba más en Laura que en él. Le preguntaba qué pasaría si Laura decidiese dejarlo y se buscase otro novio, entonces a quién le dejaría el despacho. Su padre le respondía, riéndose, que tendría que pensárselo.

—Qué quieres que te diga, Eduardo, os he visto juntos trabajando y me ha gustado mucho lo que he visto. Discutís los casos, os escucháis. Laura no se queda callada y acepta lo que tú dices sin más, ella defiende su postura y, si en algún momento está equivocada, lo acepta, y tú, qué quieres que te diga, la escuchas, y eso ya es mucho, hijo mío, la escuchas y valoras su opinión. Y lo más importante de todo, a tu madre le encanta. Está deseando planear una boda y tener nietos, ya me ha dicho que hay que hacer reformas en casa porque los nietos necesitarán tener su propio espacio porque vosotros trabajáis mucho y ella tendrá que cuidarlos. Así que no sé qué vendrá primero, si tu boda o los nietos, pero las reformas ya están en la cabeza de tu madre.

—No sé qué decirte, papá, Laura no está muy decidida a casarse conmigo.

Alguna vez lo he dicho así, como haciendo planes de futuro, pero no ve claro lo de la boda. Me ha dicho que necesita más tiempo.

—Dale tiempo si ella te lo pide, yo ya soy muy viejo, sé que esto acabará en boda, y eso me hace muy feliz, Eduardo, porque estoy muy orgulloso de ti. Te veo centrado, veo que la gente te respeta porque te lo has ganado, y te veo feliz cuando estás con Laura.

—Papá, no vayas a ponerte a llorar.

—Ya estoy mayor, Eduardo. —Su padre lo abrazó—. Te quiero mucho, hijo.

—Yo también te quiero, papá, pero no le voy a decir a mamá que tendrá que esperar para hacer las reformas. —Los dos se rieron.

—Yo tampoco se lo voy a decir.

Eduardo se despidió de su padre, le había dado la tarde del viernes libre y le había dicho que se llevase a Laura a cenar y a divertirse, que eran jóvenes. Le recordó que habían quedado el domingo para comer en casa, su padre lo volvió a abrazar y le ordenó que se fuese. Eduardo estaba feliz, su padre se sentía orgulloso de él, nunca se lo había dicho y lo había abrazado, pocas veces había sucedido eso, las que recordaba las podía contar con los dedos de una mano. Buscó a Laura en su despacho, perdida entre papeles. Se acercó a ella, la levantó de la silla, la abrazó y la besó.

—¿Qué te ha pasado?

—Que te amo y no sé si te lo he dicho hoy.

—Yo también te amo, Eduardo. —Laura lo besó—. Pero me quedan cosas por hacer y revisar, necesito unas horas más y luego seré toda tuya.

—Lo siento, señorita Castro, pero nuestro jefe nos ha dado la tarde libre, quiere que le hagamos un montón de nietos, son órdenes de arriba, no puedo hacer nada.

—¿Qué dices? Estás loco.

—Te lo cuento todo, pero en la cena, hoy vamos donde tú quieras, aunque para influirte te diré que me apetecen unas hamburguesas, hoy quiero ser

malo.

Laura apagó el ordenador, cogió su bolso y se fue con Eduardo agarrados de la mano.

Matías llegó a casa y encontró a Daniela sentada en la biblioteca, enfrente del ordenador, y en una mesa más pequeña estaban Sofía y Lola.

—Ya he hecho la compra, he comprado todo lo que me dijiste.

—Qué bien, ya han llegado los últimos muebles, estoy feliz. La casa está casi acabada, están arriba armándolos. Ha sido una locura, pero ya deben estar terminando, no sé cómo acabaremos de pagarlos, Matías.

—A plazos, como todo. Voy a verlos y ayudar, así terminarán ya. Para que Alba y Laura se los encuentren terminados.

—Sí, a plazos —susurró Daniela y sonrió. Sonrió al oír a Matías repetir sus palabras de hacía ya varios meses, sonrió al ver aquella escena que acababa de vivir. Parecían una pareja de verdad, un matrimonio, «pero sin la parte divertida», pensó. A la escena le faltaba un beso, un beso apasionado. «Me habría gustado besarlo cuando llegó a casa», caviló mientras vaciaba las bolsas de la compra. «Es perfecto», se decía. Había comprado una bolsa de nubes, pipas de la marca que le gustaban a Alba, gusanitos de para Sofía y un montón de chucherías que eran las preferidas de Laura porque eran de una tienda que solo podían ir de vez en cuando porque les quedaba fuera de mano y él había ido hasta allí a comprarlas. Solo porque la noche anterior habían estado hablando de que les apetecía mucho comprar un montón de chucherías y pasar toda la noche viendo películas y comiendo chuches.

—Ya están recogiendo —le dijo Matías, despertándola de sus pensamientos. Daniela le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por las chuches. —Cogió unas piruletas y se fue.

Matías se sintió feliz y pensó que debería comprar más a menudo chucherías. Pronto dejaría aquel trabajo y empezaría su nueva vida con Daniela. Matías se acercó a la biblioteca.

—Siento interrumpiros a todas, pero la próxima semana ya tengo vacaciones, creo que unos días después de que os las den a vosotras en el colegio. Podremos hacer todo lo que queráis. —Sofía y Lola se fueron hacia Matías y lo abrazaron, irían juntos al cine, a patinar, tendrían sus primeras Navidades, estaban felices. Le mostraban a Matías la lista que habían hecho entre las dos, como les había dicho mamá, con todo lo que necesitaban para decorar la casa. Las dos corrían por toda la casa contando las puertas que había para poner las guirnaldas o apuntando los colores que necesitaban de plastilina para hacer el Belén y buscando con Matías el mejor sitio para ponerlo. Por la noche, todos estrenaron sábanas.

—Es comodísima esta cama, mamá, voy a dormir súper bien.

—Estoy segura, mi amor. ¿Queréis que papá os lea un cuento?

—Sí, sí —dijo Lola, buscó uno en su estantería y se lo acercó a Matías.

Daniela se iba de la habitación cuando Sofía le pidió que se quedase con ellas a escuchar el cuento. Daniela se sentó en la cama con Sofía y escuchó aquel cuento que Matías leía, y se volvió a enamorar de él. En pocos minutos, Sofía y Lola se quedaron dormidas. Salieron de la habitación y, ya en la suya, Daniela lo felicitó, le había gustado el cuento. Matías le decía que el mérito era de Lola, había elegido uno muy bonito. Matías se tumbó en la cama estrenando aquellas sábanas.

—Es una locura, yo no sé si estoy muy cansado, pero esta cama es comodísima.

—Pues sí que debe ser cómoda. —Daniela se tumbó a su lado.

—¿Qué dices ahora?, yo no me entusiasmo fácilmente.

—Sí, tienes razón, es muy cómoda. —Daniela lo miró, estaba tan guapo sonriendo. Durante unos segundos se quedaron mirándose. Daniela se colocó la almohada y se dio la vuelta, no podía aguantar más tiempo aquella mirada.

A la mañana siguiente, Daniela pensó que lo mejor sería ir cuanto antes a comprar los regalos, así se encontraría todo lo que las niñas habían pedido y tendría tiempo de envolverlo y guardarlo tranquilamente en casa sin que nadie descubriese su lugar secreto. No le llevó mucho tiempo, ya había visto

los lugares donde tenía que ir y llevaba una pequeña lista para que no se le olvidase nada ni nadie. Daniela iba al *parking* del centro comercial a guardarlo todo en el coche. De repente, se chocó con un hombre mientras buscaba su móvil, y sus bolsas se cayeron.

—Lo siento, ha sido culpa mía, espere, que la ayudo.

—Ha sido culpa mía, iba buscando el móvil.

—En estas fechas, todos andamos así, no se preocupe.

—Sí, iba a guardarlo todo en el coche, es difícil andar así, discúlpeme otra vez.

—Matías, ayuda a la señora a llevarlo a su coche, por favor, te esperamos en la joyería de la segunda planta.

Daniela levantó la cabeza y vio a Matías y a una señora mayor riéndose a su lado. Daniela sonrió al verlo, pero Matías estaba serio, recogió los paquetes que le entregó su jefe y siguió a Daniela. Daniela no sabía qué decirle, no se atrevía a mirarlo, no sabía por qué había actuado así y tampoco se lo quería preguntar. Matías lo metió todo en el coche.

—Has comprado mucho.

—Sí, eso parece.

—Lo siento, Daniela, no supe cómo actuar, me quedé bloqueado —Le dijo mientras le cogía la mano para evitar que se fuera.

—No pasa nada, me tengo que ir, todavía tengo mucho que hacer y tus jefes te están esperando. —Daniela subió rápido al coche y se fue, quería pensar solo en los recados que le quedaban por hacer, no en por qué Matías no la había tratado de una forma más natural, por qué estaba tan tenso, tan serio, quizás... Quería borrar todos los pensamientos negativos de su cabeza, hoy solo quería pensar en cosas bonitas. Fue a varias tiendas, una librería que tenía títulos para todos, compró series de televisión que les gustaban y ya no podían ver. Fue a una de discos a mirar varias colecciones de diferentes autores para sus hermanas y para Eduardo. Para Diego tendría que ir a otra más especializada para comprarle unas partituras para piano que Alba le había pedido que le consiguiese. Allí vio una guitarra y recordó que Sofía le

había contado alguna vez que Matías había vendido la suya cuando no tenían dinero, que a veces le cantaba algo, pero cuando murió su mamá, dejó de hacerlo. Daniela pensó que sería un buen regalo volver a tener una guitarra, le podría traer buenos recuerdos. Sofía volvería a escuchar a su padre y Lola lo haría por primera vez. Se decidió a comprarla, aunque ahora estaba enfadada con él. Estaba ilusionada al haber encontrado el regalo perfecto para él. Compró también varias partituras que encontró. Ya en casa, Daniela colocó todos los regalos en su habitación y se puso a envolverlos y a poner sus nombres en cada uno. Los guardó en un armario de la biblioteca que había vaciado para ellos y lo cerró con llave. Matías volvió a su mente, pensaba que estar casado, tener hijos, una familia estable le daría más valor ante sus jefes. Él era una persona seria, y ellos, mayores, valorarían más esa seriedad, pero no sabía qué pensar. Lo mejor era esperar a que Matías regresase y que él le dijese algo. Quizás le estaba dando más importancia de la que había tenido.

Matías llegó muy tarde esa noche, sus jefes lo habían tenido ocupado. En estas fechas tenían muchos compromisos con amigos y muchas compras que hacer. Matías esperaba que Daniela estuviese dormida para no tener que hablar con ella porque sabía que le debía alguna explicación de lo que había ocurrido esa mañana, pero no sabía qué decirle. No le podía contar que sus jefes no sabían que estaba casado, solo que tenía dos hijas, y que ignorarla era su forma de protegerla de aquella mujer. No quería que Úrsula la pudiese relacionar con él o reconocerla al pronunciar su nombre, no sabía cuánto había averiguado Úrsula de ellas. Tenía que protegerla de aquella mujer.

Daniela lo escuchó entrar en la habitación y, aunque llevaba todo el día esperándolo, se hizo la dormida.

Los días pasaron y Matías y Daniela habían decidido ignorar aquella mañana. Daniela no quería saber y prefería dejarlo pasar. Matías estaba aliviado al ver que Daniela no quería hablar de ello. Su relación desde entonces se había enfriado un poco, pero a Matías no le preocupaba, tenía la esperanza de que todo cambiase al dejar aquel trabajo.

Alba y Laura habían notado ese cambio de Daniela. Cuando le

preguntaban, ella les respondía que solo era cansancio, la mudanza, las compras, todo se le había acumulado ahora y solo necesitaba descansar. Aceptó la ayuda que le ofrecían para hacer las últimas compras para las cenas y así despejaría cualquier duda.

—Si pasase algo con Matías, nos lo contarías, ¿verdad? —preguntó Alba mientras le servía un café.

—Sí, claro que sí —les contestó Daniela mientras removía el azúcar.

Sofía y Lola entraron en la cocina, era la hora de desayunar. Sofía les recordó a todos que tenían que ser puntuales para coger un buen sitio en el colegio, pues hoy era su gran día y el de Lola, las dos iban a participar en las obras de Navidad y estaban muy nerviosas.

—¿Es hoy? —preguntó Matías.

—Sí, papá, mira el calendario —le respondió Sofía, enseñándoselo.

—No pasa nada. Estaré en el colegio. —Matías se fue corriendo. Se había olvidado de pedir aquel día libre. Todavía le quedaban unos días para las vacaciones, pero había pensado en coger unas horas libres para acudir al colegio a ver la función. Quería llegar pronto para que Úrsula estuviese dormida y así pedirle el permiso a su marido. Cuando llegó a la casa, preguntó por el señor y le dijeron que estaba todavía preparándose para irse, hoy saldrían un poco más tarde, tenían un desayuno con unos amigos.

—¿Los dos? —preguntó Matías.

—Sí, hoy no tendrás que dividirte, ¿quieres un café?

—No, gracias.

—Matías, ya estás aquí, siempre tan puntual. Toma tu regalo de Navidad, estos días te lo has ganado. Vete preparando el coche, salimos enseguida. — El marido de Úrsula le entregó un sobre y luego repartió otros al resto de los empleados.

—Señor Landeira, tengo que pedirle un favor.

—Aprovecha ahora que estoy de buen humor. ¿Qué ocurre?

—Necesito unas horas libres esta mañana, mis hijas tienen una función de

teatro y no perdonarían que no fuese. Sé que se lo tenía que haber pedido antes, pero...

—No te preocupes, Matías, no pasa nada. Ahora miramos la agenda y seguro que lo podemos arreglar. Los hijos son lo más importante de la vida y hay que tenerlos contentos. Estoy deseando que lleguen mis hijos y mis nietos y tenerlos a todos en casa como cuando eran pequeños. ¿Cómo se llaman tus hijas?

—Sofía y Lola.

—Unos nombres muy bonitos. Ya buscaremos esas horas que necesitas. Ya estamos todos, nos podemos ir —le respondió cuando Úrsula entraba en la cocina.

Todos estaban en el colegio, Alba se había ido con Lola a su clase y Daniela, con Sofía. Se habían repartido para ayudar a prepararlas para las obras y ayudar a las profesoras en aquel día de muchos nervios. Más tarde llegaron Laura y Eduardo equipados con cámaras de video y fotos. Matías llegó unos minutos después. A lo lejos distinguió a Laura y se acercó.

—Me alegro de que hayas podido venir, Matías. Sofía y Lola se van a poner muy felices cuando te vean.

—Sí, yo también estoy muy feliz de estar aquí, estoy hasta nervioso. ¿Y Eduardo qué hace aquí? —le preguntó a Laura mientras lo saludaba sonriendo.

—¿Esto no es un acontecimiento familiar? —inquirió Eduardo.

—Sí, Eduardo, pero tú todavía... —le respondió Matías riéndose.

—No, no quiero seguir escuchando nada. He traído cámara de video y después os invitaré a todos a tomar algo. Eso sí, eligen Sofía y Lola, para eso son las protagonistas hoy.

—Me parece bien —dijo Daniela, que había salido a buscarlos—. No os encontraba, pero ahora ya estoy más tranquila al verlos aquí. —Daniela se cogió del brazo de Matías.

—Venid por aquí, he reservado nuestros sitios, privilegios de ayudar a las profesoras. Me alegro de que estés aquí —le susurró al oído a Matías.

Matías le dio un beso en la mejilla.

—Yo también me alegro de estar aquí, a tu lado. Todo esto es gracias a ti.

Daniela se sonrojó.

—Estas son las sillas. Alba vendrá en un rato, y yo vuelvo ahora, así que nadie nos los quite.

—Tranquila, Daniela, los defenderemos —le contestó Eduardo.

Daniela se fue sonriendo, estaba muy contenta de ver allí a Matías. Sabía que Sofía y Lola se iban a sentir muy bien cuando, al salir, lo viesan allí, sentado en las primeras filas.

Daniela esperó a que la obra estuviese empezando para ocupar su sitio al lado de Matías. Todavía se ponía nerviosa si lo sentía tan cerca, si recordaba sus labios en su mejilla. Todos disfrutaron de las actuaciones de Sofía y Lola, se rieron y se emocionaron al verlas allí. Matías disfrutaba al ver felices a sus hijas, al ver que tenían una familia y que ya no estaban solas.

En una esquina del teatro, cerca de la puerta, estaba Úrsula, había logrado escaparse de su marido con la excusa de adelantar unas compras cerca de allí. Cogió un taxi y se fue al colegio. Matías le había dicho el nombre a su marido durante la conversación en la oficina para saber cuánto tardaría en el recorrido, y Úrsula lo había oído. La función ya había comenzado y pronto vio a Matías sentado en las primeras filas y, a su lado, vio a varias mujeres. Enseguida reconoció a Daniela, sabía que aquella mujer del centro comercial le había parecido conocida y, ahora, al verlos allí, se había dado cuenta. Era Daniela una de las mujeres con las que compartía piso cuando lo había mandado investigar. Sentía que Matías se había estado riendo de ella haciéndose el loco en el centro comercial y ahora estaba a su lado, seguía manteniendo una relación con aquella mujer. Estaba segura de que todo había quedado atrás y que Matías estaba feliz con ella, ganaba mucho dinero a su lado, no las necesitaba. Quizás solo las utilizaba para que cuidasen de las niñas mientras él trabajaba y, si era eso, no tenía por qué alterarse ni

preocuparse. Solo eran las niñeras, nada más. Úrsula se quedó hasta el final, quería ver cómo se comportaba con aquellas chicas, no podía evitarlo, sabía que corría el riesgo de que la descubriese allí, pero se iba a quedar. Se fue al lavabo a retocarse. Se encontraba sofocada, sentía que su maquillaje no aguantaba en su rostro. Allí estaba Úrsula frente al espejo, preguntándose qué hacía allí, a dónde iba a llegar por Matías, cuando Sofía entró en el baño seguida por varias niñas, entre ellas Lola. Daniela las acompañaba, las funciones habían acabado.

—Venga, Sofía, date prisa, que papá se tiene que ir a trabajar y antes quiere daros un beso.

—Sí, mamá, ya voy —le respondió Sofía. Entró en el último baño que quedaba libre. Lola esperaba que alguno quedase libre, al lado de Daniela.

—¿Son tus hijas? —le preguntó Úrsula

—Sí —respondió escuetamente Daniela, sin apenas mirarla.

—Son muy guapas —acertó a decir Úrsula

—Gracias —le contestó Daniela mientras acompañaba a Lola al baño.

Úrsula salió de los lavabos y buscó un lugar donde esconderse para que Matías no la viese salir. Se sentía confundida, estaba segura de que aquella mujer era Daniela y que esas eran las hijas de Matías, no lograba entender por qué la llamaban mamá. En la investigación que tenía de Matías decía que era viudo. Matías estaba teniendo una relación con aquella mujer, una relación íntima. Los celos se apoderaron de ella, no podía soportar que hubiese otra mujer en la vida de Matías. ¿Qué estaba haciendo allí? Ese no era su sitio, tenía que mantener la calma, regresar a casa y pensar, pensar en qué hacer con Matías, averiguar todo lo que le estaba ocultando. Llamó a su marido y le pidió que la disculpase con los invitados, no podía acudir al resto de las reuniones, se encontraba mal y quería quedarse en casa. Le echaba la culpa a las comidas y cenas que habían tenido esos días, algo le había sentado mal y quería reposar para emprender en pocos días el viaje a la nieve. Su marido le respondió que descansase, que se sentiría mejor pasando el día en la cama.

Mientras, Matías se despedía de sus hijas en la cafetería de Diego, donde

habían ido después de la función. Diego les había preparado un almuerzo especial.

—Yo me siento al lado de mi tío Eduardo —gritó Lola mientras corría a ocupar la silla.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Laura.

—Que quiero este sitio.

—Lo otro. ¿Cómo has llamado a este hombre de aquí?

—Tío Eduardo. ¿No es mi tío? —inquirió Lola—, él me dijo que sí.

Todos miraban divertidos a Laura, esperando la respuesta.

—Claro que soy tu tío, lo que pasa es que todavía no se han dado cuenta. Lola y yo hemos hablado y hemos hecho un trato, vamos adelantando trámites, ella me llama tío y yo hablo con los Reyes para que le traigan lo que ella pida. Yo tengo amigos en muchos sitios.

—¿Y yo puedo llamarte tío? —pregunto, tímidamente, Sofía.

—Claro que sí. Las dos sois mis sobrinas.

—No me ha quedado muy claro qué ganas con este trato, Eduardo —intervino Alba.

—Sencillo, cuñadita, que tu hermana, mi novia, se acostumbre a la idea y decida casarse conmigo. Llamar a las cosas por su nombre hace que todo sea más fácil, y de esto a la boda hay muy poco. Así que vete pensando en el vestido.

Todos se rieron al ver como Laura apuraba su refresco sin saber qué decir.

—No corras tanto que también la puedes asustar —le recomendó Matías—. Os dejo aquí, disfrutando del día y de Eduardo, y me voy a trabajar. Os veo por la noche. —Matías le pidió a Daniela que lo acompañase al coche, y Daniela accedió. Matías buscó en su chaqueta una cajita y se la dio.

—¿Qué es esto?

—Es para ti. Ábrelo, o bueno, hazlo luego, como quieras.

Daniela lo abrió sonriendo, nerviosa. Era un colgante.

—Es precioso, pero todavía no es Reyes, te has adelantado.

—No es por Reyes, es porque estás a mi lado. Lo vi y pensé en ti. — Matías se lo puso. Durante unos segundos, los dos se quedaron allí, mirándose a los ojos. Daniela acariciaba el colgante.

—Gracias, Matías, es muy bonito, gracias. —Daniela lo abrazó, y Matías la apretó entre sus brazos.

—Gracias por estar a mi lado —le susurró y la besó suavemente en los labios. Daniela se separó a los pocos segundos, sonrojada y sonriendo.

—Vas a llegar tarde. —Matías la soltó de sus brazos.

—Sí, tienes razón, tengo ganas de coger vacaciones y estar en casa más tiempo.

Se despidieron con un suave beso.

Matías llegó a las dos a la oficina, como había quedado con el marido de Úrsula, para después llevarlo a su cita para comer. Estaba feliz, no podía dejar de sonreír pensando en Daniela, en su cara al ver la cajita y después el colgante, en sus cuerpos abrazados, en sus labios. Tenía que borrar cualquier atisbo de alegría de su cara, no quería que le hiciesen preguntas ni que Úrsula lo viese tan sonriente, pero se dio unos segundos más para recordar aquel beso.

Úrsula se encerró en su dormitorio, no quería ver a nadie, y pidió a la asistente que no la molestasen. Tenía que pensar en algo para separar a Matías de esa chica, pues las imágenes se agolpaban en su cabeza. Matías besando a otra mujer, acariciándole su cuerpo, haciéndole el amor, mientras se reían de ella. No podía consentirlo. Matías era de ella. Se tomó una pastilla para dormir y así dejar de pensar por unas horas, para luego poner en orden sus ideas y elaborar un plan para sacar a esa mujer de en medio.

Matías estaba a punto de quedarse de vacaciones, solo tenía que ir a buscar a los hijos de sus jefes al aeropuerto y, una vez todos en casa, estaría oficialmente de vacaciones. Tenía por delante quince días para disfrutar con sus hijas y arreglar las cosas con Daniela, quedaba muy poco para dejar aquel trabajo y empezar una nueva vida. Matías había parado en el bar de Diego, le gustaba estar allí de vez en cuando y así acompañaba a Alba los días que

terminaba muy tarde, sabía que así Daniela estaba más tranquila.

—A que adivino en qué estás pensando, bueno, en quién —afirmó Diego.

—Prueba, demuéstreme tus dotes de adivino.

—En Daniela. ¿Habéis discutido?

—Has acertado, estaba pensando en ella, pero no hemos discutido, solo estaba pensando en ella. —Matías sonrió—. ¿Ves? Y últimamente no paro de sonreír cuando pienso en ella o hablo de ella. Será la Navidad, que nos pone a todos más especiales.

—Sí, debe ser la Navidad, o el amor quizás tenga algo que ver, llámame loco.

—Daniela me ha mandado una foto, Sofía y Lola se han comido medio calendario.

—¿Qué dices? ¿Un calendario? —le preguntó Matías.

—No, tranquilo, no es que les guste comer papel, es que hoy Laura y yo nos las llevamos de compras para que Daniela descansara un poco y hemos comprado de todo. Entre lo que ellas querían y lo que nosotras queríamos, nos hemos vuelto locas. Vieron unos calendarios, que detrás de los días tienen una chocolatina, pues compramos dos para que no hubiese problemas y como ya tenemos la Nochebuena aquí, Sofía y Lola se han puesto al día. —Alba les enseñó las fotos.

—¿Daniela estaba cansada?

—Sí, un poco, ya sabes. En estas fechas parece que siempre hay más ajetreo, pero es lo normal.

—No preocupes a tu cuñado, el que está aquí pensando en Daniela —le dijo Diego.

—¿En qué piensas? ¿En cosas sexis y divertidas? Si son tristes, no me las cuentes, quiero estar feliz. Es la primera Navidad en muchos años que estoy feliz y no quiero que nadie me la arruine.

—A pesar de que estaba teniendo una conversación privada con Diego y de que no tengo por qué decirte nada, solo pensaba en cosas bonitas.

—Claro, en Daniela —exclamó Diego.

—Déjalo ya, Diego, y vámonos, Alba. Hoy estoy muerto y en casa hay un montón de polvorones, turrones, y te invito a probarlos todos conmigo, Diego.

Diego aceptó la invitación de Matías. Cerraron la cafetería y se fueron a casa. Matías abrió la puerta y no escucharon ningún ruido. Subió las escaleras mientras Alba y Diego se quedaron en el salón abriendo las cestas de Navidad que Laura y Eduardo habían llevado. Matías vio la puerta de la habitación de Alba abierta, vio que Sofía, Lola y Daniela estaban en la terraza, echadas sobre unas colchonetas. Kas se puso a ladrar y Lichis le siguió.

—Tranquilos, soy yo. ¿Qué hacéis aquí? Con el frío que hace —les preguntó Matías mientras acariciaba a los perros.

—Estamos viendo las estrellas con mamá.

—Mira la luna, papá, está llena. Es enorme, parece que está cerca.

—Pero os vais a congelar.

—Todos llevamos abrigos, y Lichis y Kas también.

—Ya veo. ¿Qué es lo que le habéis puesto a los perros?

—Unos abrigos, se los compramos hoy. Pasamos por una tienda donde había un montón, y se los probamos.

—Sí, me contó Alba que estas dos volvieron loco al dependiente probándoles abrigos, pero como vio que tenía futuro con ellas, se armó de paciencia, y ya dejaron encargados unos por si iban los Reyes por allí. Y ahora están tan gusto con los abrigos.

—Ven, papá, échate aquí, a mi lado —dijo Lola.

Matías se tumbó al lado de ellas mientras Sofía le señalaba las estrellas y los nombres que tenían y le explicaba las formas de la luna. Al rato, Daniela les preguntó si tenían hambre.

—Sí, sí —contestaron Sofía y Lola.

—Pues vamos a preparar algo de cena. Laura cena fuera con Eduardo y

sus padres, y Alba, ¿dónde está Alba? —le preguntó a Matías.

—La deje en el salón con Diego, así que seguirán ahí, comiendo polvorones.

—Mamá, yo quiero cenar aquí.

—De acuerdo, pero tenéis que subir los platos y los vasos, ¿vale?

—Vale —contestaron Sofía y Lola.

—¿Vienes? —le preguntó Daniela a Matías.

—Sí, ahora, voy a quitarme esta ropa y te ayudo.

Daniela bajó a la cocina. En el salón vio que Alba y Diego ya estaban cenando y se habían puesto una película. Les contó que ellos iban a hacerlo en la terraza y que estaban invitados si querían, pero Alba declinó la invitación, estaban muy a gusto en el sofá. Daniela se fue a la cocina e improvisó algo de cenar. Matías apareció a su lado, mientras las niñas subían las cosas a la terraza. Matías miró a Daniela.

—Me gusta verte sonreír.

—Tienes suerte, sonrió bastante a menudo.

—Necesito la luz que desprendes cuando sonríes. —Daniela se acercó a Matías antes de que terminase de hablar y le puso la mano en la frente.

—No tienes fiebre para decir esas cosas, habrá sido la luna. —Matías la agarró por la cintura, los dos estaban juntos, sin querer separarse.

—Daniela...

—¿Qué hacéis? ¿Dándoos besitos? —le preguntó Lola desde la puerta mientras los miraba y se reía.

—Venid aquí, cotillas —les dijo Daniela al ver aparecer también a Sofía —. Coged esto y vamos a cenar.

Matías respiró hondo, cogió su plato y las acompañó. Miraba a Daniela y ella le esquivaba la mirada, no podía sostenerla sin ponerse roja al recordar su cuerpo junto al de ella, su mano en la cintura. Su corazón se volvía loco solo con recordarlo, saber que él estaba allí mirándola, pensando en lo mismo, la hacía ponerse más nerviosa.

El día de Nochebuena la casa estaba llena de guirnaldas, bolas, belenes de plastilina y un gran árbol que presidía el salón. Matías se dedicaba a pasear con Sofía y Lola por el parque, no sin antes ponerles sus abriguitos a Kas y a Lichis. Le hacía mucha gracia ver como Sofía y Lola se hacían con los perros y se los colocaban tranquilamente, estaba seguro de que si él lo intentaba, acabaría con un mordisco. Y llevaban noches viendo películas con temas navideños, a Sofía y a Lola les encantaban. Se metían debajo de mantas, con un montón de palomitas y chucherías, deseando siempre que Daniela se sentase a su lado, pero era algo que no ocurría siempre. Disfrutaba que por fin había llegado la Navidad y podía disfrutar de esos días con sus hijas y con Daniela, en una casa con miles de adornos por todos los lados y con una buena cena.

—Me parece increíble como tenemos la casa esta Nochebuena —dijo Laura mirando a su alrededor. Mientras esperaba que llegase Eduardo, ayudaba a Lola a colocar los últimos adornos que había hecho.

—Sí, es increíble. Hacía muchos años que no celebrábamos una Nochebuena así, y todo gracias a dos angelitos que nos han llenado la casa de alegría y de espíritu navideño —expresó Alba mientras abrazaba a Sofía—. Vaya tía más cursi que tienes, y todo es por tu culpa, que me has hecho una blandengue —le dijo a Lola, y Lola la abrazó.

—Yo te quiero aunque seas una cursi.

Llamaron a la puerta y Laura fue a abrir, era Eduardo. Laura lo había invitado cuando él le había dado a entender que iba a pasar la Navidad solo en su apartamento porque sus padres se iban a esquiar y él no quería ir con ellos. Para ellos serían sus primeras fiestas juntos como pareja estable, y Eduardo estaba feliz con su maleta y un montón de bolsas.

—¿Qué es todo esto? —inquirió Laura—. Anda, pasa.

—¿Te vas a quedar a vivir aquí? —le preguntó Alba cuando lo vio entrar en el salón.

—Traigo algunas cosas para dormir, como me dijo Daniela, y algunos regalos que me dejó Papá Noel en casa, pero solo se pueden abrir mañana.

—¿Te quedas a dormir? —le preguntó Laura.

—Me llamó para pedirme permiso, no lo íbamos a dejar irse luego por ahí, solo, a esas horas de la noche, en Navidad, así que le dije que sí y que no hacía falta que se trajese nada para dormir, que ya me ocupaba yo. Así que no sé qué traerá en esa maleta tan grande, pero lo único seguro es que tendrás que hacerle un hueco en tu cama, Laura —le respondió Daniela.

—Has convencido a mi hermana mayor para meterte en mi cama, y todo sin decirme nada, me lo tendré que pensar.

—Estoy muy feliz de estar aquí, y dormir contigo en Navidad será el mejor regalo que podrás hacerme. —Eduardo besó a Laura.

—Lola, eso no se hace, deja las bolsas —le dijo Laura.

—Pero no hago nada malo, tío Eduardo dijo que no podíamos abrirlos, pero no dijo nada de ver su forma, y lo hago con cuidado, ¿ves? —Lola sacaba con mucha suavidad un paquete de la bolsa.

—Entonces, ya que los sacas, vete colocándolos con cuidado debajo del árbol.

—Yo te ayudo —se ofreció Sofía.

Daniela entró en el salón, ya estaba todo preparado para la cena.

—Venga, todos a ponerse sus pijamas para cenar.

—¿El pijama? ¿Estáis locas? Mira este traje —le dijo Eduardo.

—Sí, es nuestra única tradición, Eduardo, y este año que somos tantos vamos a invitaros a uniros y ya veremos cómo queda luego. Es mucho más cómodo y relajado. Estamos en familia, tendremos que acostumbrarnos a verte en pijama. Además, me ha costado un montón encontrarlos todos, así que venga.

—Estamos en familia, tienes razón, así que me tendré que acostumbrar a ir en pijama y que me veáis en él, ¿no? Creo que me voy a sentir desnudo, no va a ser nada cómodo, Daniela.

—Lo superaremos juntos, Eduardo. Cada uno tiene su pijama encima de su cama, no hay pérdida, venga.

Todos fueron bajando poco a poco al salón. Los pijamas que Daniela había elegido eran típicamente navideños, muy rojos y con dibujos, y llevaban a juego unos calcetines gordos con borlas. Así que, al verse con aquellos pijamas, el ambiente fue muy divertido. Desde el principio de la cena, todos rieron y se gastaron bromas, era lo que Daniela había soñado muchas veces, una gran familia, una cena perfecta, una noche perfecta para recordar. Las niñas, ya entrada la noche, se quedaron dormidas. Matías, ayudado por Eduardo, las subió a la habitación y las acostó. Después de recoger los platos, Daniela los mandó a dormir, quería sacar todos los regalos sin que nadie la viese.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Matías entrando en la cocina.

—No, apenas me queda nada, ¿ya se han ido todos a sus habitaciones?

—Sí, no queda nadie en el salón.

—Vale, entonces tú te quedas aquí y terminas de colocar estos platos, pero no puedes salir hasta que yo venga a buscarte.

—Me quedare aquí y esperaré a que vengas a buscarme. —Daniela cerró la puerta de la cocina al salir y fue a la biblioteca. Fue sacando los regalos y bajándolos al salón. Al terminar, se giró y vio a Matías en la escalera observando como colocaba todo debajo del árbol.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó Daniela

—No pude evitarlo, tenía curiosidad por ver los regalos, y tardabas mucho en venir a buscarme. —Los dos se quedaron en silencio, mirándose.

—Venga, vamos a dormir —dijo Daniela, evitando la mirada de Matías. Subió a la habitación. Matías entró detrás de ella, cerró la puerta y la agarró suavemente del brazo antes de que ella se metiese en la cama, la acercó a su cuerpo y la besó. Daniela no pudo ni quiso resistirse en aquel momento, los dos querían más. Daniela se separó unos segundos de Matías.

—Esto está mal, todo se puede estropear.

—Nada se va a estropear, los dos queremos, y eres mi esposa. —Daniela asintió con la cabeza, y Matías la volvió a besar.

—Si no quieres, no haremos nada —le susurró a Daniela.

—El problema es que sí quiero, quiero besarte. —Daniela lo besó, y Matías la fue desnudando despacio, descubriendo su cuerpo que apenas había visto alguna vez de reojo, ese cuerpo que abrazaba por las noches y que ahora podía besar y acariciar.

Daniela se despertó con los gritos de Sofía y Lola que la llamaban desde el salón. Estaba en los brazos de Matías, que la sujetaban con fuerza. Se sentía feliz y confundida, no sabía qué pasaría ahora, cómo debía comportarse. Se sentó en el borde de la cama, quería respirar antes de bajar al salón. Se puso el pijama.

—Buenos días —le dijo Matías mientras introducía su mano por debajo de la camiseta y la acariciaba, quería asegurarse de que era ella, que aquello no había sido un sueño, quería sentir su piel.

—Tenemos que hablar luego de esto, Matías, de lo que ha pasado. Estábamos un poco bebidos, tú mucho más, y no sé... ¿Qué haces? —le preguntó con un hilo de voz. Matías se había incorporado y la rodeaba con sus brazos mientras la besaba el cuello. Daniela sujetó suavemente las manos de Matías que acariciaban su vientre, cerraba los ojos, quería quedarse así toda la vida.

—Estoy comprobando si te gusta ahora que no estamos borrachos.

Daniela se giró, lo miró a los ojos y lo besó.

—Todavía no estoy segura, creo que necesitaré más para saber si me gusta.

Matías la besó y la tumbó en la cama. Los gritos de Sofía y Lola llamándolos se volvieron a escuchar.

—Nos están esperando, venga.

Daniela bajó al salón.

—Ya pensé que no ibais a venir —le dijo Alba mientras ponía las tazas del desayuno encima de la mesa del salón. Laura llevaba la jarra del chocolate y

Eduardo les daba a Sofía y a Lola los paquetes con sus nombres.

—Se me han pegado las sábanas. Qué frío hace, voy a poner más fuerte la calefacción.

—Toma un poco de chocolate, está caliente —le dijo Alba.

Matías apareció en el salón con más regalos.

—Mirad lo que me he encontrado en la terraza.

—A lo mejor se le cayeron a Papá Noel, como son pequeñitos —dijo Lola.

—Mira, trae vuestros nombres.

—A ver —exclamó Lola entusiasmada. Se fue corriendo hacia ellos y, con ayuda de Matías, le dio una cajita a cada una de ellas. Primero, a Laura, a Alba, Sofía y por último, Daniela.

—Venga, abridlo —las animó Matías.

Eran unas pulseras, todas tenían el mismo diseño, pero llevaban la inicial de cada una.

—Es muy bonita —dijo Lola acercándose a él para que se la pusiera.

—Todas son iguales —mencionó Sofía mientras le enseñaba la suya a Daniela.

—Sí, seguro que Papá Noel pensó que sería especial para vosotras llevar todas las iniciales, juntas. Sois como las chicas invencibles, juntas podéis cambiar la vida y hacerla mucho mejor y feliz. Habéis dado sentido a la mía y me habéis hecho creer en la bondad cuando no creía en nada. —Matías le enseñó a Sofía la figura de un ángel que colgaba en la pulsera—. Esta es mamá Silvia, siempre estará con vosotras y os protegerá.

Sofía miraba las otras pulseras, todas las llevaban.

—Es muy bonito este año. Papá Noel se lo ha pensado —le dijo Alba mientras se limpiaba algunas lágrimas.

—Bueno, venga, vamos a seguir abriendo regalos —sugirió Matías sonriendo.

—Papá, mira, este grande es para ti. Cógelo, pesa mucho.

Daniela había conseguido una caja enorme para meter la guitarra y que no

pudiese adivinar lo que era hasta que no lo abriese esa mañana.

—Ya voy. —Matías se quedó sorprendido—. Es una guitarra. Es preciosa. Me encanta. ¿Cómo lo habrá adivinado Papá Noel? Es un sueño. —Matías vio que tenía inscritos los nombres de Sofía y Lola. Miró a Daniela, que sonreía al verlo tan feliz con el regalo—. Es maravilloso, gracias.

Eduardo les dio sus regalos, eran camisetas de la nueva temporada del Sporting de Gijón firmadas por los jugadores y con los nombres de cada una detrás.

—Matías, toma. Esta es para ti.

—Qué bien, no tenía ninguna. Ahora ya voy equipado.

—Pero con nuestros nombres, mi amor, eso es un poco friki, ¿no?

—¿No te gusta?

—Sí, me encanta, pero con mi nombre se me hace raro.

—Es para no confundirte con tus hermanas en momentos intensos del partido. Imagínate que quiero besarte y me confundo, un lio, es una camiseta antilios.

—Pues no es tan mala idea, me parece muy práctico. Jo, yo quiero un novio ya, ¿por qué Papá Noel no me trae uno? —intervino Alba.

—No se lo pondrías en la carta —exclamó Lola toda segura.

—Pues creo que tienes razón, mi vida, ven aquí. —Alba abrazó a Lola y la llenó de besos.

—Toca algo, Matías —le pidió Laura.

—No sé, ahora no me acuerdo de ningún acorde, solo de sujetarla.

—Mira en la caja, debe haber partituras y algunos libros —le indicó Daniela. Sofía las sacó y se las entregó a Matías, y él, después de mirarlos, empezó a tocar.

—Se te da muy bien —lo elogió Eduardo—. Y ya se sabe: un hombre con una guitarra es el doble de atractivo que sin ella. Tendré que aprender a tocar para que Laura se decida.

Daniela lo miraba y recordaba sus besos, sus abrazos, su cuerpo. Cerraba

los ojos y se veía abrazada a él cuando despertó. No podía evitarlo, lo amaba desde el primer minuto que lo vio aparecer aquella noche, asustado, tembloroso, al ver a sus hijas con aquellas mujeres desconocidas. Se enamoró de sus ojos, de su forma de tratar a Sofía y a Lola, de cómo le preparaba el café por las mañanas, pero a su mente volvieron sus miedos. Él, antes, era, como decía Alba, un gigoló. Podía haberlo fingido todo anoche porque él necesitase sexo, porque era la forma que había escogido para agradecerle, como él decía, todo lo que había hecho por él. Miles de ideas absurdas volaban por su mente y solo una era la que permanecía: ¿podía él enamorarse de ella? Mientras lo escuchaba tocar la guitarra, decidió irse un momento a la habitación con la excusa de vestirse para sacar a los perros.

—Yo te acompaño —se ofreció Matías mientras dejaba la guitarra con cuidado en el sillón.

—No hace falta, será un paseo corto antes de que empiece a llover.

—Insisto en acompañarte, es muy pronto y no sabes qué tipo de gente puede haber ahora en la calle.

—Tiene razón, es mejor que no vayas sola —le aconsejó Laura.

Matías se vistió muy rápido para que Daniela no encontrase ninguna excusa más.

—Hay una bolsa con un ramo de flores en la puerta —gritó Daniela sorprendida.

—Una bolsa. A lo mejor es de Eduardo, que ayer se le olvidase.

—No, mía no es, lo siento, amor, no te he comprado flores —contestó.

—Es muy fuerte, son para Alba.

Alba saltó del sofá y corrió a la puerta.

—¿Qué? Déjamela, déjamela.

—A lo mejor es de Diego —dijo Matías mientras se abrochaba la cazadora, a punto de irse.

—No, él se fue con su chico fuera hace unos días y quedamos en darnos los regalos cuando volviese. No trae nombre, son unos libros, este es de

poemas.

—Mira a ver si trae dedicatoria.

—No, no trae nada. ¿De quién será?

—Pues tienes un admirador secreto, hermanita. Al final Papá Noel se acordó de traerte un novio.

—Espero que no sea un loco peligroso.

—Yo también lo espero. Nos vamos, que Sofía ya les ha puesto los abrigos a Lichis y Kas.

Ya en la calle, hablaron del regalo que había aparecido en la puerta. Daniela estaba un poco preocupada, no sabía quién podía ser y le asustaba que el sí conociese dónde vivía Alba.

Matías cambió de tema una vez que se habían alejado.

—Anoche, ¿te arrepientes de lo que pasó? Yo no, lo volvería a repetir todas las noches de mi vida.

—No me arrepiento. —Daniela se ruborizó—. No sé cómo hablar de esto, Matías.

—¿Estuvo bien?

—Sí, muy bien —le contestó Daniela mientras no podía evitar sonreír al recordarlo. Matías la cogió de la mano y la besó en los labios. Daniela se separó de él y se soltó—. Matías, no lo entiendo, tú nunca has dado ningún tipo de señales de que yo te gustase, de que sientes algo más allá de una amistad por mí. Y anoche, tengo miedo de que estemos confundiendo sentimientos.

—¿Estemos? ¿Estas confundida?

—Bueno, estés confundiendo sentimientos, de que la rutina, el que estemos en la misma cama, la idea de que estemos casados...

—No sigas, Daniela, no quiero escuchar lo siguiente que se te pueda ocurrir. Yo no estoy confundido. No es mi fuerte hablar las cosas. Quizás hace unos meses sí podía estar confundido o asustado. Me preocupaba equivocarme y hacerte daño a ti, a mis hijas, a tus hermanas, pero ahora estoy

seguro de que estoy loco por ti. Estoy seguro, mírame, de que te amo y que quiero pasar el resto de mis días contigo y amarte cada minuto del día. Daniela, ¿tú estás confundida?

—Asustada.

Matías la abrazó.

—Te demostraré que no tienes por qué tener miedo. El destino ha querido que nos encontrásemos, ¿no es eso lo que tú me dijiste?

Daniela lo besó.

En casa todavía seguían abriendo algunos regalos. Lola corrió a enseñarles sus regalos a Lichis y a Kas, ella los había abierto, pero porque ellos la dejaban les había contado a todos.

—Son muy bonitos, y que montón de juguetes.

—Este rosa es para Kas y este verde, para Lichis.

—Es muy bonito, mi Lola. —Lola se acercó a Daniela y le susurró que había ido con Alba a comprarlos por si Papá Noel no se acordaba de ellos, para que no estuviesen tristes.

—Es muy bonito lo que has hecho. —Daniela la abrazó.

—Sí, pero mira, mamá, al final Papá Noel se acordó de ellos y les trajo juguetes.

—Sí, Papá Noel se acordó de todo el mundo, incluso de mí —dijo Eduardo—. Mira estos discos de vinilo, son una pasada. Es lo mejor que me han regalado nunca, no sé cómo agradecerse a Papá Noel.

—Seguro que encuentras la forma —sugirió Alba riéndose.

—¿Has averiguado algo del regalo? —le preguntó Matías.

—No hay ninguna pista ni dedicatorias, ni tarjetas, pero me voy ahora mismo a leerlos —le contestó Alba mientras se cogía una bandeja con provisiones.

Daniela se disculpó y se fue también a su habitación, se encontraba cansada y quería estar a solas un rato. Matías se quedó en el salón jugando con Sofía y con Lola, deseaba subir con ella, pero no quería agobiarla, la iba

a dejar pensar.

Daniela se desvistió, tenía los pies helados, se puso el pijama y los calcetines. Se asomó a la ventana. Estaba lloviendo a cántaros y parecía que nunca iba a salir el sol. Se sentía rara. Estaba feliz porque Matías le había dicho que la amaba y era lo que ella había soñado, pero no podía evitar sentir miedo, miedo de precipitarse, de dejarse llevar. Deseaba que Matías entrase en la habitación, que la abrazase, que la besase mil veces y que le hiciese el amor. Deseaba dejarse llevar por primera vez en su vida y no pensar en las consecuencias, en el mañana. Se echó en la cama y, después de dar mil vueltas, se quedó dormida.

Un ruido despertó a Daniela. Este volvió a sonar, era el móvil de Matías. No sabía dónde estaba, pero al escucharlo de nuevo, notó que se hallaba en el cajón de la mesita. Se estaba quedando sin batería y lo iba a apagar cuando vio que tenía varios mensajes sin leer. Daniela dudó, miró el sobre de la pantalla. Sabía que estaba mal, pero los leyó: «Estoy deseando verte. Feliz Navidad. No te olvides de mí», «Necesito verte, echo de menos tus besos». Daniela los leyó varias veces, pensó que a lo mejor se había equivocado la primera vez, pero no. No se había equivocado. El número lo tenía guardado en la memoria del móvil, Úrsula era el nombre de esa mujer. Guardó el móvil en la mesilla y se quedó en la cama, sentada. Sentía que todo lo que Matías le había dicho era mentira. Él tenía una relación. ¿Quién era esa mujer?, ¿dónde la había conocido? Todo se derrumbaba porque le había mentido. Daniela se levantó de la cama y se duchó. Al salir, vio a Matías en la habitación.

—Venía a despertarte para comer, pero ya estas despierta. —Matías se acercó a ella e intentó abrazarla, pero Daniela se separó.

—Me despertó tu móvil, se está quedando sin batería y te han llegado unos mensajes.

—¿Unos mensajes?

—Sí, sé que no debí leerlos, pero así sé que hay alguien que piensa en ti y que te echa de menos. —Daniela terminó de vestirse y se fue.

Matías busco su móvil y leyó los mensajes, lo apagó y lo metió en el

cajón. ¿Cómo pudo haberle pasado eso? Tenía que haber apagado el móvil como siempre hacia cuando llegaba a casa, pero con las prisas para guardar los regalos, se le había pasado. ¿Por qué no se acordó de mirarlo?, ¿por qué ahora?, ¿qué le diría a Daniela?

—Vaya horas de comer, si son las seis de la tarde —dijo Daniela al aparecer en el salón y verlos poniendo la mesa.

—Queríamos dejarte descansar.

—Pero estaréis muertos de hambre por mi culpa.

—No, tranquila, llevamos picando un montón de horas, pero lo dejemos hace dos para comer bien.

Todos se sentaron a la mesa.

—¿Y Matías? —preguntó Alba

—Baja ahora, vete a buscarlo, Sofía.

—No hace falta, ya estoy aquí.

—¿Te encuentras bien, Matías? Tienes mala cara —curioseó Laura.

—Estoy bien, será el frío. —Matías se sentó al lado de Daniela y le susurró que se lo podía explicar todo. Daniela no lo miró.

Llamaron a la puerta. Daniela se ofreció para ir a abrir. Era Diego, que venía con su novio Omar.

—¿Qué haces aquí?

—Acabamos de llegar y estamos sin casa. Toda mi familia está en la de mis padres y no queríamos irnos a un hotel en Navidad, así que venimos a pedirnos refugio.

—Pasad y sentaros, que estamos comiendo o cenando, es difícil por la hora que es. Voy a por platos.

Diego miró a Daniela.

—¿Todo va bien?

—Sí, todo va bien, ya sabes que la Navidad no es mi mejor época.

—¿Solo es eso?

—Sí, me alegro de que estés aquí. —Daniela los sentó al lado de Matías.

Alba se levantó y abrazó a Diego.

—Me alegro de que estés aquí.

—¿Pero qué pasa aquí? Omar se va a poner celoso.

Después de aquella comida, todos se sentaron en el sofá. Todavía les quedaban un montón de películas de Navidad. Daniela se sentó al lado de Diego y se acurrucó a su lado. Diego le acercó el bol de chucherías.

—Gracias —le susurró Daniela. Diego sabía que ese gracias no solo era por las chucherías, las conocía demasiado bien después de tantos años para saber que a Daniela le pasaba algo, aunque intentase disimular. Siempre se hacía la fuerte para no preocupar a los demás, pero se lo veía en sus ojos, en la forma en la que buscaba sus abrazos cuando se sentía triste, y ahora lo estaba haciendo acurrucándose a su lado en el sofá. Miró a Matías, estaba serio y sonreía alguna vez cuando Sofía o Lola le acercaban las chucherías o se reían por algo de la película, pero él no apartaba la mirada de la televisión, sus ojos estaban fijos en la pantalla.

—Daniela, despierta, ya se acabó la película —le susurró Diego.

—Siempre te duermes con las películas de dibujos —le dijo Laura.

—¿Qué le voy a hacer? Diego es tan cómodo, yo no tengo la culpa.

—Ya, pero es mío, tú ya tienes el tuyo —le respondió Omar, riéndose, mientras ayudaba a recoger los vasos.

—Ya te lo dejo libre, necesito ayuda para subir a Lola.

—Yo la subo. —Matías cogió a Lola en cuello, y Alba le ayudó con Sofía.

Daniela apenas lo miró, se fue a la habitación que utilizaban de biblioteca, abrió un sofá cama, llamó a Diego y se lo enseñó.

—Es muy grande y cómodo, aquí vais a estar muy bien. La vais a estrenar vosotros. Si queréis, os puedo bajar más mantas.

—Sí, cuantas más mejor, Omar es bastante friolero, y ya que no le llevo a un hotel, que no tenga motivos para quejarse.

Daniela le dejó las mantas y las sábanas, y Diego insistió en hacer la cama para que ella terminase de recoger. Diego dejó a Omar para que se acostara y

se fue a buscar a Daniela.

—Dani.

—Me has asustado, Diego, ¿necesitas algo?

—¿Quieres hablar?

—No. Quizás otro día.

—Estoy preocupado, te noto triste.

Daniela intentaba que las lágrimas no lograsen escapar y siguió guardando las cosas en los armarios de la cocina.

—¿Te ha pasado algo con Matías? Él también estaba raro, diferente.

—Otro día, Diego, vete a dormir antes de que Omar venga a buscarte. Todo está bien.

Diego se acercó a ella y la abrazó. Daniela no pudo evitar llorar, y Diego lo hizo con más fuerza. Después de unos minutos, Daniela se separó.

—Venga, vete a dormir, que Omar se va a poner celoso.

—Omar se queda dormido nada más rozar la cama, lo he dejado agotado estos días.

Los dos se rieron.

—Solo necesitaba llorar, ya se me ha pasado.

—Daniela, sea lo que sea lo que ha pasado con Matías, lo mejor es que lo habéis. No te lo guardes, tenéis que hablarlo, y cuanto antes mejor, así que vamos a dormir los dos, venga. —Diego cogió de la mano a Daniela y la llevó hasta su habitación, abrió la puerta y la empujó suavemente hacia dentro.

—Descansa.

—Buenas noches.

Daniela entró y cerró la puerta. Nada más entrar, Matías encendió la luz. Daniela se metió rápido en la cama para que Matías no viese que había llorado.

—Daniela.

—Ahora no, Matías, mañana. —Daniela intentaba controlar su voz para

que no se diera cuenta de que todavía alguna lágrima intentaba escaparse.

Matías apagó la luz y la habitación se quedó a oscuras y en silencio. Protegida por la oscuridad, Daniela se acercó a Matías, quería estar a su lado, estar segura de que lo que sentía por él era real, quería sentirlo, percibir si su corazón también se aceleraba si la tenía cerca. Estaba confundida. Ahora que por fin creía tenerlo, todo se podía estropear. Matías la abrazó fuerte para que no pudiese escapar, para que al menos esa noche la tuviese segura en sus brazos. Matías sintió que alguna lágrima caía en su pecho, pero no quiso decir nada, solo abrazarla.

Daniela madrugó, se abrigó y se fue a pasear a los perros. Solo Alba la había visto, estaba leyendo el libro de poemas otra vez.

—¿Te acompaño? Me visto en un momento.

—No hace falta, voy yo —dijo Diego mientras se ponía la cazadora—. Y no voy a admitir un «no».

—Venga, vamos.

El paseo fue largo y en silencio, un silencio que Daniela necesitaba para relajarse y poder controlar sus emociones y que Diego comprendía. «Matías va a estar todo el día en casa, y al siguiente, y al otro», pensó Daniela, y necesitaba poder controlarse para no volver a llorar y escuchar lo que él tenía que decirle.

Matías bajó al salón buscando a Daniela.

—Se ha ido a pasear con Diego. —Alba miró el reloj—. Hace ya una hora. Estarán al llegar, y te toca a ti preparar el desayuno, que Sofía y Lola se despiertan dentro de poco.

—Yo lo preparo —dijo Eduardo mientras bajaba por las escaleras—, necesito recuperar fuerzas.

Alba le lanzó varios cojines.

—¡Cómo dices eso, que soy pequeña! Espero que el café te salga bien.

—Perfecto, ya lo verás.

—Yo te ayudo —se ofreció Matías.

De camino a casa, Daniela le contó a Diego lo que había pasado entre ellos y los mensajes que había leído en su móvil, y Diego le recomendó que escuchase a Matías porque los mensajes a lo mejor eran algo distinto de lo que ella se imaginaba, o simplemente alguna chica que quería meterlo en líos, o cualquier cosa. «Hay mucha loca suelta. Escúchalo», le insistió Diego.

Daniela y Diego llegaron cuando todos estaban ya sentados en la mesa.

—Ya era hora —dijo Laura.

—Estábamos preocupados.

—Es que nos pusimos a andar y hace una mañana preciosa, perdimos la noción del tiempo, perdón —se disculpó Diego.

—Pero hemos traído un montón de cosas. Encontramos una panadería abierta, y todo está recién hecho.

—Es que Eduardo ha hecho tortitas —dijo Alba.

—Nunca sobra nada. Además, huele muy bien —exclamó Eduardo mientras lo colocaba encima de la mesa.

—Yo quiero un café —dijo Daniela mientras entraba por la puerta, y Matías le sirvió un café y se lo acercó.

—Gracias, Matías. —Él aprovechó la silla vacía al lado de Daniela y se sentó.

—Espero que te guste, lo he hecho yo —le contó Eduardo.

—Pues no sé si aprobarás. Para decidirlo, tendré que probarlo dos veces. —Sofía se acercó a darle un beso de buenas días a Daniela.

—Tienes la cara helada, mamá.

—Pues dame muchos besos y ya se me pasa.

—Yo también quiero darte muchos besos.

—Pues venga, las dos. —La llenaron de besos como si se hubiesen dado cuenta de que era lo que más necesitaba ahora.

—Venga, dejadla desayunar, que me pongo celosa —intervino Laura después de unos minutos.

—A ti también te doy besos, tía Laura.

Matías observaba a Daniela, parecía que había cambiado completamente en unas horas, estaba más relajada y sonreía más. Pensó que tenía que hablar con ella, decirle la verdad, todo lo que había ocurrido, que supiese que solo la amaba a ella, que era la mujer de sus sueños y con la que quería compartir su vida.

—Todo estaba delicioso, y no es porque lo haya preparado yo, que también, pero me tengo que ir, tengo que revisar algunos casos.

—Yo te acompaño, déjame que coja el portátil y así me ayudas con tu sabiduría. —Eduardo abrazó a Laura.

—Algún día te casarás conmigo, lo sé, te tengo loquita.

Diego convenció a Alba para que lo acompañase a dar una vuelta por la ciudad para enseñársela a Omar, y podían llevarse a Sofía y a Lola a patinar. En pocos minutos la casa estuvo en silencio. Matías se acercó a Daniela.

—Necesito que me escuches.

—Yo necesito escucharte, Matías.

—No sé cómo empezar. —Respiró hondo y la miró a los ojos—. Te he mentado, no en lo que siento por ti, sino en mi trabajo. No soy solo chofer. La esposa de mi jefe era una antigua cliente, ya sabes, y me ofreció un trabajo cuando más lo necesitaba, para arreglar los papeles. Lo rechacé al principio, pero después de aquella visita de los policías, me asusté y la busqué. Quería saber si el trabajo aún seguía en pie, y lo acepté.

—¿Te acuestas con ella?

—Sí, necesitaba el dinero, el trabajo. Ahora estamos bien. Mira esta casa, no tenemos preocupaciones. —Matías le enseñó una libreta bancaria donde guardaba dinero para Sofía y Lola.

—¿Qué es esto?

—He ido guardando dinero para que a Sofía y a Lola no les falte nada.

Daniela no la miró.

—Una vez te lo dije, Matías, el dinero no lo es todo. Y claro que ahora estamos bien, pero también es por el trabajo de todos, no es solo el tuyo. No

te pedimos más de lo que podías darnos, y los papeles están arreglados, si no, ¿para qué nos casamos? Y ese dinero, ¿qué les vas a decir a Sofía y a Lola?, ¿que lo ahorraste acostándote con viejas ricas?

—Voy a dejar el trabajo, buscaré otra cosa. Estaba muy presionado, entiéndeme, tenía miedo de perder a Sofía y a Lola, son lo más importante de mi vida.

—¿Por qué aceptaste casarte?

—Sofía y Lola tendrían una familia, una madre, y yo te tendría a ti, quería casarme contigo. Necesitaba tiempo para que me vieses de otra manera, para que no me lo hicieses como me estás viendo ahora. Todo me salió mal.

Daniela se levantó del sofá y se fue a la ventana mientras se limpiaba las lágrimas.

—¿Era aquella mujer del centro comercial?

—Sí.

—Y su marido, ¿no sabe nada?

—No.

—Y trabajas para él, lo miras a la cara todos los días, y luego te tiras a su mujer.

—Cuando ella me contrató, solo trabajaba para ella. A él no lo conocía, pero hace unas semanas empecé a trabajar para él, y fue un alivio, Daniela, ya no tenía que ver a su mujer. Lo voy a dejar, no voy a volver después de vacaciones. —Matías se acercó a Daniela—. Te amo, Daniela, te necesito.

Daniela le miró.

—¿Cómo puedo saber si es real? Pensé que habías cambiado, que llegabas tarde porque estabas trabajando, aguantando a una pareja de viejos que te tenían todo el día dando vueltas, pero el trabajo era acostarte con ella día sí y día también, y te metías en mi cama y me abrazabas después de haber estado con ella. —Daniela se quedó en silencio unos minutos—. Lo mejor es que hagamos que no ha pasado nada entre nosotros, solo fue una noche de sexo, estábamos borrachos y ya está. No será difícil para ti, todo tiene que ser como

cuando nos conocimos y ya está, no quiero que me des explicaciones ni que me cuentes nada porque así no pensaré cuándo dices la verdad o cuándo mientes.

—Para mí no fue solo una noche de sexo, Daniela, fue una noche que deseaba. Deseaba besarte, acariciarte... Daniela, dormir contigo y abrazarte era lo único que me daba fuerzas para levantarme al día siguiente. Daniela, necesitaba creer que por unas horas en la vida estabas a mi lado, que todo era perfecto. Contaba los días para dejar ese trabajo para poder estar juntos de verdad, conseguir que estuvieses siempre a mi lado. Te demostraré que puedes confiar en mí, Daniela. No quiero que todo sea como al principio. Quiero estar en tu vida. No quiero que llores por mi culpa.

Daniela se fue a la habitación, y Matías salió y telefoneó al marido de Úrsula, le informó de que iba a dejar el trabajo, que lo disculpase, pero que no podía volver, que tenía algo más importante que no podía descuidar. El marido de Úrsula lo aceptó, le dijo que le entristecía y le deseó suerte. Matías paseó por la ciudad sin rumbo durante horas, pensando qué hacer para que Daniela volviese a confiar en él.

Capítulo 6

Eduardo tenía una proposición que hacerle a Laura y esperaba que esta vez aceptase. Quería pedirle que viviesen juntos, y luego ya verían qué hacer. Eduardo esperó a que ella estuviese cómoda en su apartamento y se lo soltó cuando ella se iba a ir, de noche, a su casa.

—¿Por qué no te quedas?

—No he traído nada de ropa, y Daniela estaba rara, prefiero dormir en casa.

—Esta también puede ser tu casa, podrías quedarte a vivir aquí. Ya sé que no quieres casarte por ahora, pero podemos vivir juntos, sería un paso más en la relación, una prueba.

Laura se sentó en el sillón.

—Vivir juntos, ¿eso es lo que quieres?

—Sí, podemos probar.

—¿Por qué no te vienes tú a mi casa? Me dijiste que habías estado cómodo, podemos intentarlo allí.

—Pero en tu casa hay mucha gente, no estaríamos solos.

—Eduardo, nos acabamos de comprar el piso, todos lo pagamos, necesitan mi sueldo, y yo no quiero volver a mudarme ahora que por fin lo tengo todo como yo quería. Y me encanta nuestro piso, los muebles. Te llevas bien con mis hermanas y así te veo cómo te llevas con Sofía y Lola.

—No lo sé, Laura, yo nunca he vivido con tanta gente, y si ellos no quieren que viva allí, no sé si saldrá bien.

—Piénsatelo, yo hablaré con ellas esta noche y mañana te confirmaré que les parece bien que vivas con nosotras. —Laura recogió su portátil y su bolso, lo besó y se fue.

Eduardo se quedó sentado en el sillón, siempre había estado solo, sus

padres trabajaban todo el día y su hermano se había ido de casa muy joven, a estudiar fuera, y se llevaban once años. Se juntaban en las vacaciones y poco más, solo ahora empezaban a tener algo más de relación. Sí, le asustaba compartir su vida con Laura, que viese sus manías. ¿Cómo iba a vivir con más gente? Pero, por otro lado, Laura tenía razón, acababan de comprar el piso y ya habían vaciado todas las cajas. Y él en su piso apenas tenía muebles. Y Laura le había dicho que sí, en lo único que había dudado era por el piso, pero no por vivir con él. Ella también lo quería y además le había dicho que quería verlo con Sofía y con Lola. Laura ya se estaba planeando un futuro con él, ser padres. Se quedó sonriendo, pensando en Laura. Buscó su teléfono y la llamó.

Laura estaba dejando el bolso y el abrigo en el sofá, buscó el móvil al oírlo sonar.

—¿Ya te has arrepentido de tu oferta?

—Sí, *me voy a vivir contigo. Si quieres voy ahora.*

—No, tranquilo, acabo de llegar a casa. ¿No estarás en el portal?

—*No se me había ocurrido, pero voy ahora.*

—Espera que hable con mis hermanas, ahora ponte a hacer las maletas, te llamo en un rato.

—¿Qué querías, Laura? —le preguntó Daniela.

—Sentaros, no ha pasado nada malo, eso lo primero. ¿Y Matías?

—Estoy aquí —respondió cerrando la puerta.

—Siéntate. Eduardo me ha pedido que viva con él.

—¿Y te vas a ir? —inquirió Alba.

—Yo no quiero que te vayas —exclamó Lola abrazándola.

—No me voy a ir, le hice otra oferta, que él se viniese aquí. ¿Qué os parece?

—¿Estás segura? ¿Eduardo se sentirá cómodo? No es lo mismo pasar una noche que vivir aquí, acostumbrarse al ruido, al desorden —le preguntó Daniela.

—Él me acaba de llamar para decirme que se quiere venir a vivir aquí.

—Pues si él quiere y tú también, adelante.

—¿Qué piensas, Alba? ¿Y tú, Matías?

—Me parece bien. Nos acostumbraremos a él.

—Sí, a mí también. Me alegro mucho por ti, Laura. Me voy a la habitación.

—Entonces, ¿no te vas? —le preguntó Sofía.

—No me voy, se viene Eduardo. Ahora viviremos con otro chico. ¿Qué os parece?

—Bien mientras que no te vayas —le respondió Sofía abrazándola.

—A mí también me parece bien —le contesto Lola—, el tío Eduardo me cae bien.

—Estoy muy nerviosa, voy a vivir con Eduardo.

Alba se sentó a su lado.

—Todo va a salir bien, nos vamos a portar muy bien con él.

—El problema será hacerle un hueco en tu armario —dijo Daniela riéndose.

—Es verdad. Tendré que sacar algo. —Subió a la habitación y abrió los armarios, estaban llenos. Desde que estaba en el nuevo despacho había comprado mucha ropa y zapatos. Daniela y Alba subieron detrás de ella. Miraron el armario.

—Lo mejor es comprar otro —intervino Alba.

—Sí, creo que es lo mejor. Además, coge perfectamente. Os dejo revisando la ropa.

—Daniela, ¿Matías está bien? ¿Todo entre vosotros va bien? —le preguntó Laura.

—Sí, todo va bien. Supongo que no pasábamos tanto tiempo juntos y es raro.

—No es una buena respuesta, Daniela.

—Es solo una etapa, luego se arreglará. Voy a ver qué hace Sofía, tú

céntrate ahora en el armario.

—No he llamado a Eduardo para decirle que sí.

—Se te amontonan las tareas, os dejo.

Daniela y Alba salieron de la habitación para dejar a Laura hablar tranquilamente con Eduardo. Alba se ofreció a cuidar de Sofía y de Lola si ella quería hablar con Matías. Daniela aceptó, tenía que hacerlo para no preocuparlas. Matías estaba sentado en el sillón de la habitación y se levantó al ver entrar a Daniela.

—Estaban preocupadas y me dijeron que viniese a hablar contigo. No les he contado nada, no quería preocuparlas.

—He estado paseando, dando vueltas por la ciudad pensando en cómo arreglarlo todo, Daniela, cómo hacer que confíes en mí.

—No lo sé. Fue fácil dejarte entrar en casa, en mi vida, pero ahora no sé, algo se ha roto dentro de mí. No quiero que pienses que te lo cuento para hacerte sentir mal, es lo que siento ahora, simplemente no sé.

—¿Quieres que duerma en el sofá donde durmió Diego? No se tienen por qué enterar.

—Sí.

Matías se fue. Todas en la casa ya dormían y la cama estaba hecha por si Diego necesitaba volver a quedarse. El sonido del timbre de la puerta despertó a todos. Matías se levantó. De camino a la puerta vio el reloj, eran las cuatro de la madrugada. Matías se preguntaba quién podía ser y abrió. Era Úrsula. Úrsula intentó entrar, pero Matías no la dejó. La mujer estaba descontrolada, no dejaba de chillar, de suplicarle que no la dejase.

Daniela les pidió a Laura y a Alba que se quedasen arriba con las niñas y ella bajó al salón. Vio a Matías en la puerta y a Úrsula de rodillas suplicándole que no lo dejase. Matías la intentaba levantar del suelo cuando vio aparecer a Daniela. Úrsula se enfureció.

—Es mío, tú nunca podrás ser feliz a su lado, lo harás un desgraciado, no puedes darle todo lo que necesita, ¿quién crees que te ha pagado la casa, la

ropa que llevas?, yo lo he pagado todo, todo es mío, ¿me oyes?

—Matías, llévatela de aquí o llamaré a la policía.

Úrsula intentó agarrarla por el brazo.

—Mírame, zorra, mírame.

Matías la apartó de Daniela.

—No se te ocurra tocarla, Úrsula.

—Llévatela ya, Matías.

Matías la agarró del brazo y se la llevó. Daniela cerró la puerta de casa, oía los rumores de los vecinos detrás de las puertas, cerró con llave y se derrumbó. Alba y Laura corrieron a su lado.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién era esa mujer? —le preguntó Laura.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Matías? —Daniela no podía hablar, solo llorar, vio a Sofía y a Lola en la escalera.

—Alba, lleva arriba a las niñas, yo voy ahora.

Laura la ayudó a levantarse, la llevó al sofá y preparó café. Las dos volvieron al lado de Daniela.

—¿Qué ha pasado, Daniela?

Daniela les contó todo lo que había pasado y quién era aquella mujer.

Matías volvió a las pocas horas, había dejado a Úrsula en su casa. Cuando consiguió tranquilizarla, Úrsula parecía que había entrado en razón y se disculpó diciéndole que había bebido mucho, que lo echaba de menos y que cuando su marido le contó que no iba a regresar, no pudo soportar la idea de no volver a verle. Matías le dijo que se verían al día siguiente, cuando ella estuviese tranquila, y que hablarían del tema. Matías no podía evitar sentir cierta pena por aquella mujer que se veía deshecha por su culpa. Daniela lo esperaba en el sofá, había conseguido que Laura y Alba fuesen a dormir un rato. Matías se sentó enfrente de ella.

—Lo siento mucho, Daniela, yo nunca pensé que esto podría ocurrir, lo siento, Daniela.

—Matías, ¿qué va a pasar ahora, cuándo será la próxima vez que vuelva

aquí a hacer otro escándalo? Ya la has oído, se cree que tiene derecho a venir aquí.

—No va a volver, Daniela, yo me ocuparé de eso.

—No te creo, Matías, quiero que te busques otra casa, no quiero que sigas aquí.

—No puedes hacerme eso, yo no sabía que esa mujer iba a reaccionar así al dejar el trabajo.

—Lo que queda de noche puedes quedarte en casa de Diego, sus padres están fuera estos días de Nochevieja y Año Nuevo, y él ha aceptado que te quedes allí.

—No entiendo nada. ¿Lo tenías todo preparado? ¿Esperabas un tropiezo para echarme? He dejado el trabajo por ti. Úrsula no va a volver, esto no volverá a pasar. ¿Qué pasará con Sofía y Lola?

—No pasará nada, les diré que tienes que irte unos días de viaje, que estarás aquí para comer las uvas con ellas, pero ahora no puedo tenerte cerca, no puedo, Matías.

—Daniela, lo que he vivido contigo es real, en eso no te he mentado, te amo.

—¿Cómo puedo estar segura? ¿Cómo sé que no me has utilizado como a esa mujer, cómo sé que no te acostaste conmigo no sé con qué intenciones? No quiero esto, no quiero que mi cabeza se llene de mil ideas diferentes. Necesito un tiempo, no verte.

—Daniela, nunca fingí nada, mi única intención era besarte, acariciarte. Lo deseaba... Me voy a casa de Diego. Te voy a dejar el tiempo que necesitas.

Matías cogió su bolsa y se fue.

Daniela les explicó a Sofía y a Lola que su padre había salido de viaje por trabajo. Como era chofer, lo habían llamado para que llevase a sus jefes en coche a un sitio que quedaba lejos, pero que estaría para comer las uvas en Nochevieja. Las niñas se quedaron tristes, pero conformes con la explicación de Daniela.

Eduardo se mudó al día siguiente, Laura había querido aplazarlo, pero Daniela la convenció para que siguiese con sus planes.

—Somos una familia, siempre van a pasar cosas. No puedes retrasarlo cada vez que ocurra algo. En unos días Matías volverá y todo será como antes. Y Eduardo debe tener ya las maletas en el coche.

—¿Estás segura, Daniela? —le preguntó Laura.

—Sí, todo volverá a ser como antes. Estamos casados, llevamos pocos meses, no podemos separarnos, puede resultar raro, y no quiero tener problemas. Hay que seguir como antes. Soy yo la que confundió las cosas al creerme con derecho a reclamarle algo. Solo necesito estos días, respirar y reiniciarme.

—Yo no sé cómo lo voy a tratar cuando lo vuelva a ver. Me siento mal, no sé por qué actuó así. Nosotras lo aceptemos tal y como era, no necesitaba mentirnos, no sé por qué lo hizo —dijo Alba.

—Tienes que tratarlo igual. Puedes preguntarle lo que quieras saber y que él te lo cuente, y ya está. Esto pasará.

Eduardo apareció en pocas horas, cargado con maletas. Se agobió al entrar en el salón y ver a Sofía y a Lola jugando por el salón, a los perros ladrando, a Alba en un rincón con sus apuntes y sus libros, pero ver aparecer a Laura sonriente lo tranquilizó, la besó y la abrazó.

—Ya estás en casa, no te vas a aburrir aquí. —Eduardo la besó.

Daniela fue a recibirlo y les pidió que la acompañasen, quería proponerles algo. Eduardo dejó las maletas en la entrada. Sofía y Lola se acercaron a Eduardo y le dieron unos dibujos que le habían hecho. En ellos estaba él con ellas; en otros, con Laura. Las dos le dijeron que se alegraban de que viviese con ellas. Eduardo sonrió, y Laura lo volvió a besar.

—Venid aquí —los llamo Daniela. Laura y Eduardo llegaron a la habitación que utilizaban para que Lola y Sofía jugaran. Daniela les explicó su idea, no le había dado tiempo a contárselo a Laura, pero querían que le dijese que les parecía. Aquella habitación casi no la utilizaban porque Sofía y Lola estaban por toda la casa jugando. Podían poner allí su habitación,

tenían un baño en esa planta que podían dejarles para ellos, para que tuviesen más intimidad. Allí había un hueco en el que se podía poner una puerta y les quedaría más íntimo, separarían su habitación del resto de la casa.

—¿Y la biblioteca? Tendríais que entrar igual para utilizarla. No sé, no veo lo de la puerta.

—La biblioteca también quedaría para vosotros. No me mires así, Laura, no es para tanto. Es una habitación pequeña y podríais arreglarla para tener un pequeño lugar donde trabajar en casa, no sé, de armario viendo todas las maletas de Eduardo.

—No lo sé, Daniela, me parece un poco egoísta quedarnos con toda esta parte de la casa, no lo veo claro.

—Hazlo por Eduardo, necesita su espacio, no está acostumbrado a tener niñas entrando y saliendo del baño, a tener perros. Necesita un poco de intimidad.

—¿Y dónde van a jugar Sofía y Lola?

—Juegan en todos los lados, pero podemos arreglar lo que es ahora tu habitación, subimos los juguetes, las alfombras y el sofá cama de la biblioteca y ya tenemos una habitación de juego, de invitados y de relax. ¿Qué os parece?

—Sí, ahora sí me gusta, Daniela, mi habitación será la nueva habitación de juegos, y Eduardo estará más cómodo si no tiene que compartir baño —le respondió Laura.

—Sí, eso me tranquiliza, pero no es mi culpa, soy casi hijo único.

—Ya lo sabemos, por eso creo que necesitáis un espacio más vuestro. Cuando queráis, me lo decís y empezamos a subir y a bajar cosas. Y esto es para ti. Todavía no me ha dado tiempo a hacerte copia de casa, eso lo hacéis vosotros, pero esta es del garaje, la plaza es la número 5.

—¿Del garaje? Pero si Matías tiene su furgoneta ahí.

—Hace unas semanas escuché que un vecino quería vender su plaza, era económica y pensé que estaba bien tenerla por si nos comprábamos un coche,

lo hablé con Matías y le pareció bien comprarla, y ahora es tuya.

—Gracias, Daniela, es un detalle.

—No me tienes que dar las gracias, era algo que ibas a necesitar aquí, es muy difícil encontrar aparcamiento. No os olvidéis de hacer las copias de las llaves, no me apetece nada escuchar el timbre de la puerta estos días.

Eduardo y Laura se fueron a la habitación de los juegos, querían empezar cuanto antes el traslado de las cosas de una habitación a otra. Enseguida Lola y Sofía se animaron a ayudarles. Alba y Daniela se unieron a ellos. En unas cuantas horas ya habían montado la habitación, hablaban de lo que necesitaban comprar. «Algún armario nos hace falta», le había dicho Laura a Eduardo. Y necesitaban buscar a algún carpintero que les pusiese una puerta en esas fechas navideñas. Eduardo se encargó de eso, él se haría cargo de los gastos, era lo mínimo que podía hacer, les decía, después de lo que se habían preocupado para que el estuviera cómodo. Laura estaba feliz, veía a Eduardo sonriente y más relajado, colocando sus libros y sus CD. Estaba segura de que todo saldría bien y que Eduardo se acoplaría enseguida a la vida en familia.

Capítulo 7

Matías había hablado con Úrsula. La había amenazado con contárselo todo a su marido, a sus hijos, a sus amigas, a todo el mundo si seguía persiguiéndolo o si intentaba hacerle daño a su familia. Lo suyo había acabado, y él no iba a volver con ella nunca. Si en algún momento había sentido cariño hacia ella, todo se había destruido. Ella era la única culpable. Úrsula pareció entrar en razón ese día, ya no lo insultaba ni lo amenazaba, estaba tranquila y aceptó sin decir nada todo lo que Matías le decía, no quería perderlo. Todavía le quedaban esperanzas de convencerlo de que siguiesen juntos, le dejaría tiempo, tiempo para pensar en cómo volver a tenerlo.

Alba se encontró a Matías en la cafetería de Diego y allí le pregunto qué había ocurrido. Quería saber qué iba a pasar. Matías le contó que estaba muy arrepentido de todo lo que había hecho. Todo le había salido al revés de como él esperaba y solo deseaba que todo fuese como antes de aquel suceso y poder estar con ellas sin que dudasen de él. Y que Daniela volviese a confiar en él. No podía dormir si no estaba con ella. Iba a empezar a trabajar con Diego. Él le había dado una oportunidad después de escucharlo, y si Diego confiaba en él, conseguiría que ellas volviesen a hacerlo. Alba le prometió que lo ayudaría, pero que no podía volver a ocultarles nada. Ella lo había visto como un hermano mayor, se había sentido muy segura con él en casa, pero no iba a perdonarle ninguna mentira más, si lo volvía a hacer, ella le haría las maletas. Alba cambió el tono de su voz. Además, él limpiaría los baños del bar durante dos meses porque era el nuevo.

Matías la miró, sonrió y aceptó sus normas. No iba a volver a ocultarles nada. Y Alba le tenía que ayudar con Daniela.

Matías volvió a casa para Nochevieja, Sofía y Lola corrieron a abrazarlo cuando lo vieron entrar por la puerta.

—Estoy feliz de estar aquí, en casa, con vosotras —les decía mientras las

abrazaba. Alba fue la primera en acercarse y abrazarlo, luego Laura y Eduardo se unieron a la bienvenida.

—¿Dónde está Daniela?

—Está en la habitación terminando de arreglarse, vamos a tener una pequeña fiesta, así que quita esa mochila de ahí, súbela a la habitación.

—¿Vamos a ser muchos? —le preguntó Matías mientras la recogía.

—Unos pocos, te divertirás.

Matías subió a la habitación, Daniela salía.

—Estás hermosa, Daniela.

—Gracias, Matías. Deja la maleta en la habitación, te esperamos abajo —le respondió sin apenas mirarlo.

—Te he echado de menos.

—Matías... Te esperamos abajo. Voy a ir sacando la comida. —Daniela había conseguido el efecto que esperaba en Matías, quería verse increíble y sentirse así, que podía ser una mujer deseada, y aquel minivestido lo había conseguido. Alba se lo había regalado y la había ayudado a peinarse y maquillarse. El timbre de la puerta sonaba cada poco aquella noche, y cada vez que lo oían, las tres se ponían nerviosas. Laura se acercó a Daniela.

—Toma, esto te ayudará un poco.

—Como no me tome una botella, pero tengo que relajarme, todo va a salir bien esta noche.

Laura y Alba ejercían de anfitrionas y se turnaban para recibir a los amigos. Daniela se ocupaba de ir preparando los canapés. Mientras, Matías jugaba con Lola y Sofía.

Matías entró en la cocina, quería estar unos segundos a solas con Daniela, pero detrás de él lo hizo Alba.

—¿Qué te ocurre, Alba? Pareces asustada —le preguntó Daniela.

—He visto a mi profesor, está aquí, en casa. Laura estaba recibiendo a unos amigos de Eduardo, y él ha entrado.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que estoy segura. ¿Qué hago? Este curso apenas he coincidido con él. No sé qué hacer.

—Pues no te queda otra que salir, seguro que Eduardo te lo presenta, o Laura. No puedes estar aquí toda la noche, está todo preparado ya —le contestó Daniela.

—Daniela tiene razón, no puedes esconderte. Además, estás preciosa. —Matías le dio la bandeja—. Haz una prueba y si estás incómoda, vuelves a por otra.

—¿Es buena idea que estando nerviosa lleve una bandeja llena de canapés?

—Es mejor que una de copas —le dijo Daniela. Alba respiró hondo y salió. Matías y Daniela se quedaron en la cocina, sonriendo, sin decirse nada. Omar entró.

—Necesito más copas. ¿Dónde están?... Lo siento. ¿Interrumpo algo?

—No, tranquilo —le contestó Matías mientras le acercaba más copas. Y se quedó en la cocina preparando más bandejas con Daniela.

Eduardo cogió de la mano a Alba, sin darle tiempo a decirle nada.

—Mira, Mario, esta es Alba, a lo mejor la has visto por la facultad, ella nunca falta a clase. Alba, él es profesor de penal...

Alba lo interrumpió.

—Ya lo conozco, Eduardo, fue mi profesor el curso pasado

—¿Y qué tal se portó? Mira que...

—¿De qué os conocéis? —le preguntó Alba antes de que Eduardo terminase de hablar.

—Es uno de mis mejores amigos. Hacía muchísimo que no nos veíamos, y el otro día coincidimos en una cafetería. Nos lo pasábamos muy bien juntos, y lo invité a venir para tener un rato para hablar. Os dejo un momento, que me llama Enrique. No me la aburras, Mario.

Alba y Mario se quedaron solos, rodeados de un montón de gente. Alba solo oía el latido de su corazón.

—Están muy buenos estos canapés, ¿de qué son? —le preguntó Mario y mientras lo hacía, se sentía bastante idiota.

—No lo sé, los ha preparado mi hermana Daniela, yo solo he sacado la bandeja. Mira, está ahí. Dani, ven, te quiero presentar a mi profesor de penal, Mario Landeira. El profesor me estaba diciendo que le encantan tus canapés.

—Me alegro, encantada de conocerte. Me han hablado mucho de ti. Todavía me quedan cosas por hacer, así que te dejo en buena compañía. — Daniela los dejó a solas.

—Veo que ha venido tu novio. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—¿Mi novio?

—Sí, aquel chico, con el que estabas en la cafetería, el de la camisa verde.

—Diego. Tiene buena memoria, profesor. Sí, llevamos mucho tiempo juntos y espero que siga a mi lado mucho más. —Alba miraba a su profesor —. Es como un hermano para mí. Él ya tiene novio.

Mario sonrió.

—Yo he venido con mi hermana pensando que esto iba a ser una fiesta de parejas, no quería estar sin nadie con quien hablar, y como los dos estamos solteros, le pedí que me acompañase para no estar solo en la fiesta.

—Pues no estás solo, ya me conoces a mí.

Los dos sonrieron y después mantuvieron una conversación sobre las clases, los hermanos, donde se rozaban las manos al coger los canapés y miradas que Alba no sabía si estaba interpretando bien o quería ver lo que ella deseaba y no la realidad.

Diego, Matías y Eduardo estaban sentados en la escalera, observando a Mario y a Alba, hasta que Daniela se puso en medio.

—¿Queréis dejarles un poco de intimidad? No podéis estar vigilando, están en una fiesta y solo están hablando, y si se giran y os ven a los tres mirar, se van a quedar bastante cortados.

—Como vayan a ese paso, nos tiramos aquí otro año. No me extraña que esté soltero.

—Laura ya te contó lo que ocurría con el profesor.

—Sí, me lo dijo por encima y, cuando lo vi, me pareció bien darles un empujoncito. Él es un buen chaval, no te preocupes. Si funciona, bien, y si no, a otra cosa —dijo Eduardo mientras se levantaba para ir a buscar a Laura.

Diego se sentó al lado de Matías.

—A mí, ese Mario no me gusta mucho —replicó Diego—. ¿Por qué sigue soltero?, es muy guapo.

—Es lo de siempre, Diego, nadie te cae bien

—¿Qué dices? Eso no es verdad.

—Matías nunca te gustó, decías que tenía algo...

—Estoy aquí, podemos seguir hablando de Mario, ahora Diego y yo trabajamos juntos, así que buen rollo, ¿no?

—¿Trabajáis juntos? Pensé que solo serían unos días —preguntó Daniela.

—Sí, lo he contratado, pero solo de prueba, y por ahora va bien. Me ha llenado el bar de chicas. —Matías se lo quedó mirando—. Vale, quizás no he estado muy afortunado. Creo que me están llamando, sí, Omar me está llamando.

—Daniela, lo que dijo Diego.

—No te preocupes, es una cafetería, es lógico que vayan mujeres. —Daniela se sentó a su lado—. Todo está bien, no te agobies, hoy desaparecen los viejos problemas y empezamos otro año.

—Me parece bien. Empezamos un nuevo año con nuevos deseos.

—Sí. —Daniela se fue a buscar a Alba y a Mario, que estaban rodeados de amigos.

—Alba, se nos están acabando las bebidas, ¿te importa sacar más?, ahora no puedo. Mario, ¿la puedes ayudar, por favor?

—Lo haré encantado.

Alba le enseñó el camino a Mario, entraron en la cocina y ella fue abriendo las cajas.

—¿Te gustaron los libros? —le preguntó Mario casi susurrando, parecía

que las palabras tenían miedo de salir de su boca.

—¿Qué?

—Los libros, el día de Navidad, una bolsa en la puerta... Dime que sabes de qué te hablo, por favor.

—Sé sé de qué me hablas.

—Es un alivio.

—Cuando vi la bolsa, pensé en ti, pero luego me dije que era una locura.

—Sí, una locura. Los vi en la librería y siempre me han gustado, pero nunca he tenido a nadie a quién regalárselos.

—Me los he leído ya, muchas gracias. ¿Cómo supiste mi dirección?

—Por la ficha de la universidad. Lo dejé en la puerta por la noche. —Los dos se quedaron en silencio—. Sé que dicho así suena un poco, bueno, bastante tétrico, pero no era mi intención. Yo...

—Sí, suena bastante... pero me gustó el detalle y también que pensases en mí. —Alba lo miró—. Entonces, cuando Eduardo te invitó a venir hoy y te dio la dirección...

—Ya sabía que estarías esta noche.

—¿No hace mucho calor aquí?, es mejor que saquemos las botellas, profesor.

—Ya no soy tu profesor. —Mario se fue acercando a Alba. Primero, le acarició la mano mientras ella sujetaba la botella, después le agarró suavemente la otra y se acercó a ella antes de que pudiese decir nada.

—¿Dónde están esas botellas? Más alcohol, más alcohol. —Diego y un amigo irrumpieron en la cocina. Mario y Alba se separaron rápidamente.

Diego se arrimó a Alba.

—Estás un poco roja, ¿tienes calor? Si quieres abro una ventana para que refresque.

—No hace falta, Diego, se me pasa ahora.

—Mario, te estaba buscando Eduardo —le dijo un amigo—. No sé qué fotos quiere enseñarte.

Diego se quedó en la cocina con Alba. Alba cogió un paño de cocina y le dio con él.

—Eres un borde, un metepatas, hoy no me caes bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniela.

—Pregúntaselo a Diego.

—Solo quería ayudarla a sacar las bebidas, tardaba mucho.

Alba le dio las bebidas.

—Pues ahora las sacas tú y yo voy a divertirme.

Daniela se quedó preparando las uvas en copas, ya iba a ser la hora y tenía que preparar bastantes. Matías entró, la agarró por la cintura y la besó sin que a ella le hubiese dado tiempo a reaccionar. Daniela se intentó separar sin mucha decisión.

—Lo siento, yo... —Era la hermana de Mario desde la puerta de la cocina.

—No pasa nada. ¿Qué necesitas? —le preguntó Daniela.

—Es una tontería, venía a por mis uvas, no me gustan las pepitas, pero ahora me siento bastante imbécil.

—No te preocupes, todas son sin pepitas, a mí tampoco me gustan, y así es más cómodo que ponernos a quitarlas en la fiesta. ¿Me ayudas a sacarlas?

—Sí, claro.

Daniela le dio una bandeja, ella cogió otra y le pidió a Matías que sacase el cava. Los invitados se fueron pronto a la discoteca como tenían planeado. Daniela se iba a quedar en casa y animaba a Matías a que se fuese con los demás, pero no quiso. Él prefería quedarse en casa con ella si no le importaba, y Daniela le dijo que se podía quedar. Todos se fueron y ellos se quedaron solos. Sofía y Lola ya llevaban unas horas durmiendo. La casa se quedó en silencio. Matías no le dio tiempo a reaccionar a Daniela, la cogió por la cintura y la besó.

—Ya estamos en un año nuevo. Daniela, necesito que creas en mí y que empecemos juntos. Te amo.

—Yo también te amo, Matías.

Matías la volvió a besar, suavemente, pero la intensidad de los besos y de las caricias fue en aumento. Los dos subieron a la habitación. Daniela solo quería disfrutar de aquel momento, de los besos de Matías, de sus caricias. Esa noche sería solo para ellos, sin dudas, sin preguntas, solo ellos.

Laura y Eduardo salieron al amanecer de la discoteca. Laura buscó a Diego y le dijo que se iba a ir con ella, sí o sí, lo invitaría a desayunar, buscaron a Omar y se fueron a la salida. Eduardo buscó a Mario, que bailaba con Alba, y le informó que se iban y le pidió que cuidase de Alba. Mario se acercó a Alba y la abrazó más fuerte cuando ya se habían ido.

—Te invito a desayunar, hay una pastelería debajo de mi apartamento y hacen unos churros riquísimos.

Alba se rio.

—Acepto tu invitación.

Los dos se miraban y se reían.

—Sí, ya sé que lo de los churros no ha quedado muy bien, pero cuando te tengo cerca, no sé hablar, simplemente no sé hablar.

—Tengo otra idea, a ver qué te parece —le dijo Alba mientras Mario la ayudaba a ponerse el abrigo—. Podemos subir primero a tu apartamento y luego desayunamos. —Alba miró a Mario, y él la besó.

Buscaron un taxi y en pocos minutos ya estaban en su apartamento. Mario abrió la puerta de su casa mientras Alba lo besaba el cuello y empezaba desabrocharle la camisa. Mario cerró la puerta y se cayó encima del sofá al quitarse el abrigo. Entre besos y risas se quedaron en el sofá, disfrutando de aquel primer día del año. Alba se despertó abrazada a Mario, se levantó, buscó el móvil y llamó a Daniela.

Matías cogió el teléfono y se lo acercó a Daniela, que jugaba en el salón con Sofía y Lola.

—¿Qué tal estás? ¿Estás con...?

—Sí, con Mario. *Estoy feliz, es un sueño, todavía no me lo puedo creer.*

—Si estás bien y feliz, no necesito saber nada más. Cuelga y vuelve a su

lado. Te quiero, Alba. —Daniela estaba feliz, había escuchado a Alba emocionada y feliz como nunca la había escuchado.

Laura apareció en el salón.

—¿Era Alba?

—Sí, celestina, está feliz.

—No me llames celestina, tenía que hacerlo, había que darles un empujón. Ahora me debe una. ¿Hay café?

—Yo hago café y lo traigo ahora —se ofreció Matías, que aparecía por las escaleras. Laura se quedó en el salón con Daniela.

—¿Qué tal anoche? —le preguntó Daniela.

—Muy bien, había mucha gente, fue muy divertido.

—¿Y Alba estaba cómoda? ¿Qué te parece Mario?

—No lo conozco mucho, pero Eduardo habla bien de él. Y la noche ha acabado bien para ellos, solo queda ver que va pasando. Le avisé antes de irnos por si necesitaba un plan de huida. Cuando ya estaba amaneciendo, fuimos al baño, le dije que ya me quería ir, que estaba cansada, y le pregunté qué prefería, si quedarse allí o decirle a Mario que se tenía que venir conmigo, en plan si todo guay, adiós. Y me dijo que se quedaba así, que me llevara a Diego y a Omar con nosotros a desayunar. Y ella se quedó con Mario. No pensé que iban a ser tan decididos, será el año nuevo.

—Será —le respondió Daniela pensando en Matías.

Eduardo entró en el salón bostezando.

—Qué bien, huele a café.

Matías le sirvió una taza y le acercó otra a Laura.

—Ten cuidado, que está caliente —le recomendó Matías.

—Se me hace raro —dijo Eduardo.

—¿El qué? —preguntó Laura.

—Estar aquí, que esta sea ya mi casa, no ser un invitado, ver a las niñas en el salón. Matías sirviéndome café. Pero estoy feliz —dijo y después besó a Laura—. ¿Y Alba? ¿Ya llegó?

—No, todavía está de fiesta, es joven, aguanta más.

—Tendré que llamar a Mario a ver cómo le fue la noche, espero que no haya dejado que Alba se fuese con algún imbécil, porque mejor no se lo pudimos dejar.

—Tranquilo, estoy segura de que Mario no ha dejado que Alba se fuese con ningún imbécil.

El teléfono los interrumpió. Matías contestó, era Diego, la policía lo había llamado, su bar estaba destrozado. Un incendio había acabado con todo. Y él no sabía qué hacer. Todos se vistieron y fueron al bar. Diego estaba muy nervioso, se abrazó a Daniela.

—Lo he perdido todo, Daniela. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé, los bomberos no me han dicho nada todavía, tienen que investigar. No sé qué voy a hacer cuando mis padres se enteren, no sé cómo se lo voy a decir.

—Tranquilo, Diego, todo se va a arreglar, estaba cerrada y se ha producido cuando no había nadie, no hay heridos, eso es bueno. ¿Dónde está Omar?

—Se ha quedado en casa, le dije que me esperase allí, no sabía qué me iba a encontrar aquí, sé que se ha enfadado, pero...

—No te preocupes, él lo entiende.

A las pocas horas, todos regresaron a casa. Convencieron a Diego para que los acompañase, no querían dejarlo solo. Alba telefoneó a Omar para que se reuniera con ellos. Omar estaba enfadado con Diego, había hecho sus maletas y había dejado la casa por si volvían los padres de Diego, prefería irse a que Diego lo echara precipitadamente. No entendía por qué Diego seguía ocultando su relación, todo lo hacía como Diego quería. Unas veces estaba bien que los vieses juntos, como esa noche en la fiesta, y otras se tenía que quedar en casa, oculto. Omar quería estar con Diego en esos momentos, pero todavía se sentía ofendido con él por obligarlo a quedarse en casa. Omar escuchó a Alba, dejó sus maletas en la habitación de un hotel cercano y fue a casa de ella. Diego estaba muy mal y era el momento de estar a su lado y no

de darle preocupaciones. Omar le prometió que iría en unas horas.

Alba se acercó a Diego con papel y bolígrafo, quería anotar todo lo que debían hacer al día siguiente: acudir al seguro, llamar a empresas de reformas y pedir presupuestos. Todo estaba anotado, así, cuando llegasen sus padres, verían que todo lo tenía controlado. Diego estaba preocupado, no tenía dinero para hacer frente a las reformas. Laura y Eduardo se ofrecieron a acompañarlo al seguro y a invertir en su negocio. Eduardo tenía un dinero ahorrado que le podía ayudar. Cuando era joven, soñaba con la idea de tener su bar. Ahora lo compartirían. Daniela también le ofreció dinero, no tenían mucho, pero lo ayudaría a no agobiarse. También se ofrecía a trabajar en las reformas, al igual que Matías. Omar acudió aquella noche para estar con Diego, volvería en pocos días a su trabajo fuera de la ciudad y había decidido que aquellos serían los últimos con Diego. No podía seguir así, pero esos días los pasaría al lado de Diego, apoyándolo, y cuando estuviese mejor, le hablaría de sus deseos de cambiar su relación y si no, cada uno cogería un camino diferente.

Capítulo 8

Matías y Daniela habían decidido empezar el año desde cero. Decidieron no hablar del pasado, querían estar juntos y por las noches, uno de los pocos momentos que podían disfrutar a solas ahora que eran más, se dejaban llevar por lo que sentían. Los besos, las caricias, las risas en su habitación, todo era perfecto y solo estaban ellos. No había planes ni problemas, solo los besos de Matías recorriendo el cuerpo de Daniela.

Eduardo se había adaptado rápidamente a la vida con Laura. En pocas semanas estaba completamente instalado y tenía la intimidad que necesitaba. Había descubierto en él otras facetas. Le gustaba ayudar a Sofía y a Lola con sus deberes, ver los dibujos con ellas. Deseaba tener hijos. Incluso se había dado cuenta de que le gustaban los perros, pasearlos con Laura, o solo se había convertido en algo habitual que lo desestresaba después de un día de trabajo.

Alba hacía varios días que no había visto a Mario. Hablaban unos minutos por teléfono de vez en cuando, pero ahora quería dedicarse a Diego, acompañarlo en las reformas que había empezado y animarlo para que superase su ruptura con Omar.

Las clases volverían en unos días y Mario no podía dejar de pensar en ello, aunque no fuese su profesor, estaba preocupado. Mario decidió contárselo a su hermana, quería que lo aconsejase, pero ella solo lo preocupó más. Le aconsejó que dejase a esa chica, que solo le traería problemas, que solo estaba con él para sacar antes la carrera o para mejorar sus notas. Si alguien se enteraba de esa relación, sería una losa que arrastraría siempre. Siempre sería el profesor que se lio con su alumna y ninguna universidad se lo tomaría en serio. Había luchado mucho para estar donde estaba, no podía tirarlo todo por un polvo, le decía su hermana. Mario la escuchaba en silencio, él estaba feliz, Alba era diferente, era la alegría que necesitaba en su vida, no podía dejarla y

menos pensar que ella solo lo quería para aprobar la carrera. Alba no era así. Mario dejó a su hermana y volvió a su apartamento. De camino cambió de rumbo. Decidió ir a hablar con Eduardo, él las conocía a todas y podría hablarle de Alba. Saber si ella le había hablado de él. Eduardo lo escuchó atento.

—No tienes de qué preocuparte, Mario.

—¿Estás seguro? Puedo perderlo todo si alguien se entera, mi familia dejaría de hablarme, mi hermana me lo ha puesto difícil.

—Lo que te voy a contar queda entre nosotros, Mario. —Mario asintió—. Alba le dijo a Laura y a Daniela que quiere dejar la facultad este año para ayudar a Diego a poner en marcha el bar, pero Laura cree que tú eres el culpable de que ella quiera dejarla. La han intentado convencer para que no lo haga porque si no le costará más volver, pero Alba dice que lo deja y lo deja. Mi opinión es que no debería dejarlo porque tiene una buena media, pero no me quiero meter.

—No puede hacer eso. Un año es mucho y apenas le queda nada para acabar.

—Lo mejor será que hables con ella, no creo que pase nada porque durante un tiempo seáis discretos si lo que te asusta es que la gente se entere. De lo único que estoy seguro es de que tenéis que hablar como personas adultas que sois. Y tú más que ella, tienes que tener claro qué es lo que sientes por ella. Alba es frágil y está enamorada de ti, no quiero que le hagas daño.

—No es un capricho si es lo que quieres que te diga, lo he pensado mucho antes de dar este paso, estoy enamorado de ella.

Laura los sorprendió en el despacho.

—Hola, Mario, no sabía que estabas aquí. Vengo a buscar a Eduardo para ir a comer. Si quieres venir, estás invitado.

—No, gracias, ya me iba, tengo cosas que hacer. —Mario se despidió de los dos y se fue, esta vez, a su apartamento, quería pensar en lo que Alba iba a hacer. Él tenía que buscar una solución para seguir adelante con la relación

y que ella no tuviese que sacrificarse. Mario decidió hacer llamadas a varias universidades, se quería ofrecer como profesor, dando charlas, lo que necesitasen. Después hizo su carta de dimisión. Estaba seguro de que conseguiría trabajo en cualquiera de las universidades a las que había llamado. Su relación con Alba podría superar la distancia durante el poco tiempo que a Alba le quedaba de carrera, y después ya decidirían que hacer.

A los pocos días, Mario lo tenía todo solucionado, empezaría a dar clases en otra universidad. Alba no estaba de acuerdo con aquella decisión, no quería separarse de él, intentó convencerlo para que no se fuese, pero Mario estaba decidido, le explicó sus motivos y le pidió que no se enfadase con Eduardo. Él era su amigo y era difícil para él tener que dividirse entre los dos. Alba le prometió que no haría ningún reproche, pero que estaría unos días enfadada, no quería que se fuese. Mario la abrazó.

—Vendré todos los fines de semana, al final será como si no me hubiese ido.

—Pero y qué hare yo sin esperar a verte por los pasillos, en la cafetería. Ir a clase tendrá menos alicientes.

—Ahora tenemos otros alicientes, ¿no crees?

—Sí. —Alba lo besó—. Todavía me parece un sueño que pueda besarte siempre que quiera.

—Puedo ayudarte a que te hagas a la idea de que esto es real.

—Todavía necesito más realidad.

Mario la besó.

Una mañana llamaron a la puerta. Daniela abrió y vio a dos policías que preguntaban por ella. Daniela se asustó, estaba sola en casa. Tuvo miedo de que fuese una mala noticia.

—¿Daniela Castro Moran?

—Sí, soy yo. ¿Qué quieren? ¿Qué ha pasado?

—Nos tiene que acompañar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Está detenida.

—¿Qué? Esto es un error, se están equivocando.

—Lo siento, señora, pero tiene que acompañarnos, no lo haga más difícil.

Daniela los acompañó a comisaria, no entendía lo que estaba ocurriendo, necesitaba llamar por teléfono, avisar a Laura y Alba, tenían que ir a recoger a Sofía y a Lola. Al llegar, vio a Matías apenas unos segundos, estaba allí acompañado de otros policías y lo metían en una habitación. Daniela mantenía la calma, pidió hacer una llamada. Llamó a Laura, le contó lo que estaba ocurriendo, le pidió que llamase a Alba, que fuese a buscar a Sofía y a Lola, no sabía qué estaba pasando. Laura le dijo que estuviese tranquila, que llegaría enseguida. Todo debía ser un error. Daniela le dijo que Matías también estaba allí, tenía miedo. Laura respiró hondo.

—Llegaré enseguida.

En pocos minutos, Laura entraba en la comisaria acompañada de Eduardo. Tardaron en darles información, decían que allí no había nadie con esos datos y, después de mucho insistir, Eduardo consiguió que les dijese algo. Sabían que estaban allí. Uno de los policías les informó que había varias denuncias contra ellos. Una de robo, y esta les había llevado a descubrir que su matrimonio era un fraude, que se había realizado con el fin de que el hombre consiguiese la nacionalidad española. Y ahora tenían que interrogarlos, era el procedimiento habitual. Estaban en un momento en el que tenían que investigar todas las denuncias y habían descubierto muchas ilegalidades. No podían dejar pasar esta.

Laura consiguió pasar a ver a Daniela unos minutos. Intentó tranquilizarla. Eduardo estaba haciendo llamadas y todo se iba a arreglar. Alba estaba avisada y había ido a buscar a Sofía y a Lola. Laura abrazó a Daniela, las dos estaban asustadas.

Matías estaba solo en una habitación, había visto a Daniela, estaba tan asustada. Un policía abrió la puerta.

—Tiene visita.

—Déjenos a solas, por favor.

El policía la obedeció.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has enterado? ¿Tienes algo que ver con esto?

—Eres más listo de lo que pensaba. Tengo muchos contactos, Matías, esta es una ciudad muy pequeña y todos me deben favores o quieren que yo les deba uno. En cuanto les conté la historia de mi antiguo chofer y unas joyas que me habían desaparecido, se pusieron a investigar, y aquí estas. Y tu querida esposa en la habitación de al lado, tan asustada, pobrecilla.

—¿Por qué...?, ¿por qué haces esto...? Voy a contarles a todos qué clase de mujer eres, ¿me escuchas? Todos se van a enterar de quién eres.

—Una buena señora que, queriendo ayudarte, te contrató, y tú te aprovechaste de mí, tú y tu falsa esposa, intentando robarme, y a partir de eso, todo lo que digas será mentira.

Matías se puso de pie y golpeó la mesa.

—¿Qué quieres?

—Tengo planes, Matías, quiero viajar, disfrutar de la vida, y quiero hacerlo contigo, he invertido mucho en ti como para que te vayas con otra. Eres mío.

—Eso no va a suceder, Úrsula, no voy a ir a ningún sitio contigo. Se lo contaré a tu marido, a tus hijos. La policía me escuchará. Estás loca.

—Déjate de tonterías, Matías, nadie te va a escuchar, y piensa en Daniela, en tus hijas, ¿quieres que Daniela acabe en la cárcel?

—No hemos hecho nada, Úrsula, nada. No tenemos joyas, y nuestro amor es verdadero, tenemos una familia, vivimos juntos, nadie te va a creer.

Úrsula se rio.

—Estas aquí, Matías y Daniela, en la habitación de al lado, y solo he necesitado un par de llamadas, Matías, puedo conseguir lo que quiera. Hoy yo decidido quién es culpable y quién no. ¿Quieres que te haga una demostración?

—No, Úrsula, no quiero que hagas nada, solo que desaparezcas y que te olvides de mí.

Úrsula se fue de la habitación. A los pocos minutos, unos policías entraron, lo golpearon varias veces en el estómago y salieron sin decirle nada, dejándolo en el suelo. Úrsula esperó unos minutos y volvió a entrar.

—¿Qué tal estás? ¿Te ha dado tiempo a pensar en lo que te he dicho? Si quieres, puedo hacer que vayan a hacerle una visita a Daniela.

—Ni se te ocurra, Úrsula, como le suceda algo a Daniela, acabaré contigo.

—No te pongas tan dramático, Matías. Que Daniela quede en libertad sin cargos y que esto hayan sido unas malas horas está en tus manos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Venir conmigo, seguir a mi lado y dejar a Daniela y esa vida aburrida que llevas. Quiero que le digas que la has utilizado y que no sientes nada por ella.

—¿No es suficiente con que nos vayamos de aquí tú y yo ahora?

—No, Matías, no es suficiente, no quiero que tú creas que puedes regresar y que puedas volver a abandonarme en cuanto me saques el dinero suficiente, quiero ser tu único camino. ¿Qué tal le va a Diego? Qué mala suerte, ¿verdad? Creo que podrá cobrar el seguro en pocos días, ¿tú qué opinas? Ya sabes, el papeleo lleva mucho tiempo, se pueden perder cosas, o aparecer.

—¿La dejarás libre, sin cargos? ¿Si me voy contigo, te olvidarás de ella?

—Sí, se irá a su casa nada más hables con ella, vuestro matrimonio quedará anulado y yo me olvidaré de ella.

—¿Y Diego?

—Todo se arreglará, Matías, confía en mí. Está en tus manos.

—¿Puedo hablar con Daniela a solas?

—Sí, claro, pero no olvides que hay cámaras, Matías, no intentes nada raro.

—Necesito unos segundos, por favor.

Úrsula salió de la habitación.

—Cuando estés preparado, llámame. —Úrsula avisó a los policías.

Matías les avisaría en pocos segundos para que lo llevaran a la sala donde estaba Daniela. Úrsula pidió que Daniela estuviese sola. A los pocos minutos, Matías estaba junto a Daniela, habían sacado a Laura, que estaba con Eduardo.

—Matías, ¿estás bien? ¿Qué está ocurriendo?

—Daniela, les he contado la verdad

—¿Qué verdad? ¿De qué hablas?

—No te hagas la loca, Daniela, lo saben todo. Todo esto ha sido un montaje. Y tú me lo has puesto fácil, caíste rendida a mis pies las veces que yo quise. Nuestro matrimonio va a ser anulado, ya eres libre para buscarte otro al que salvar.

—Matías, ¿de qué hablas?

—Abre los ojos, Daniela, deja de llorar. Tú ya lo sabías, pero para ti era más fácil vivir en la mentira mientras te diese lo que querías en la cama. Eres como todas, igual de fácil, solo querías un hombre en la cama y una historia de amor, eso es lo que te di.

Daniela se limpió las lágrimas.

—No te creo, Matías, ¿y Sofía y Lola?

—Son tuyas, firmaste los papeles, no quiero volver a verlas. Es el precio que tienes que pagar por los momentos que te he dado.

—¿Qué está ocurriendo? —Daniela se acercó a él y lo miró a los ojos.

—No quiero volver a verte, Daniela. Ya sabías que todo era mentira, pero quisiste engañarte. Siempre tuviste dudas. Búscate a otro, pero esta vez no te cases tan rápido para que no vuelvas a tener problemas, espera un poco. — Matías bajó la mirada y salió de la habitación, dos policías esperaban fuera y lo llevaron hasta la otra habitación. Daniela lo veía irse, lloraba, no entendía nada. Laura entró enseguida.

—¿Qué ha pasado, Daniela? ¿Qué te ha dicho Matías?

—Me quiero ir de aquí, Laura, no puedo respirar, me falta el aire.

Eduardo entró, acompañado por unos policías. Daniela quedaba libre, tendría que volver a arreglar unos papeles en unos días, pero se podía ir. Eduardo la sujetó por el brazo, Daniela estaba pálida y temblando.

—¿Y Matías? ¿Lo has visto?

—Sí, lo he visto, no quiero hablar de él aquí.

Laura acompañó a Daniela a casa y Eduardo se quedó en comisaría para saber qué pasaría con Matías. Úrsula se encargó de que la policía entretuviese a Eduardo mientras ella y Matías salían por el garaje. Eduardo solo pudo enterarse de que Matías había quedado en libertad y que tendría que volver a arreglar unos papeles, al igual que Daniela, y que se había ido acompañado de una mujer muy poderosa. Eduardo le agradeció a su amigo aquella información, no entendía por qué había tanto secretismo con aquel caso y pensó que aquella mujer quizás no quería que se supiese que había ayudado a Matías a salir de aquel problema. No se lo podía contar a Daniela. Estaba destrozada y aquello la hundiría más, Matías tenía una amante y la había estado engañando.

Úrsula y Matías cogieron a las pocas horas un avión a Londres. Matías no habló, apenas podía caminar, no podía dejar de pensar en Daniela, la había destrozado. Úrsula miraba a Matías y se sentía feliz de tenerlo a su lado, estaba segura de que era un simple enfado, que se le pasaría en unos días, cuando se diese cuenta de todo lo que ella le estaba ofreciendo. Matías pensaba en Sofía y en Lola, qué pasaría con ellas. Las lágrimas resbalaban por su rostro y rápidamente las limpiaba, confiaba en que Daniela las cuidase como hasta ahora. ¿Cuándo volvería a verlas? No entendía cómo había acabado dentro de ese avión al lado de Úrsula. Miraba a Úrsula, tenía que fingir, no quería que ella lo viese mal, no quería que les hiciese más daño, era una mujer malvada y retorcida, con más poder del que él había imaginado. De repente la veía más fea, como si toda la maldad estuviese ahora en su rostro, en sus manos. Ella sonrió al notar que Matías la observaba.

—Seremos muy felices, Matías, pronto te olvidarás de todo, como ella se olvidará de ti.

Daniela había pasado la noche llorando, pensaba en lo estúpida que había sido, en cómo no se había dado cuenta antes de todo lo que planeaba. En su cabeza solo aparecían las imágenes de Sofía y Lola dentro de aquella furgoneta. Con frío, con hambre, con miedo. Quizás debieron haber llamado a la policía, pero si lo hubiesen hecho, ahora ellas no formarían parte de su vida. ¿Qué habría sido de ellas de haber actuado de otro modo? Estarían solas, en algún lugar de acogida o donde las hubiesen llevado, pero Matías había vuelto a por ellas, o quizás nunca se había ido y esperaba escondido a que alguien se parase a ayudarlas. No sabía qué pensar de todo eso, creía que siempre había sido sincero, pero se había equivocado en todo, nunca llegó a sentir nada por ella, la había utilizado. Laura la buscó en la habitación y le contó lo que Eduardo había averiguado. Matías había quedado en libertad y solo tendría que regresar a la comisaria a firmar unos papeles, se había ido con una mujer, quizás era la misma que había irrumpido en su casa hacia unos meses. Laura no sabía qué decirle, Daniela no le había contado nada de lo que Matías le había dicho. Daniela no quería hablar. Solo le dijo que Matías no volvería. Laura la dejó sola, y Daniela decidió que solo tendría unas horas más de duelo y después se olvidaría de él, saldría adelante y seguiría con su vida. Todavía no sabía cómo explicarles a Sofía y a Lola que su padre no iba a volver, no podía creer que Matías no quisiese a sus hijas, que las hubiese abandonado. Se resistía a creer que todo aquello fuese verdad, eran sus hijas. La realidad le volvía a la cabeza, ellas habían encontrado a las niñas abandonadas, le había mentido sobre el trabajo que tenía con Úrsula y ahora se había ido con ella. Todo había sido tan rápido que quizás él tenía razón y había sido estúpida por abrirle la puerta de su casa, por haberse enamorado de él, por creer que había encontrado a su gran amor, una historia de amor como le había dicho él. Todo era confuso en su cabeza. Recordaba sus besos, sus risas, lo recordaba con Sofía y con Lola.

Lola entró en la habitación, acababan de llegar del colegio. Daniela llevaba desde el día anterior encerrada en su habitación.

—Mamá, mamá, ¿sigues malita? ¿Me ayudas a hacer los deberes?

—Ya estoy bien y te ayudaré a hacer los deberes, dame un ratin y voy ahora al salón.

—¿Dónde está, papá? —preguntó Sofía.

—Se ha ido de viaje, tuvo que irse rápidamente —le respondió Daniela.

—¿Cuándo va a volver?

—No lo sé, este viaje es más largo, pero estoy segura de que os llamará o escribirá pronto y os dirá cuánto os quiere.

—No me gusta el trabajo de papá. Me gustaba cuando trabajaba con tío Diego —dijo Sofía.

—A mí tampoco me gusta que esté de viaje —protestó Lola.

Daniela las abrazó.

—Id bajando al salón, yo voy ahora, hacemos los deberes y merendamos. —Daniela estaba preocupada, no quería que se sintiesen abandonadas, sabía que Sofía vivía con ese miedo antes de conocerla y, ahora que estaba feliz y tranquila, no sabía cómo le podía afectar la noticia de que su padre no volvería. Quizás tenía que haberse fijado más en esa sensación que tenía Sofía, el miedo a que Matías no regresase, a estar solas. Daniela se lavó la cara, pensó que podría encontrar a alguien que escribiese algunas cartas haciéndose pasar por Matías, y eso las ayudaría a sobrellevar su ausencia hasta que fuesen mayores. No sabía si comprenderían aquella mentira cuando creciesen, pero hasta entonces tendrían una infancia feliz. Daniela bajó las escaleras y observó la escena del salón: Sofía y Lola merendaban con Alba, con Laura y con Lichis y Kas sentados mirándolas, se reían. Todo saldría bien, siempre habían estado solas y habían sobrevivido. Ahora seguirían haciéndolo. Eduardo salió de la cocina.

—¿Qué haces aquí?

Eduardo la abrazó.

—He comprado pasteles, y de tus preferidos tres. Las penas con pasteles son menos penas. —Eduardo la cogió de la mano y la llevó al sofá.

—También he comprado esos pastelitos salados que tanto os gustan, un

poco de todo.

Daniela se sentó al lado de Sofía. Y Sofía la abrazó.

En pocas semanas, todo volvió a la normalidad. Laura seguía con su trabajo, en el que era feliz, lo disfrutaba mucho y cada vez estaba más segura. Eduardo se había acostumbrado a la vida con ellas, y cada día estaba más unido a Laura y se desenvolvía mejor con las niñas. Alba seguía con sus estudios y con Mario, era difícil superar la distancia. Mario no podía venir tanto como él quería, tenía que trabajar más en su puesto para demostrar que se lo merecía, y Alba tampoco lo podía visitar tanto como deseaba, pues quería acabar cuanto antes la carrera y estar a su lado. Tenía miedo de que el amor que sentían no fuese suficiente para superar la distancia y que el esfuerzo de Mario acabase con su relación. Diego había conseguido arreglar todos los papeles del bar, le había devuelto el dinero a Daniela y a Eduardo y por fin había conseguido abrirlo al público. El bar había cambiado totalmente, Diego lo había dejado como él siempre había querido. Ahora, el sótano era una pequeña sala de conciertos donde él había colocado su piano. La inauguración del local fue todo un éxito, y eso ayudó a Diego a superar la ruptura con Omar. Daniela intentaba estar bien, había llenado todas las horas libres con más trabajo y con el cuidado de Sofía y Lola. Diego había sido el elegido para escribir las cartas y postales a Sofía y a Lola, y eso las ayudaba a que llevasen mejor la espera del regreso.

En unos días, Daniela tenía cita con el médico, Laura y Alba le habían insistido, le veían peor cara y el cansancio era más evidente. Todo lo que había sufrido ahora le pasaba factura y debía cuidarse. Daniela aceptó y Alba la acompañó. El médico le hizo varias pruebas y le quitó importancia a los síntomas que Daniela le contaba después de escuchar que había pasado una mala época con mucho estrés y que estaba segura de que, cuando descansase, su cuerpo volvería a la normalidad. El médico le recomendó reposo y le dio cita para recoger en unos días los resultados de los análisis, entonces verían qué tratamiento necesitaba para recuperarse.

Alba decidió llevarse a Daniela de compras, hacía mucho tiempo que no lo hacían y hacía un día soleado, sin demasiado calor, que incitaba a ello. Alba la llevó a la peluquería, necesitaban un cambio de *look*, y Daniela se dejó convencer. Después fueron a buscar a las niñas, comerían fuera, en alguna hamburguesería, y más tarde irían al cine. Sería un día perfecto.

Daniela recibió la llamada del médico antes de la cita, le pidió que fuese a la consulta, ya tenían sus resultados, podía verla esa misma tarde, había tenido una anulación. Daniela aceptó preocupada. Decidió no avisar a sus hermanas, se llevaría a Sofía y a Lola con ella. Sofía y Lola se quedaron en la sala de espera. Daniela pasó a consulta.

—Tenía ganas de verte, Daniela, te había visto muy preocupada, al igual que a tu hermana, y les metí un poco de prisa en el laboratorio.

Daniela estaba en silencio, esperando ansiosa el resultado.

—Enhorabuena, Daniela, estás embarazada.

—¿Qué? ¿Embarazada? ¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro, estás casi de tres meses, así que mis recomendaciones son que guardes reposo hasta que te encuentres con más fuerza, te tomes lo que te voy a recetar y la enfermera te dará todas las siguientes citas para el control rutinario y para que vayas al especialista. Pero no tienes por qué preocuparte, todo está perfecto.

Daniela recogió todos los papeles que le entregó la enfermera y se fue con Sofía y Lola a casa. Una vez allí, telefoneó a Laura.

—Estoy embarazada.

—¿Quién es? ¿Qué?

—Daniela, soy Daniela y estoy embarazada.

—*Estás segura. ¿Dónde estás?*

—En casa, el médico me telefoneó por la mañana, tenía los resultados y una cita, fui, me dio la noticia y estoy en casa.

—*¿Estás bien? ¿Se lo has contado a Alba?*

—Sí, estoy bien, la voy a llamar ahora.

—*Voy para casa.*

—Tranquila, no hace falta.

—*Voy ahora.*

Daniela llamó a Alba y le contó la noticia. Alba le dijo que iba enseguida a casa. Daniela, al colgar, pensó en Matías, en lo felices que estaban sus hermanas, y Matías quizás nunca supiese nada de ese hijo, y su hijo tampoco sabría nada de su padre. No podía pensar más en Matías. Ahora tenía otro motivo para despertarse por las mañanas, pensar en el futuro y olvidarse de las tristezas. Alba y Laura llegaron a la vez y se abrazaron a Daniela.

—¿Qué te ha contado el médico? ¿Todo está bien?

—Todo está bien, tengo que guardar reposo, tomar unas vitaminas y ya está.

—A partir de ahora, nosotras nos ocuparemos de todo, no tienes dé que preocuparte.

—Solo serán unas semanas, después ya me dirá si sigo con el reposo o no.

—No vas a hacer nada, esto es un regalo de la vida, una alegría —dijo Alba. Daniela le lanzó un cojín.

—Eres una cursi. Os digo pocas veces que os quiero mucho y que sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Sin vosotras no estoy segura de que hubiese podido superar todo esto. —Daniela lloró y todas comenzaron a llorar, Alba y Laura se abrazaron a ella.

—Todo saldrá bien, Daniela.

—¿Por qué lloráis? —preguntó Lola entrando en el salón.

—Ven, Lola, y tú también, Sofía, tengo que contaros una cosa.

—¿Qué?

—Vais a tener un hermanito, o hermanita, en unos meses. —Daniela cogió la mano de Lola y la colocó sobre su barriga, y después la de Sofía—. Está aquí, va ir poco a poco creciendo.

Sofía se separó de Daniela.

—¿Qué te pasa, Sofía? ¿Te has asustado? Quizás no os lo he explicado

bien.

—No quiero tener un hermanito, no quiero. —Se fue a la habitación.

Daniela la buscó. Encontró a Sofía llorando desconsolada.

—¿Por qué lloras, mi vida? —Daniela la abrazó—. Yo te voy a querer igual, nada va a cambiar.

—No quiero que te mueras.

Daniela se dio cuenta, al oír a Sofía, de que Silvia había muerto en el embarazo de Lola. Abrazó a más fuerte a Sofía.

—No me voy a morir, Sofía, no va a pasar nada. Los médicos me van a cuidar mucho, y también Laura, Alba, Eduardo, Diego, Lola y tú.

—Y papá también.

—Cuando regrese, también. Cuando vaya al médico, puedes venir conmigo, y él te dirá que todo está bien. ¿Qué te parece?

—Te voy a cuidar mucho, mamá, me voy a portar muy bien y cuidaré muy bien de mi hermanito o hermanita.

—Ya lo sé, mi amor, todos cuidaremos de él. Esta vez, tendrás mucha ayuda, mi niña. Te quiero mucho, Sofía, te adoro. —Daniela la abrazó—. Vamos al salón, creo que tu tío Eduardo ya ha llegado y seguro que trae pasteles.

Eduardo había llegado, después lo hizo Diego. Los dos se abrazaron y la felicitaron. Eduardo la besó en la frente, venía cargado de pasteles y flores.

—Creo que no me he olvidado nada. ¿Qué tal estas? Estas flores son para ti —le dijo Eduardo.

—Muy bien, hombre de los pasteles, solo estoy un poco cansada.

—¿Cómo se va a llamar? Diego es un nombre precioso.

—Todavía es un poco pronto, no sé si será una niña o un niño. Es raro, tengo aquí un ser pequeñito creciendo y no sé cómo se cuida un bebé.

—No lo digas así, parece un alíen. Lo harás muy bien, aprenderemos a cuidarlo, podemos bajar videos de internet —le dijo Alba riéndose.

—Yo me ofrezco a cuidar de él cuándo necesites descansar, y a cambiar

los pañales de Diego.

—Quieres que me haga a la idea, pero si es una niña, ¿cómo la llamamos?

—Va a ser un niño, yo también vivo aquí, Diego.

—Ya, si Eduardo es un nombre bonito, largo, pero bonito. Y cuando tengáis niños, piénsalo, quizás quieras llamar Eduardo al primero o al segundo o al tercero, y no vamos a tener dos niños con el mismo nombre, serían muy raritos cómo los llamarían, los Eduardos.

Todos se rieron.

—No había pensado en eso, mi primer hijo.

—No pienses tanto que todavía queda mucho —le dijo Laura mientras lo besaba.

Pasaron la noche hablando del futuro, Sofía ya estaba más tranquila, aunque no se quería separar de Daniela. Esa noche Sofía y Lola durmieron con Daniela.

Eduardo, animado por el embarazo de Daniela, decidió que había llegado el momento de pedirle a Laura que se casaran. Él deseaba que todo el mundo se enterase de que era la mujer que amaba y que iban a estar juntos toda la vida. Decidió ponerse manos a la obra. Con la complicidad de Diego y de Alba, prepararon una cena íntima en la parte de debajo de la cafetería, todo estaba precioso. Como cada sábado, irían a cenar fuera y él aprovecharía para llevarla allí a tomar unas copas primero, lo tenía todo preparado, la música, la comida, nada podía faltar. Eduardo estaba seguro de que Laura aceptaría casarse con él. La cafetería estaba llena. Eduardo desapareció a los pocos segundos como Alba le había dicho. Alba le pidió a Laura que le bajase unas botellas a la barra de abajo, ella no podía con todas. Alba esperó a que Laura estuviese dentro para cerrar la puerta con llave y colgó un cartel para que nadie los molestase.

Laura no podía creer lo que veía, Eduardo estaba más guapo allí abajo, su cara irradiaba felicidad cuando sonreía. El lugar estaba precioso, todo lleno de rosas y de pequeñas lucecitas que lo iluminaban. La mesa estaba en el centro, con dos sillas, y en una esquina muchos cojines y una pequeña mesa

con copas y una botella de cava enfriándose.

Eduardo se fue hasta donde estaba ella y la cogió de la mano para acompañarla a la mesa; en la habitación se oía a su cantante favorito.

—Pensé que podíamos cenar solos esta noche, sin que nadie nos moleste, algo diferente.

—Me parece una idea maravillosa, está bien que por una noche no nos vengán a saludar tus amigos mientras cenamos.

—Siéntese aquí, señorita.

—¿Qué has preparado de cena?

—La cena la ha preparado Diego, cocinar no es lo mío.

—Entonces estará buenísimo todo.

En los postres, Eduardo le entregó una caja grande con un gran lazo. Laura, al verla, pensó que se había equivocado al creer que todo aquello era para pedirle matrimonio, se sentía triste de que no fuera eso, estaba preparada y deseando casarse con Eduardo.

—¿Qué es? —le preguntó Laura.

—Tendrás que abrirlo.

—Pero es que yo no te he comprado nada.

—Venga, ábrelo.

Laura levantó la tapa y encontró en medio de la caja un anillo sujeto por un lazo rojo, empezó a sonar su canción preferida y Eduardo se arrodilló.

—¿Quieres casarte conmigo, Laura?

—Sí, Eduardo.

Eduardo desató el anillo y se lo colocó en el dedo, luego se besaron y, en aquel lugar sacado de una película romántica, Laura y Eduardo hicieron el amor sobre aquella cama de cojines.

Alba y Diego cerraron la cafetería ya de madrugada, abrieron la puerta suavemente para no molestarlo y dejaron una copia de las llaves de la cafetería en la barra, con una nota que decía «felicidades».

A la mañana siguiente Laura les informó de la noticia a Daniela y a Alba.

—Ya era hora de que le dijese que sí, nos lo tenías ya muerto de miedo preparándolo todo por si volvías a decir que no.

—Pues ya está, nos vamos a casar en serio, me voy a casar.

—Y tiene que ser una boda por todo lo alto, quiero que todo el mundo se entere de que vas a ser mi esposa. Es mejor que si ganase un título de liga el Sporting —les dijo Eduardo entrando en la cocina.

—Tampoco te pases, no es lo mismo, cuñado —le contestó Alba abrazándolo.

—¿Dónde os queréis casar? ¿Habéis hablado de algún sitio?

—Lo único que quiero es que sea pronto, no quiero que nos volvamos locos con los preparativos y que se hagan eternos —respondió Eduardo.

—Estoy de acuerdo, quiero algo sencillo, romántico, no lo sé...

—¿En la playa? —le preguntó Daniela.

—Es difícil, ¿no? No, será sucio, no sé qué dirá mi madre —intervino Eduardo.

—Tu madre me adora, Eduardo, hablaré con ella, seguro que ya tiene pensado algo. ¿Ya se lo has contado?

—Voy a hacerlo ahora. —Eduardo salió de la cocina, se le había olvidado llamar a sus padres. Después se comunicó con Mario, quería contarle la noticia y pedirle que fuese su padrino. Mario aceptó sin pensárselo, quería pasar unos días con Alba y acompañar a Eduardo en un día tan importante para él.

Consiguieron fecha enseguida, la madre de Eduardo estaba feliz ayudando a Laura con todos los preparativos, lo tenía todo planeado desde que Eduardo se había ido a vivir con Laura.

Encontraron un lugar precioso en una aldea, en la costa asturiana, con una iglesia pequeña, pero donde la madre de Eduardo podía dejarse llevar. Eligieron un día soleado de verano, sin mucho calor. Celebrarían el banquete y la fiesta en una casa antigua con unos jardines inmensos. Laura estaba terminando de vestirse en una de las habitaciones de esta mientras preguntaba

a Daniela por su madre; estaba nerviosa quería que la boda fuese perfecta sin incidentes. Su madre había aceptado asistir solo si podía ir acompañada de su padre. Laura aceptó, quería que todo fuese normal, o que lo pareciese. Daniela la tranquilizó.

—Todo será perfecto, Laura, no quiero que pienses en nada malo. Hoy es un día especial para ti y para Eduardo, quiero que pienses solo en vosotros dos y en nada más. Yo me encargaré del resto. —Daniela se fue a la habitación de al lado, quería terminar de peinar a Sofía y a Lola, las dos serían las encargadas de ir lanzando las flores delante de Laura y estaban nerviosas.

Alba se quedó con Laura ayudándola a ponerse los zapatos. A Daniela se le notaba ya el embarazo estaba casi de cinco meses y para la fiesta había elegido un vestido flojo para que nadie se diese cuenta, esperaba que funcionase, no quería quitarle protagonismo a Laura ni dar explicaciones. Solo los vería ese día y después ya no volvería a encontrarse con ellos en mucho tiempo.

Todo estaba preparado para el inicio de la ceremonia. Eduardo la esperaba debajo de un arco de flores. Sofía y Lola empezaron a caminar lanzando suavemente las flores. Laura apareció del brazo del padre de Eduardo, quería agradecerle así todo lo que la había apoyado. Empezaron a sonar los acordes de una canción que Eduardo había elegido sin decirle nada a ella. Era su canción, la canción con la que se descubrieron y se reconocieron. Fue en una fiesta de la universidad, Laura la cantaba cuando miró a Eduardo, que también lo hacía. Apenas empezaba a ser conocida, pero para Laura fue especial verlo cantando aquella canción. Laura estaba feliz. Eduardo recordaba aquel momento igual que ella. La magia había existido en aquellos segundos, su cara tenía una luz maravillosa que nunca antes había tenido, no podían dejar de sonreír mientras se miraban.

La ceremonia fue muy emotiva, el sacerdote que los casaba conocía a Eduardo y a su familia desde que era pequeño. Era algo que la madre de Eduardo les había pedido, y ellos habían accedido. Laura y Eduardo no

pudieron evitar llorar.

Al terminar, todos se dirigieron a los jardines, allí empezaría la fiesta. Laura y Eduardo se refugiaron en la habitación donde Laura se había vestido de novia. Allí se besaron y se abrazaron celebrando que ya estaban casados. Enseguida se reclamó su presencia en la fiesta y aparecieron cogidos de la mano. Todo fue perfecto, como ella había deseado, después de tantos nervios. Eduardo se puso de pie y le pidió a los invitados que guardaran unos minutos de silencio porque quería decir unas palabras.

—Primero, quiero agradecer a todos estar aquí compartiendo este momento tan importante de nuestra vida y celebrar nuestra felicidad. Pensé en robar algún poema para leer ahora y poder dedicárselo a mi esposa Laura, pero no podía empezar nuestro matrimonio utilizando las palabras de otro para describir mi amor. Laura es mi destino, no encuentro otras palabras que lo describan mejor, la necesito en mi vida. Desde el primer momento en que te vi, Laura, escondida entre tus libros, con aquel montón de papeles desordenados, supe que eras la mujer de mi vida. Siempre sacas lo bueno de mí, me haces sonreír nada más levantarme porque estas a mi lado y, aunque el día sea desastroso, sé que tú vas a estar ahí, apoyándome. Me has dejado entrar en tu familia y formar parte de ella, me has abierto tu corazón y te amo, Laura.

Laura no pudo esperar a que terminase, se levantó y lo besó. Todos empezaron a aplaudir y a gritar «viva los novios».

Mario estaba hablando con los que hace poco habían sido sus compañeros de trabajo, eran amigos de Eduardo. Uno de ellos le preguntó el motivo de que hubiese dejado la universidad tan repentinamente. Mario buscó a Alba, que estaba cerca, la cogió de la mano y la llevó hasta allí, entonces se las presentó.

—Esta es mi novia Alba, estudia derecho aquí. —Sus amigos se quedaron sin palabras durante unos segundos.

—Has acertado con tu decisión. Es un buen motivo para cambiar de universidad —le respondió uno de ellos riéndose.

—Sí, yo también lo creo, hace mucho que no te veo por las clases, Alba — intervino otro.

—He estado muy liada con otros asuntos, pero intento llevarlo todo al día. Organizar una boda es más complicado de lo que yo creía. ¿Nos disculpan un momento? —les pidió Alba.

—Sí, claro.

Alba se llevó a Mario a un lugar más apartado para recriminarle lo que había hecho. Él la cogió por la cintura y la besó sin hacerle mucho caso a lo que le decía.

—Te quiero, Alba, y quiero que todo el mundo lo sepa. Es mejor que se vayan haciendo a la idea. Dentro de unos años nosotros seremos los protagonistas de una boda.

—No corras tanto, Mario. ¿Y qué van a decir ahora?, esta noticia se extenderá por la facultad y todo el mundo hablara de mí.

—Lo siento, no había pensado en eso, solo quería que todo el mundo se enterara ya de lo nuestro. Hoy estas hermosa, lo siento, he bebido demasiado, tenía muchas ganas de verte, de estar contigo. ¿Podrías perdonarme?

—No lo sé todavía, tendrás que hacer que me olvide de ello.

—Lo intentaré. —Mario la besó.

Daniela buscó a Alba y a Mario. Laura y Eduardo se iban ya de luna de miel y querían despedirse primero de ellos, sin agobios. Lo hicieron deseándoles que disfrutasen mucho y que volviesen pronto, los echarían de menos en casa.

Matías se enteró de la boda de Laura y de Eduardo a través de internet. Había salido en varios medios de comunicación. La familia de Eduardo era muy conocida y el gran número de invitados había llevado a estos. En la noticia apareció la foto de Laura y Eduardo partiendo una tarta enorme, hecha a base varias de muchos sabores diferentes, otra en la que salían los padres de Eduardo junto a ellos. Estaban felices y Laura estaba hermosa. Busco más

fotos y encontró otra de Laura y Eduardo junto a Sofía y a Lola. Matías lloró al ver la foto, estaban más grandes, estaban tan hermosas y tan sonrientes con Laura, parecían unas princesas. Se sintió tranquilo. Daniela había cuidado de sus hijas, estaban sanas, felices y disfrutando de una fiesta familiar. Encontró una foto de las dos besando a Laura, se rio, siguió viendo otras, quería encontrar a Daniela, pero no había más. El resto era de invitados más importantes. Quería ver a Daniela, lo deseaba tanto, ¿por qué no había fotos de ella, era la hermana de la novia? «Daniela, Daniela», pensaba Matías, y su nombre retumbaba en su cabeza. Matías cerró el ordenador de un golpe y lo lanzó contra la pared. ¿Qué estaba haciendo en aquella habitación de hotel en Londres? No soportaba más estar allí con Úrsula, solo el alcohol lo ayudaba a superar los días. Se acordaba de la fecha que había visto en las fotos de la boda y no recordaba llevar allí tanto tiempo. Úrsula entró en la habitación, estaba destrozada. Matías lo había puesto todo patas arriba. Y él estaba tirado en la cama.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Matías, te estoy hablando ¿Qué ha pasado?

Matías se levantó de la cama y se abalanzó sobre Úrsula, la sujetó por el cuello, contra la pared, y se acercó a sus labios.

—Me das asco.

—Tú, a mí, también. ¿Qué has tomado? ¿De dónde has sacado el alcohol?
—Úrsula consiguió soltarse.

—No te soporto, has destruido mi vida. Mírame, ya no soy nada, soy un trapo, soy menos que una sombra de lo que era. Eres una vieja amargada que solo tiene dinero, nadie te quiere, a nadie le importas, si no, ¿qué haces aquí, cuánto hace que no ves a tu familia?

—Supongo que te has enterado de la boda de la chica esa y te has dado cuenta de que a ti nadie te quiere, que son felices sin ti, que la vida sigue y que Daniela tiene otro amor, por eso has montado esto. ¿Sabes lo que me va a costar pagar tus destrozos? ¿Cómo te has enterado?

—¿Y tú? ¿Cómo te has enterado tú? ¿No estarás vigilando a Daniela? —

Matías la agarró del brazo.

—Suéltame, imbécil, mi marido estaba invitado, así de fácil, Matías. A mí sí me quieren y sí me llaman. No soy como tú. Si no te pasases los días borracho, te darías cuenta. Pediré que nos cambien de habitación, vete recogiendo tus cosas. —Úrsula se fue de la estancia.

Matías dio varias vueltas por la habitación y se fue. Caminó por aquellas calles desconocidas, sin saber qué hacer, cómo seguir adelante, se había equivocado en todo. Matías bebía mientras pensaba que no tenía motivos para seguir vivo, odiaba en qué se había convertido, nadie lo necesitaba. Daniela había empezado una nueva vida sin él, era feliz con otro hombre, nadie lo echaría de menos. Bebió el último trago de la botella.

A la mañana, siguiente se despertó en el sofá de un apartamento desconocido, no podía abrir los ojos.

—Ya estás despierto, me alegro de que sigas vivo. Puedes darte una ducha si quieres, pero primero bebe esto.

—Omar.

—Sí, Matías, soy Omar.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Con la ayuda de unos amigos que me ayudaron a cargarte. Te encontré tirado en una esquina, no me lo podía creer, Matías, cuando te vi. ¿Qué te ha pasado?, casi no te reconozco.

Matías se sentó en el sofá.

—No sé qué hacer, lo he perdido todo, mi vida no tiene sentido.

—Matías, todo tiene solución, puedo ayudarte, saldrás de esta. ¿Por qué no te duchas, te pones algo de ropa limpia y después me lo cuentas con una buena comida? Tienes que comer algo.

Matías obedeció a Omar, se duchó, se puso ropa limpia y volvió al salón.

—¿Te encuentras mejor?

—Al menos huelo mejor.

—Cuéntame qué haces aquí

—No quiero hablar de eso ahora, me da asco pensarlo. ¿Y tú qué haces aquí?

—Vivo y trabajo aquí, pensé que lo sabías. Paso unos meses aquí y otros en Madrid.

Se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Y Diego? ¿Lo has vuelto a ver?

—No, no sé nada de él desde que rompimos. ¿Y tú sabes algo de él?

—No.

—¿Qué haces aquí, Matías? ¿Cómo has llegado a estar así?

—Estoy aquí por culpa de ser un cobarde, no tuve el valor para enfrentarme a los problemas. Acepté lo que nunca tenía que haber aceptado y por eso estoy aquí. La vida no es tan fácil, todavía manda el dinero, Omar, y tuve miedo. Tengo que irme ya, si no esa mujer se puede poner nerviosa y...

—No entiendo nada, Matías. ¿Qué mujer?

—Una, ¿qué más da? Le vendí mi vida a ratos y después se creyó con derecho a tenerla para siempre. —Omar se quedó en silencio—. Así es mi vida ahora, silencio, está vacía, no soy nada.

—Algo podrás hacer, no vas a estar así eternamente, Matías, alguna solución habrá. ¿Daniela sabe algo de esto?

—Daniela sabe que soy un cerdo, el peor hombre que se ha encontrado en la vida.

Los dos terminaron de comer en silencio. Omar le dio su número de móvil, todavía iba a estar unos meses en Londres, después volvería a España. Podía buscarlo para hablar, para emborracharse, él estaría esperándolo.

—Matías, no sé mucho de lo que ha pasado, pero quizás es el momento de que dejes de ser un cobarde. Sé que yo no soy el más indicado para dar consejos, tampoco quise seguir luchando por Diego. Pero puede ser el momento de dar un paso adelante.

Matías se fue pensando en las palabras de Omar.

Úrsula lo recibió con gritos, se había preocupado por su desaparición, llevaba meses sin salir de aquella habitación y esa noche no había aparecido.

—No quiero hablar, Úrsula, quiero dormir.

—¿Dónde has estado? ¿Estuviste con otra mujer? Contéstame, te estoy hablando.

—Esta ciudad es muy activa por la noche, sí, activa, hay mucho que hacer, muchas mujeres ricas que jamás conocerás, y todo me da igual después de estar contigo, puedo hacer cualquier cosa.

Matías se metió en la cama y se tapó. Úrsula se fue al spa del hotel, tenía que pensar cómo mantener a Matías a su lado. Ya no tenía formas. ¿Cómo lo iba a hacer si ya no le importaba Daniela ni sus hijas, si ahora empezaba a salir por las noches a buscar otras mujeres? ¿Y si encontraba alguna que pudiese ofrecerle más que ella? A lo mejor todo era una mentira de él, solo quería asustarla, hacerle daño. Matías no se podía fijar en nadie más, y quién se iba a fijar en él, su aspecto había cambiado mucho, ya no era ese hombre atractivo del que se había enamorado. Llevaba meses sin hacer el amor, sin sentir sus caricias. Úrsula se preguntó qué estaba haciendo allí, por qué estaba aguantando eso. ¿Estaba enamorada de Matías? ¿Lo deseaba tanto como antes? Decidió que esa noche irían a cenar fuera, si le daba un poco de libertad, él podría volver a ser el de siempre. Matías aceptó, cualquier opción era buena antes que quedarse allí encerrado otra hora más. En el camino al restaurante, dentro del restaurante, Matías coqueteaba con todas las mujeres que se le acercaban. En el transcurso de la cena, Matías recibió una llamada al móvil, algo que los sorprendió, nunca antes había sonado, ese número solo lo tenía Úrsula. Matías miró la pantalla y vio que decía Omar, se levantó y se fue a hablar fuera. Se disculpó con un escueto «ahora vuelvo».

—¿Qué tal estas, *Matías*? *No he sabido nada de ti en todo el día, me tenías preocupado.*

—Sigo vivo si eso es lo que querías saber.

—Está bien, por algo se empieza. ¿Quieres que quedemos?

—Sí, ¿dónde estás?

—*Te mando la dirección, es un local buenísimo donde sirven las mejores hamburguesas de Londres.*

Matías buscó un taxi y se fue sin despedirse de Úrsula. Se encontró con Omar, comieron hamburguesas, hablaron de sus tristezas y bebieron para hacer desaparecer el dolor. Matías volvió al hotel al amanecer. Úrsula lo esperaba despierta. Matías no hizo caso a sus gritos y a sus reproches, se metió en la cama y se quedó dormido. A las pocas horas, Matías se despertó. Úrsula se había metido en la cama con él y lo estaba besando y acariciando. Matías se levantó.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—Matías, me he cansado de esperar, quiero que vuelvas a ser como antes, quiero...

—No va a ocurrir nunca, me das asco, no te soporto. ¿No lo entiendes?, ni borracho podría volver a acostarme contigo, mírate en el espejo. No te vuelvas a acercar a mí porque no sé lo que puedo hacer si me vuelves a tocar.

—Matías se vistió.

—No te vayas, dime qué tengo que hacer, haré lo que quieras. No puedo estar sin ti.

Matías se soltó de Úrsula.

—No quiero volver a verte, es lo único que tienes que hacer por mí. — Matías se fue, buscó a Omar, le contó que ya no podía más, que si seguía al lado de aquella mujer cometería una locura. Solo saber que podía aparecer por la puerta cuando estaba en la habitación lo llenaba de rabia, de ira, no podía volver a verla. Omar le aconsejó que se quedase esa noche, era mejor que no volviese, tenía que dejarla, irse lejos, comenzar una nueva vida.

—¿Una nueva vida? ¿Para qué?

—Para no seguir con esta, Matías, tienes dos hijas. Piensa en ellas. Inténtalo.

A la mañana siguiente, Matías fue al hotel. Úrsula estaba en el spa, como era habitual a esas horas, buscó la caja fuerte, alguna vez había visto el número que utilizaba Úrsula, y después de varios intentos, consiguió dar con

él. Sacó sus documentos de identidad y su pasaporte, vio los papeles de Úrsula y el dinero y los cogió, recogió algo de ropa y se fue del hotel. Salió a la calle y empezó a dar el dinero a la gente que se encontraba pidiendo. Matías escribió una carta al marido de Úrsula donde le contaba todo lo que su mujer había hecho desde que él la conocía, quién era, quería que supiese su nombre, cómo Úrsula se había estado riendo de él. La metió en un sobre con todos los documentos de Úrsula y la envió. Úrsula tendría que explicar cómo había perdido los documentos y el dinero. Matías confiaba en que ella sola se descubriese, que sufriese lo mismo que él había sufrido. Matías llegó al apartamento de Omar pidiéndole ayuda, necesitaba un cambio.

Alba y Mario iban a dar un paso más en su relación. Mario iba a dejar su puesto en la universidad para escribir un libro sobre su especialidad. Escribir e investigar era algo que siempre había deseado hacer, pero que lo había ido dejando apartado para no defraudar a sus padres. Pero ahora, con Alba, se sentía más fuerte, quería luchar por hacer lo que deseaba, intentarlo. Mario buscó un apartamento en el edificio de Alba, había uno que hacía mucho tiempo que estaba puesto en venta o en alquiler, llamó para informarse. Estaba destrozado en el interior, apenas había algo que estuviese bien, tendrían que reformarlo entero y los propietarios no querían bajar el precio, ya lo habían bajado mucho con la crisis y habían perdido mucho dinero. Mario se lo pensó, lo visitó varias veces sin que Alba se enterase, quería estar seguro de que podían vivir allí.

Mario tenía que regresar, Alba lo había pasado mal en la universidad después de su comentario en la boda y había decidido ir lo mínimo a clase, estaba pensando en hacer la carrera a distancia, y él ya no quería seguir en aquella ciudad, solo. Llevó a Alba al apartamento, era pequeño, estaba destrozado, pero podrían comenzar una nueva etapa de su vida. Le contó que no quería regresar a aquella ciudad donde ella no estaba, no quería volver a aquella casa en silencio. Alba miró a su alrededor.

—Es asqueroso, seguro que hay miles de arañas, de bichos, incluso ratas, ya me está picando todo.

—Mírame, yo las mataré todas, acabaré con todos los bichos.

Alba lo besó.

—Eres mi héroe, yo también quiero vivir contigo, quiero estar a tu lado. No quiero volver a esa universidad en la que tú no vas a aparecer por los pasillos, no quiero estar esperando tus llamadas y solo tener tu voz.

Mario la besó.

—Entonces nos quedamos con él.

—Sí, hay que hacer mucho, pero estoy cerca de Daniela para cuando nazca el bebé, solo nos separaran unos pisos.

—Menos mal que aceptas, ya lo he comprado. Vamos al notario, ya quiero que los dos aparezcamos en las escrituras, es nuestra casa, nuestro hogar.

—¿Estás seguro?

—Sí, Alba.

—Yo tengo trabajo, lo podemos pagar a medias...

—No pienses en eso ahora, todavía nos queda mucho por hacer aquí, así que ya hablaremos de dinero, no te agobies con eso. Primero, vamos a firmar y que sea nuestro.

—Tendremos que arreglarlo antes de que lo vean mis hermanas, si no, no me dejarán vivir aquí. ¿Tengo alguna araña? Me pica todo.

—Vámonos ya, cerraré bien para que no se escapen las arañas.

Aquella noche, Alba los reunió y les contó sus planes con Mario. Estaba feliz, ilusionada. Les pidió que le dejaran unos días antes de enseñarles el piso por dentro, por ahora solo les enseñaría la puerta de entrada y el buzón. Daniela se reía, Alba había crecido muy deprisa. En pocos días se iría a vivir con Mario y empezaría una relación seria con él, confiaba en que todo saliese bien. Mario era una buena persona, que amaba a Alba. Daniela y Laura se reían escuchando a Alba hablar de comprar muebles o de que se llevarían los que tenía en la habitación, de que necesitaba vasos, toallas, cubiertos y cortinas, de que compartirían el baño los dos solos y no podrían echarle la culpa a Sofía y a Lola.

—Ahora puedes utilizar mi habitación para el bebé, podemos pintarla de amarillo pollito o de verde...

—Tranquila, Alba, esa habitación se va a quedar así. Los muebles te los puedes llevar, claro, si esa cama hablase. Prefiero poner su cuna en mi habitación, cerquita de mí.

—Sí, está bien, entonces la cama me la llevo.

—Puedes llevarte lo que quieras, pero será más divertido que compréis juntos las pequeñas cosas, los vasos, los platos, y por la habitación no te preocupes, que ya veremos qué hacemos, no hay prisa.

Todo eran cambios en la casa de las hermanas Castro. Renovaron toda la decoración de la casa y lo iban preparando todo para la llegada del nuevo miembro. Colocaban protectores a los enchufes, barreras en la escalera, sujetaban bien los cuadros, no querían que se les olvidase ningún detalle. Daniela todavía no sabía si era niño o niña, quería esperar al momento del parto. Toda la ropita la compraban en colores neutros, ya quedaban muy pocos días para que Daniela saliera de cuentas, y cuanto más se acercaba el momento de ver la carita de su bebé, pensaba más en Matías. «¿Que estará haciendo ahora? ¿Dónde estará? ¿Será feliz? ¿Pensará en mí?». Recordaba sus besos, sus caricias, sus sonrisas, sus abrazos, y se acordaba de que todo había sido mentira, que Matías la había utilizado y, aunque rememoraba cada una de sus palabras, no podía creer que todos los momentos vividos con él habían sido mentiras, que formaban parte de un plan. No podía creer que Matías fuese así. Daniela tenía miedo de que le ocurriese algo durante el parto, los miedos de Sofía se habían instalado en ella según se acercaba ese momento. Sabía que todo estaba bien, que los médicos se ocuparían de que todo saliese bien, pero Daniela tenía miedo. Si pasaba algo, Sofía volvería a sentirse sola, al igual que Lola y su bebé, nunca la conocería y tampoco conocería a su padre. Daniela había hablado con Eduardo de sus miedos y le había pedido que la ayudase a dejar todos los papeles preparados por si ocurría algo, quería que sus hijas estuviesen protegidas, que su parte de la casa fuese de ellas y que Laura y Eduardo los cuidasen a los tres. Sabía que

era pedirle mucho, pero confiaba en que nunca tuviesen que saber nada sus hermanas de aquellos papeles. Eduardo aceptó y le guardó el secreto, comprendía que era lo mejor, hablar de eso solo haría que todos estuviesen más tensos según se aproximase el día, y lo único que debían pensar era en que todo iba a salir bien. Daniela estaba tranquila, si Matías aparecía algún día, le costaría reclamar a sus hijos y ellos estarían protegidos al lado de sus hermanas.

A los pocos días de arreglar aquel asunto, Daniela se puso de parto, todo se había adelantado y se pusieron nerviosos. Daniela estaba en casa, durmiendo, Diego se había quedado con ella. Unos minutos antes, vieron películas y se rieron pensando en nombres. Sofía y Lola dormían desde hacía varias horas y sus hermanas habían salido a cenar con sus parejas, casi obligadas por Daniela. Necesitaban hacerlo, despegarse y dejar de mirarla un rato, les había dicho Daniela. Diego corrió a la habitación, Daniela se estaba vistiendo mientras lo llamaba. Diego despertó a Sofía y a Lola, les dijo que se pusiesen los abrigos, ayudó a Daniela a bajar las escaleras y la llevó al hospital. Sofía telefoneaba a sus tías, les contaba que estaban en el coche y que se iban al hospital. Diego les decía que estuviesen tranquilas, que él lo tenía todo controlado y Sofía lo repetía. En pocos minutos, todos estaban en el hospital. Laura y Alba entraron con Daniela para estar a su lado.

—No sé si aguantaré —les señaló Alba.

—Aquí tenemos que aguantar todas, así que nada de desmayarse ni de dejarme sola —le dijo Daniela.

En unas horas, el nuevo miembro de la familia estaba encima del pecho de Daniela.

—Has tenido un niño precioso y sano, todo ha ido bien —les anunció el médico.

Las tres lloraron mientras miraban a su niño, les daba miedo acariciarlo al verlo tan pequeño.

—Bienvenido, Diego —le susurró Daniela, y todas sonrieron.

Laura salió y buscó a todos. Los encontró en la sala de espera, en silencio.

Laura se limpiaba las lágrimas y todos la miraban sin atreverse a preguntar. Sofía se soltó de la mano de Eduardo y se acercó. Laura se agachó.

—Tu mamá está bien, mi amor, muy bien.

Sofía la abrazó.

—¿Qué ha sido? Laura, nos has dado un susto, casi me quedo sin respiración —le dijo Eduardo mientras la abrazaba.

—Es Diego —dijo sonriendo.

—¿Qué? —le preguntó Diego.

—Que es Diego, es un niño precioso y pequeñito, y su nombre es Diego.

—No me lo puedo creer, ¿de verdad?

—Sí, venid a verlo, nos han dado permiso.

Diego cogió en brazos a Lola y todos fueron a conocer a Diego.

En pocos días Daniela ya estaba en casa con el pequeño Diego, Guito, como lo había empezado a llamar Alba para que no hubiese confusiones, no le gustaba Dieguito, y con la ayuda de Sofía, le encontraron el nombre perfecto, Guito. A todos les gustó y les pareció muy tierno, lo hacía parecer todavía más frágil.

Matías consiguió trabajo de camarero, con lo que, con lo que ganaba, podía llevar una vida tranquila y pagarle a Omar su parte del alquiler y de los gastos. No volvió a saber nada más de Úrsula y tampoco le preocupaba. «Pasaré lo que tenga que pasar», pensaba Matías. Ya no tenía miedo, no se iba a esconder, pensaba en regresar a casa, volver a aquella ciudad donde vivía Daniela, buscarla, hablar con ella, abrazar a Sofía y a Lola. Pero dudaba, necesitaba tiempo para coger fuerzas. Mientras juntaba dinero para su regreso, de vez en cuando se sacaba algo extra tocando en el bar en el que trabajaba, eso lo ayudaba a seguir cuerdo. Alguna vez le habían ofrecido grabar una maqueta por la intermediación de Omar, que trabajaba en una discográfica pequeña, pero Matías había rechazado la oferta, solo quería cantar sus canciones allí, no quería más. A los pocos meses, Matías consiguió el dinero suficiente para el billete de regreso y para mantenerse las primeras

semanas hasta que consiguiese trabajo. Estaba nervioso esperando el avión. Se acercaría a Daniela, a sus hijas. Estaba preparado para luchar por ellas.

Matías regresó, buscó un sitio barato para dormir hasta que encontrase un trabajo, un apartamento. Aquel regreso le recordaba a la primera vez que había llegado, venía cargado de sueños, de ilusiones, enamorado de Silvia, con un bebé... Y ahora era más viejo y apenas un poco sabio. Volvía lleno de sueños, de ilusiones y enamorado de Daniela, de un imposible. No había hecho nada bien. En pocas semanas, Matías estaba instalado, recorría la ciudad y las ciudades vecinas tocando en algunos bares, mientras tenía un empleo de camarero en una cafetería por las mañanas. Había conseguido un pequeño grupo de fieles que lo seguían en los conciertos. En uno de ellos, Alba y Mario lo descubrieron. Alba había visto varios carteles en su universidad anunciando un concierto con el nombre de Matías en un bar de la ciudad. Alba se lo contó a Mario y decidieron ir. Ella no estaba segura de que fuese él, quizás era una casualidad, alguien con el mismo nombre, pero al no tener foto, tenía que comprobar si Matías estaba en la ciudad. Tenía miedo. ¿Qué hacía allí? ¿Cuándo había vuelto? ¿Se había ido en algún momento? No sabía qué hacer, si era el, cómo comportarse al verlo. Llegaron tarde y ya había comenzado. Alba miró el pequeño escenario y allí estaba él, era Matías, no tenía dudas, parecía más viejo, pero era él. Mario le preguntó si quería irse, pero ella decidió quedarse. Se sentaron en un rincón. Matías, en una de las veces que hablaba al público contando de qué iban sus canciones, vio a Alba. Se quedó en silencio, mirándola durante unos segundos. Matías comenzó a tocar la guitarra.

—Solo te pido que me escuches, sé que no me lo merezco, pero dame unos minutos, por favor. —Y se puso a cantar. El concierto acabó y Matías se acercó a la mesa de Alba.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Matías?

—Unos meses, tenía que buscar trabajo, un lugar donde vivir y reunir fuerzas para buscar a Daniela.

—¿Para qué?

—Tengo que hablar con ella, contarle qué ha pasado en mi vida, por qué hice lo que hice.

—Cuéntamelo a mí.

—Alba, tengo que hablarlo con ella, decirle que la amo, que lo único que deseo es volver a su lado.

—Volver a engañarla.

—No, por eso quiero hablar con ella, contarle lo que ha pasado, y después, una vez que se lo haya contado, cerrar esas heridas, esperar que me perdone, que me deje entrar en su vida. Sé que le hice mucho daño, le dije cosas horribles. Sé que también te hice mucho daño a ti y a Laura, las tres confiasteis en mí, sois mi familia, lo único que tengo junto a Sofía y a Lola que me hace levantarme por las mañanas.

—Cuéntame lo que le quieras contar a Daniela, dime tu verdad, no quiero que le hagas más daño.

Matías aceptó. El local estaba tranquilo y nadie los interrumpiría. Le contó todo lo que había pasado desde que conoció a Úrsula, qué había ocurrido en aquella comisaría y qué hasta ahora. Alba lo escuchó atentamente, al igual que Mario.

—¿Cuál es su apellido? ¿Cuál es el apellido de esa mujer, Matías?

—Del Valle, Úrsula del Valle, señora de Landeira.

Mario sé quedó en silencio y pálido.

—¿Qué ocurre, Mario? ¿La conoces? —le preguntó Alba.

—Estás mintiendo, Matías, tú eres el que ha utilizado a mi madre.

—¿Qué? Mario, ¿qué dices?, ¿cómo puede ser tu madre?

—Es mi madre, no te creo, Matías, le robaste, y ahora te inventas eso. Como sigas por eso camino, vas a tener problemas. No voy a consentir que manches el nombre de mi madre...

—Me lo vas a consentir porque es verdad, Mario, no me estoy inventando nada. Mírame, lo he perdido todo, estoy solo. No le tengo miedo a ella ni a ti. Si quieres, búscala, tráela aquí, o voy yo donde esté, a ver qué pasa. Si

también me dice que miento a la cara, no tengo miedo, no me puede quitar nada.

—No quiero que la veas ni que la busques, ella ahora esta con mi padre, se han dado una oportunidad, se van a ir a vivir al pueblo. Tú la enamoraste, la convenciste para abandonar a mi padre, con lo bien que él se había portado contigo. Después le robaste y la dejaste tirada en Londres porque ella no quería darte más dinero y quería volver porque nos echaba de menos. La has estado chantajeando desde que la conoces. No te creo nada.

Mario se levantó y se fue, Alba lo acompañó.

Matías se quedó en silencio, sentado en la silla, pensando en Úrsula. Ella había regresado y seguido con su vida donde la había dejado, y él lo había perdido todo y quizás no pudiese recuperarlo, porque la vida era así, injusta. Decidió irse a casa, no quería beber, tenía que controlarse, no podía cometer ninguna locura, confiaba en que Alba lo buscase. Llamó a Omar, hablar con él lo ayudaría a no beber.

Alba hablo con Mario cuando llegaron a casa. Estaba sorprendida, Mario nunca le había contado nada sobre su madre, apenas sabía nada de su familia. Ella pensaba que tenían una mala relación y que por eso nunca le hablaba de ellos, pero ahora estaba sorprendida. Mario le contó que la relación con sus padres era algo fría desde que se habían enterado de que estaba con ella y que había dejado la universidad. Siempre había sido fría su madre, nunca les había demostrado mucho amor. Su padre era diferente, pero a pesar de eso siempre había necesitado el cariño de su madre. Recordaba que, hacía varios meses, su padre le había hablado de que su madre necesitaba un descanso, vivir nuevas experiencias, y que por eso se había ido de viaje. Mario se extrañó de que él no la acompañase, pero su padre a veces murmuraba que ella no estaba sola. Mario había pensado que se había ido con alguna amiga, nunca hubiese imaginado lo que le contó unos meses después. Su madre se había enamorado de un hombre allí que le había robado al poco de conocerla, que ella se sentía muy mal y que él le iba a dar otra oportunidad. Todos cometían errores. Le había dado vergüenza contarle esa historia a Alba,

quería que cuando conociese a sus padres no fuese con prejuicios, que fuesen unos padres normales. Siempre les había llamado la atención a la gente la diferencia de edad que había entre ellos, su madre era la segunda mujer de su padre, y si le hubiese contado la historia de Londres... Le daba vergüenza. Alba le abrazó.

—Te amo, Mario, y siento que te hayas disgustado con ellos por mi culpa. Pero quiero que podamos hablar de todo, y si tenemos problemas, solucionarlos entre los dos.

—Eres mi vida, Alba, quería protegerte de ellos.

Alba se quedó abrazada a Mario, con la cabeza apoyada en el hombro de él. Los dos permanecían sentados en el sofá, en silencio.

—Si lo que Matías contó es verdad, ¿qué va a pasar?

—¿Le crees? ¿Crees que puede haber algo de verdad en esa historia, Alba?

—Matías es, no sé cómo decírtelo, es como un hermano mayor, no como Diego, pero es de esas personas que conoces y te da buenas sensaciones. Todo siempre fue muy extraño cuando empezó a trabajar para esa pareja, tus padres. Matías no era feliz y él, cuando lo conocimos, se dedicaba a eso para alimentar a sus hijas. Mario, si tengo que creer a alguien, quiero que sea Matías.

Mario buscó a su madre a la mañana siguiente, le pidió la verdad de lo que había sucedido en aquellos meses en los que estuvo ausente. Antes de que Úrsula comenzase a contarle su historia, Mario le advirtió que había encontrado al hombre del que les había hablado y que podían denunciarlo y meterlo en la cárcel. Pagaría por lo que le había hecho. Se lo contaría a su padre y juntos lo denunciarían, acabarían con él para que ella pudiese estar tranquila y nunca más se preocupase de él. No quería que viviese con miedo. Úrsula se quedó pálida, no le salían las palabras, qué podía decirle a Mario para calmarlo. Era la palabra de Matías y la de ella, ahora no contaba con el poder que tenía antes, ni con el dinero. La gente en la que había confiado antes ahora ya estaba fuera de la policía. Mario miró a su madre, su expresión había cambiado, su palidez, sus manos temblorosas. Repasó las veces que

había hablado con ella durante esos meses, no era una mujer infeliz. Recordó a su padre cuando le preguntaba por ella, él sabía que no estaba sola.

—¿Todo era mentira? Todo lo que nos contaste era mentira, no te conozco. ¿Por qué?, ¿por qué lo hiciste?, ¿por qué nos mentiste, por qué no te separaste? Dime algo, no te quedes callada, dime que ese hombre miente.

—Mario, escúchame, ese hombre miente, todo lo que te ha dicho es mentira.

—¿Cómo voy a volver a casa de Daniela, cómo voy a mirar a Alba? Tú eres la culpable de todo lo que han pasado. Cuando te presenté a Alba, ya sabías quién era, ¿verdad?

—Ya está bien, Mario, contrólate, te va a escuchar el servicio. Matías quiso hacerlo él, se podía haber negado, yo no lo obligué a nada, Mario. Le pagué muy bien por sus servicios, no soy culpable de nada. El intentó destruirme mandándole esa carta a tu padre.

Mario se sentó enfrente de su madre.

—Lo peor de toda esta mentira es que no me sorprende tanto. Te veo capaz de hacerlo. Todo lo que siempre he oído de ti, lo que he visto aquí, en casa. Tú eres así. Si quieres algo, lo tienes, ¿verdad? Da igual a quién te llesves por delante. Querías a mi padre y lo tuviste, te dieron igual la que era tu mejor amiga y sus hijos, los alejaste de esta casa porque lo querías para ti, y nosotros solo somos una parte de tu plan, la familia perfecta, una forma de asegurarte de que mi padre siguiese a tu lado a pesar de tus infidelidades. ¿Es mi padre? No me puedes mentir en eso, ¿él es mi padre?

—Sí, Mario, es vuestro padre, no te pongas tan histérico. Él tampoco es un santo.

—Ahora no puedo estar aquí ni cerca de ti, y si algo significo para ti, si me has querido algo, no vuelvas a acercarte a Daniela, ni a su familia, ni a ese hombre, e iros los dos lejos de aquí.

—Mario.

—No le voy a decir a nadie lo que sé, tranquila. Para mis hermanos serás una pobre mujer engañada y desvalida.

Mario se fue de la casa de sus padres, regresó a la suya, donde Alba lo esperaba preocupada. Allí le contó que Matías decía la verdad. Su madre había hecho cosas horribles, pero era su madre. No sabía qué hacer ahora. Alba lo abrazó. Ahora que sabía la verdad, no sabía qué hacer con ella, cómo contárselo a Daniela.

Matías descolgó el teléfono de la cafetería, había pocos clientes, marcó el número de Daniela y enseguida oyó la voz de ella al otro lado.

—¿Quién es?

Matías colgó rápidamente, se repetía que era un estúpido, que no debía haberlo hecho, debía esperar a que Alba lo buscara. Después de unos minutos, Matías volvió a marcar y, otra vez, Daniela descolgó rápidamente.

Daniela llevaba el teléfono junto a ella para que Guito no se despertara.

—¿Quién es? ¿Es una broma?

—*No me cuelgues, por favor.*

Daniela se sentó en el sofá.

—¿Sigues ahí, Daniela?

—Sí, ¿qué quieres?

—*Me gustaría ver a Sofía y a Lola, hablar contigo, tengo muchas cosas que explicarte.*

—¿Por qué las quieres ver? Me dijiste que no querías saber nada de ellas, ¿por qué quieres verlas ahora?, no puedo dejar que les hagas daño, Matías.

—*Solo quiero verlas, abrazarlas. Estoy en la ciudad y me voy a quedar aquí, necesito hablar contigo.*

—No, Matías, no puedo confiar en ti.

—*Lo entiendo, Daniela hablemos primero y después decide si puedo verlas.*

—Crees que puedes convencerme fácilmente si estamos a solas, ¿verdad? Será más sencillo que vuelva a caer en tus redes.

—*Daniela, no es eso, han pasado muchas cosas.*

Lola y Sofía regresaban del colegio en compañía de Alba. Daniela, al oír cerrarse la puerta, colgó el teléfono. Las saludó y les pidió que fuesen a lavarse las manos para comer. Daniela se llevó a Alba a la cocina.

—¿Qué te ocurre, Daniela? Estas pálida.

—Matías, Matías ha llamado y he hablado con él. Dice que quiere ver a Sofía y a Lola, que quiere hablar conmigo. ¿Qué hago, Alba?

Laura llegaba a comer, Alba las reunió a las dos en la habitación de Daniela mientras Eduardo cuidaba de las niñas. Les contó que había estado con Matías. No sabía cómo contárselo, todo había sido muy rápido y Mario estaba muy avergonzado, no quería subir a casa, no quería ver a Daniela y menos a Sofía, a Lola y a Guito. No entendían qué tenía que ver Mario con Matías. Alba les contó lo que Matías le había dicho. Al principio había pensado que todo era mentira. Luego, cuando estaba en casa pensando en todos esos meses, dudó y después Mario buscó a su madre y, aunque no se lo había afirmado rotundamente, diciendo si era verdad todo lo que decía Matías, Mario estaba seguro de que él no había mentido en nada. Al estar frente a su madre, se había dado cuenta de que todo lo que ella les había contado era mentira. Después de aquella conversación, Alba llamó a Omar y él le contó cómo había encontrado a Matías en aquellos meses, su aspecto era muy triste, Omar llegó a tener miedo de que Matías se suicidase.

Daniela les pidió que la dejaran a solas, bajaría en un rato, necesitaba pensar. Laura y Alba se encargaron de la comida y de Guito. A los pocos minutos, Daniela bajó a la cocina, quería saber dónde trabajaba. Alba le dio la dirección de la cafetería. Daniela se fue. Miró por el escaparate y lo vio, estaba sirviendo mesas, la cafetería estaba llena. Daniela respiró profundamente y entró, no sabía muy bien qué buscaba, qué hacía allí. Se arrepintió de cruzar la puerta nada más Matías la miró.

—Daniela.

—Matías, hola, he venido a hablar, eso es lo que querías.

—Sí, espérame unos segundos. —Matías le pidió que se sentase en una mesa apartada, sirvió unos cafés y le contó lo mismo que le había contado a

Alba.

—Mario ha estado con Úrsula. Ella no ha negado tu historia. Mario te cree a ti.

Matías sonrió.

—Es un alivio, Daniela, llevaba días pensando cómo demostraros la verdad. Yo no sabía qué hacer. —La miró—. ¿Y tú me crees?

—No lo sé, Matías, creo a Mario, pero a ti... Me hiciste daño. Todo podría haber sido de otra manera. ¿Por qué esperaste tanto para volver, para contarlo todo? ¿Por qué me dijiste aquello en comisaria? ¿Por qué no me dijiste la verdad, lo que estaba ocurriendo?

—Tuve que hacerlo, Daniela, tenía miedo. Úrsula había pagado a aquellos policías, no sabía hasta dónde podrían llegar. Me aproveché de tus dudas, de tus miedos para que me odiases, para que creyeses que lo nuestro nunca había sido real, que lo que yo sentía era mentira. No me lo perdonaré nunca, Daniela, sé que te hice daño.

Daniela se levantó.

—Puedes ver a Sofía y a Lola cuando quieras, ellas te necesitan mucho.

—¿Esta noche? Salgo a las ocho.

—Cuando salgas, puedes verlas en el bar de Diego, estarán con Alba. Podéis cenar allí, pero no te las puedes llevar, estarán con Alba y Diego sobre las ocho y media, para que te dé tiempo a llegar.

—¿Y tú?

—No, yo no puedo.

Daniela se fue y dejó a Matías allí, mirándola, seguro de que todo entre ellos se había acabado, pero al menos podría ver a sus hijas. Salió pronto del trabajo y les compró unos peluches y algunos cuentos, también, una camisa nueva para él, y se fue a su apartamento. Quería arreglarse para ver a sus hijas, tenía miedo de cómo reaccionarían al verlo.

Daniela no les contó nada, tenía miedo de que Matías fallase y no apareciese en el bar. Las vistió y les dijo que cenarían con Alba en el bar.

Estaban contentas, Diego les hacía las hamburguesas como ellas quisiesen y siempre tenían helado de postre. Daniela se despidió de Alba.

—Cuídalas, por favor, y cuídate tú.

—¿Quieres que te llame cuando esté con ellas?

—Sí, bueno, no. Sí, llámame, quiero saber que todo va bien.

Las tres salieron de la casa camino al bar. En la habitación, Guito comenzó a llorar, Daniela lo buscó. Mientras lo consolaba, se dio cuenta de que no les había advertido de que no hablasen de él. Daniela se asustó, llamó a Alba, pero no cogía el teléfono. Llamó a Diego, pero ya era tarde. Matías estaba con Sofía y Lola, había llegado antes de tiempo y nada más que Sofía y Lola entraron por la puerta, lo vieron y corrieron a abrazarlo. Ahora estaban sentados en una mesa, bebiendo unos refrescos.

Diego no sabía qué hacer, se lo contó a Alba, pero ninguno de los dos sabía cómo actuar. No podían acercarse a las niñas y decírselos, ni llamarlas aparte, estaban felices de tener a Matías allí, no se separarían de él. Alba llamó a Daniela, ellas no habían hecho nada malo, si él no lo sabía, era porque no estaba y si se tenía que enterar y ese era el momento, que ocurriese ya. Daniela colgó y miró a su bebé. ¿Cómo reaccionaría Matías si se enteraba? ¿Se alegraría?

Matías hablaba con Sofía y con Lola, les preguntaba qué hacían en el colegio, cuántas amigas tenían... Alba las buscó, ya era tarde y tenían que dormir.

—¿Papá, tú no vienes? —le preguntó Lola sin soltarlo de la mano—. Mamá está en casa.

—No, hoy no puedo, tengo que trabajar, pero nos volveremos a ver pronto. Tienes que ir con Alba, mañana hay colegio.

—Papá tiene razón, vamos a casa. Sofía abróchate la cazadora, y no olvidéis los peluches.

—Pero tienes que conocer a Guito, él todavía no te conoce —le dijo Sofía. Alba se quedó en silencio.

—A Guito, ¿quién es?

—¿No leíste mi carta? Te mandé muchas fotos.

—No, esa no la leí, Sofía. ¿Quién es Guito?

—Nuestro hermano, le respondió Lola. Se llama Diego, pero lo llamamos Guito, te lo contamos en las cartas, yo te hice un dibujo.

Matías miró a Alba y después a Diego.

—Alba, lo que dice Lola, ¿un hermanito?

—Sí, Matías, es verdad, te fuiste dejando algo más que malos recuerdos.

—Quiero verlo. ¿Puedo ir contigo? Solo unos minutos y después me iré, por favor.

Alba llamó a Daniela, había sucedido: Matías lo sabía. Daniela le contestó que no pasaba nada, ella tenía razón, no habían hecho nada malo y, si Matías quería conocerlo, podía hacerlo. Diego las acompañó. Por el camino le contó que él era el padrino de Guito, el nombre venía de Dieguito. Matías sonreía, estaba muy nervioso. Enseguida llegaron a casa. Daniela los esperaba en el salón, con Guito en los brazos. No había podido soltarlo desde que sabía que Matías estaba con Sofía y con Lola.

Sofía y Lola entraron corriendo, querían enseñarle a Daniela los peluches que Matías les había regalado. Matías apenas se atrevía a entrar, Diego le dio una palmada en la espalda y lo animó.

—Siéntate —le pidió Daniela, y le puso en sus brazos a Guito.

Matías no podía dejar de mirarlo, era tan bonito, tan pequeño. Las lágrimas caían por su cara y se limpiaba, no quería que cayesen sobre su hijo.

Alba y Diego se llevaron a Sofía y a Lola. En un rato Matías subiría a darles las buenas noches. Ahora debían dejarlos un ratito solos.

—Es tan bonito, tan pequeño, huele tan bien.

—Es perfecto, ¿verdad?

—Perfecto, cómo tú. Nunca me perdonaré las lágrimas que derramaste por mí, Daniela, lo siento tanto.

—Matías, no quiero hablar de eso, es mejor que te vayas, ya es muy tarde.

—Un ratito más, por favor.

Daniela se quedó a su lado, mirando como Matías acariciaba suavemente la cara de Guito y lo observaba.

—Matías.

—Vale, me voy. —Matías beso a Guito y se lo entregó a Daniela.

—Sube a despedirte de Sofía y Lola, seguro que todavía están desiertas esperándote.

—¿Cuándo puedo volver?

—Mañana si quieres, puedes venir a casa para estar con los tres, es más cómodo y seguro.

Matías subió a despedirse de sus hijas, prometiéndoles volver al día siguiente, y al bajar, se despidió de Daniela, que llevaba en brazos a Guito. Lo acompañó a la puerta.

—Siempre has estado en mí, Daniela, no he dejado de amarte ni un segundo. Tú me has mantenido vivo, tú me lo dijiste, eres mi destino, te amo.

—Matías...

—No tienes que decir nada, sé que es difícil volver a confiar en mí. Fui un cobarde, perdí tiempo de amarte, debí dejarlo todo desde el principio, olvidarme de miedos, de esperar el momento adecuado que nunca llegaba. Debí decirte que cada noche a tu lado era mi salvación, me daba fuerzas para seguir y no quería perderte, y sabía que si te enterabas de todo... Te amo, Daniela, tenía que decírtelo, te amo.

Matías se fue y Daniela cerró la puerta. Subió a su habitación y metió a Guito en su cuna. Diego alcanzó a Matías, quería que lo acompañase a casa, tenía que darle las cartas que Sofía y Lola le habían escrito pensando que él las recibía. Matías le agradeció a Diego todo lo que había hecho por ellas, se sentía mal. Por su culpa, Diego había sufrido aquel incendio, la incertidumbre de si cobraría o no el dinero del seguro y, sobre todo, había perdido a Omar. Diego lo escuchó, él no había sido culpable de nada, él no lo había hecho. El bar ya estaba funcionando y ahora iba mejor que antes, y Omar era algo que

tenía que pasar. Él también era un cobarde, no había luchado por Omar. Los dos se quedaron en silencio.

—¿Y Omar? Alba me dijo...

—Está bien, piensa en ti y me ha hablado de ti. Cuando preparaba alguna comida, me decía esto le gustaba a Diego; cuando veía algún programa de televisión o serie también me lo decía. Piensa en ti, Diego, quizás podáis tener una oportunidad.

—No lo sé, no es fácil.

Al entrar en casa, su madre veía la televisión en el salón. Al verlos aparecer, se levantó rápidamente.

—No sabía que ibas a traer compañía. ¿Os preparo algo de cena?

—No, mamá, solo viene a recoger unas cosas y se va. Es Matías, el padre de Guito. —Diego se fue a su habitación a buscar la caja donde guardaba las cartas.

—Siéntate, Matías. ¿Quieres un café? ¿Algo de cenar? El café esta recién hecho y es descafeinado, no te quitará el sueño.

—Un café estará bien, gracias.

—¿Sois amigos desde hace mucho?

—Sí, desde hace bastante.

Diego salió con una caja y se la dio a Matías

—Vas a estar entretenido unas horas, pero te vas a reír mucho, son maravillosas

—Gracias por todo, Diego, y gracias por el café. Buenas noches.

Diego se sentó en el sofá.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué me miras así?

—Nada, Diego, me asusté al verte con Matías, pensé que era Omar

—¿Qué sabes de Omar?

—Que es un amigo tuyo que paso aquí unos días mientras estábamos fuera. Una vecina lo vio salir de casa y él se presentó como un amigo tuyo, pero yo sé que era algo más. Creía que me lo ibas a presentar, que era un

primer paso. Me da miedo que te quedes solo, que no seas feliz por mi culpa.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Soy tu madre, Diego, hace mucho.

—¿Y papá?

—Él también lo sabe, le costó un poco más, pero «es lo que hay», le dije, «y tienes que hacerte a la idea para cuando Diego nos lo cuente». Y desde entonces estamos esperando que nos hables, que confíes en nosotros. Sé que lo has pasado muy mal estos meses, y yo no he podido consolarte y no quiero que vuelva a ocurrir. Y como estos días te veía feliz, pensaba que todo se había arreglado.

—Matías y yo solo somos amigos, él era pareja de Daniela y ahora ha vuelto... Soy un estúpido, mamá, os tenía que haber hablado desde el principio, pensé...

—No pasa nada, Diego, la culpa ha sido nuestra, no te dimos la confianza suficiente para hacerlo, para hablar de tu sexualidad abiertamente. Lo siento, quizás, si hubiéramos sido más jóvenes.

—No, mamá, no tenéis la culpa de nada, sois unos padres maravillosos. —Diego abrazó a su madre—. Y no quiero que te preocupes, no estoy solo, te tengo a ti, a papá y tengo amigos.

—Diego, no quiero que renuncies a buscar el amor por miedo a lo que puedan pensar los demás. No haces nada malo. —Su madre le cogió la cara con ambas manos—. Tienes que ser feliz.

Diego lloró y su madre lo abrazó. Se abrazaron, y Diego le conto a su madre quién era Omar, que todavía pensaba en él, pero que estaba seguro de que él lo había olvidado. No había vuelto a saber nada de él.

Capítulo 9

Matías llegó a su apartamento con ganas de leer todas las cartas. Las dejó encima de la cama y las fue observando con mucho cuidado. Vio las fotos de Sofía, Lola y Guito, de Guito solo, de todos con Daniela, los dibujos. Daniela lo había mantenido vivo en sus vidas, siempre le estaría agradecido. Pensó en su hijo, era tan bonito. Recordó las palabras que le había dicho a Daniela esa noche, debía haber esperado, quizás la había asustado, no quería que se sintiese incomoda al estar con él. «Debía haber esperado», pensó, pero cuando la vio allí, con Guito en brazos, no se quiso ir, quería besarla. Quizás Daniela ya no sentía lo mismo, no le podía dar otra oportunidad, y él, en quince segundos, la había asustado diciéndole lo que sentía.

Matías siguió visitando a sus hijos diariamente, los podía ver en casa, en compañía de Laura, de Alba, de Diego, pero Daniela casi nunca estaba, no se sentía preparada para estar cerca de él. Lo amaba tanto, tenía miedo de dejarlo entrar en su vida de nuevo sin pensar en qué podía pasar. No podría soportar otra decepción, otra mentira. Ella se sentía responsable, nunca le volvió a preguntar sobre aquella mujer, quiso ignorarlo, hacer una vida normal, dormir todas las noches a su lado sin más preocupaciones, ella también lo necesitaba. Quizás, si lo hubiesen hablado, podrían haber hecho algo, irse, o nunca habría tenido dudas al escuchar a Matías en la comisaría.

A los pocos días, Matías quiso hablar con Daniela, quería reconocer a Guito, que tuviese sus apellidos, darle una parte de lo que ganaba. Daniela aceptó. Laura se ocupó de los papeles y Guito, en pocos días, sería hijo de Matías. Matías se acercó a Daniela aquella tarde.

—Siento lo que te dije aquella noche en la puerta.

—¿No lo sentías? —le preguntó, tímidamente, Daniela.

—Todo es verdad, pero te asusté y por eso no quieres verme ni quieres estar cerca de mí.

—Se me pasará, tenemos unos hijos, me acostumbraré a tenerte en nuestras vidas.

—Lo único que deseo es estar en tu vida lo que me quede de la mía, quiero que seas feliz. —Matías la miró y se quedó en silencio unos segundos—. Quiero que seas feliz, aunque yo no sea tu felicidad, tu destino. Volver a verte sonreír.

Daniela lo abrazó, seguía estando ahí, todo lo que sentía al abrazarlo. Los brazos de Matías la rodeaban. Daniela se separó.

—Es mejor que te vayas, llegarás tarde al trabajo.

—Me gustaría que vinieses a verme alguna vez, que escuchases mis canciones, estás en cada palabra, en cada estrofa.

—Buenas noches, Matías.

—Buenas noches, Daniela.

Daniela cerró la puerta y sonrió. ¿Cómo podía seguir amándolo? Estaba tan confundida, no sabía qué hacer. Habló con Laura, le contó que iba a salir, quería ir al bar donde cantaba Matías. Buscó en la cara de Laura algún gesto, esperó que le dijese algo, que la obligase a quedarse en casa, que le aconsejase no ir. Pero Laura solo le dijo que se ocuparía de los niños y le cogió las manos.

—Es tu decisión, Daniela, haz lo que sientas, vamos a estar siempre a tu lado. Han sido las circunstancias que os han tocado vivir, de vosotros depende, de ti depende superarlas, superar el mal que os han hecho, confiar en él. Daniela, cierra los ojos. ¿Qué sientes? ¿Qué quieres hacer? ¿Piensas en él, en que podéis superar los malos momentos? ¿Puedes volver a confiar en él?

Daniela cerró los ojos, respiró hondo, los abrió, abrazó a Laura, cogió su abrigo y su bolso y se fue.

Matías cantaba cuando vio entrar a Daniela por la puerta. Ella buscó un sitio donde sentarse. Matías le sonrió, y ella se volvió a sonrojar y su corazón volvió a latir fuerte como le había pasado antes, al notar la mirada de Matías en ella. Era él, él era el único destino que quería seguir.

Agradecimientos

Gracias a mi madre.

Gracias a mi abuelo Alfonso por enseñarme tres cosas valiosas para la vida: la primera, que la edad no importa para seguir aprendiendo; la segunda, que hay que luchar por tus sueños, y la tercera, que hay que cuidar siempre los pequeños detalles con la gente que quieres. Gracias a mi abuela Rosario por su cariño, por darnos un hogar y por su valentía. Gracias a los dos por vuestros abrazos, que tanto echamos de menos y tanto necesitamos, gracias por dejarnos formar parte de vuestras vidas.

Gracias a la gente que sueña, que lucha por sus sueños y a la gente que ayuda a que se hagan realidad. Muchas gracias a Lola Gude por su trabajo y su paciencia y por hacer esto posible.

Gracias a ti por comprar este libro, por regalarle tu tiempo y hacer posible este sueño.

Si te ha gustado

Pan con chocolate

te recomendamos comenzar a leer

Tras el muro de tus sueños

de Chris de Wit

Selección RNR

CHRIS DE WIT

*Tras el muro
de tus sueños*



Romance Paranormal

Capítulo 1

Delta del río Paraná, Argentina

Agua. Caudales de agua que envuelven las cabelleras entretreídas, abrazan el aroma de los cuerpos unidos y el sonido de la pasión devoradora. Urgencia y dulzura en los brazos masculinos y fuertes que aferran a los femeninos, pálidos y cálidos. Ojos brillantes, plateados, que se reflejan con devoción en los suyos. Agua, más agua, poderosa y enérgica, que los acuna en su lecho, los enlaza en la alegría y los acaricia en el dolor. Besos de fuego vivo. Manos satinadas y urgentes que se cierran como las alas plateadas de un ángel protector. Besos, más besos. Cuerpos danzantes, copulantes y amantes.

Agua, más agua que cubre el frenesí de abrazos, girando en la matriz purificadora y creadora. Sus manos entrelazan los cabellos claros que caen sutilmente rodeando la curva de las caderas, irradiando el brillo que es reflejo del suyo propio. Sumergido en la profundidad de los ojos verde mar, se deja abrazar por su iridiscencia que lo deja sin aliento. Plata. Los pechos juveniles, turgentes y jugosos, absorbidos por sus labios, se elevan siguiendo el compás de su respiración. Y la urgencia masculina que entra en la suave y cálida cueva que se abre como una flor y da la bienvenida al dolor inicial, liberador después. Furia, dolor, éxtasis.

Agua, más agua, que anuncia el encuentro de lo que ha buscado durante tanto tiempo. Aquello tan deseado. Y de repente el grito inconfundible unido al suyo propio, que corona la bendición. Agua, caudales de agua que impulsan esta danza ancestral y milenaria. Vorágine y orden. Orden divino.

«Tu búsqueda ha terminado, caminante. Abre tu mano y recoge el primer símbolo. Ella es parte de él. Encuéntrala».

El resplandor plateado lo envuelve como si fuera una bomba que estalla y se expande, borra las imágenes e inunda su iris contemplativo. Tristeza y alegría. Ignorancia y sabiduría. Odio y amor. El principio y el fin en una poderosa convergencia. Y en medio de ese caos ordenado, sus propios labios que susurran aquel nombre... Aniel.

Gabriel despertó sudando, susurrando esa palabra otra vez. Mientras

trataba de volver a la realidad tangible, seguía oyendo el eco en los oídos, golpeando su mente de manera persistente como venía sucediendo desde hacía un año y medio sin pausa. Revivir ese sueño aceleraba su corazón.

¿Qué o quién era Aniel? ¿Un lugar? ¿Una persona? ¿Y qué significaba ese sueño? Muchas preguntas revoloteaban en su mente día tras día desde que el sueño se había manifestado por primera vez, y lo único que tenía en claro era la mención del símbolo. El primero de los cinco símbolos que su estirpe venía buscando desde hacía más de cien años y que requería ser encontrado por él.

¿Y quién era ella? Solo podía ver los cabellos, los ojos, partes del cuerpo, pero nunca el rostro. La imagen del agua que lo envolvía a él con la mujer en un caliente y desvergonzado acto erótico lo venía volviendo loco desde los inicios. Y en todo ese tiempo se había esforzado por encontrar alguna pista de lo que se revelaba cada noche, sin éxito.

Su corazón palpitó como las campanadas de una iglesia. Se levantó confundido de aquella alfombra tibia, elevándose en toda su imponente altura, mientras se limpiaba de hojas el trasero. Estiró la figura atlética de dos metros, no exagerada en su musculatura, (pero elegante) con músculos elegantes, alargados por su pasión por nadar.

Amaba el agua.

Miró una vez más hacia el arroyo que tanto le gustaba. Sus enormes ojos, de claro color canela y tapizados de largas y negras pestañas, barrieron el escenario antes de partir, emitiendo el brillo plateado característico de los que pertenecían a la estirpe. La mirada volvió a reflejar el aspecto triste que le daba la forma de sus ojos, a la cual se sumaba una cierta nostalgia producto de muchos años de soledad. Eran muchos siglos de caminar, acompañar, luchar y buscar... y si bien sus amigos eran invalorable, existía en él un anhelo de sentirse completo que no podía explicar.

«Quizás cuando encuentre el símbolo», pensó con cierto afán.

Caminaba por el arroyo como era su costumbre, rodeado por aquellos árboles plateados tan diferentes. Eran únicos y, según sus padres, respondían

a una especie que solo la gente de la Estirpe de Plata, a la cual Gabriel y sus amigos pertenecían, conocía. No existían en otra parte del planeta. Nadie los podía detectar, salvo aquellos de su linaje. Mientras los ojos humanos veían las hojas del color verde típico de la mayoría de las especies vegetales, los de aquellos que tenían la carga genética de la Estirpe podían detectar su verdadero color. Nadie sabía quién o quiénes habían sido los responsables de haberlos plantado, pero estaba seguro de que tenían como misión asegurar que ese lugar fuese identificado por la gente de su raza.

Pasó los dedos a través de su pelo lacio, que caía desmechado sobre la frente, las sienes y los hombros. Era de color caramelo, aunque cuando le daba el sol se volvía más brillante por algunas mechas que se tornaban más claras.

El caminante. Alzó los ojos al cielo y contempló la noche, que caía con su manto extendido hacia el infinito. Hacía ya mucho tiempo que Gabriel y el grupo de los *silverwalkers* al que pertenecía se habían lanzado a la búsqueda de los símbolos que llevarían a su grupo a la conquista de su propia paz. La existencia de estos y otros presagios había sido revelada a través de unas profecías, que tanto los padres de Gabriel como otros jefes que conformaban la Orden Superior de la Estirpe tenían como misión guardar celosamente e ir transmitiendo a medida que llegara el momento adecuado. Gabriel no había dejado de preguntarse, desde que sus sueños comenzaran, si Aniel sería una señal de algo que en breve ocurriría. Y su corazón brincaba de nuevo ante la mención de aquella palabra. Un fulgor de energía cálida y viva, que endulzaba su alma algunas veces y la torturaba otras, se había encendido desde que había comenzado a experimentar ese sueño. Había jugado con algunas ideas acerca de quién era Aniel y, cada vez que su corazón latía al compás del ritmo de esa flama suave, parecía responder a lo que intuía, pero que aún no podía afirmar.

Dirigió sus pasos hacia el interior de la casa de la organización de la que formaba parte con los demás caminantes. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz familiar:

—¡Gabriel! —dijo con tono jovial y alegre alguien parado detrás de él. Ruryk.

Gabriel se volvió y se encontró con su amigo, recién salido de la ducha. De la misma altura que Gabriel, era un poco menos corpulento que este, pero de un encanto impactante. Su aspecto era muy agradable, no solo por su apariencia física —con el cabello y ojos de color miel y piel bronceada—, sino porque además era de una simpatía que superaba de lejos la de los demás caminantes. Donde Ruryk se hallaba, la gente sonreía y se sentía plena. Las mujeres caían rendidas a sus pies ante su sonrisa y los hoyuelos de las mejillas y barbilla, así como por su pericia en la cama. Ruryk era un dechado de bondades. Y salvaje y eficiente en las luchas contra *los caídos*.

—¿Has estado en el arroyo? —preguntó Ruryk, dirigiendo los ojos a las botas embarradas de su amigo, mientras se llevaba una toalla a la nuca para secarse algunas gotas que descendían por su espalda.

—Sí, he estado un poco cansado en este último tiempo, y tú sabes que ese lugar es especial para mí. Me da fuerza.

—Los cuatro sabemos bien qué significa para ti ese sitio. ¿O te olvidas de las luchas en el barro que siempre nos obligabas a hacer?

Ambos comenzaron a reír al recordar los enfrentamientos que los cinco caminantes, por diversión e invitados por Gabriel, habían llevado muchas veces a cabo.

—Ese lugar me relaja y me equilibra. Puedo pasarme horas allí sentado o nadando. Y como de costumbre, me he quedado dormido.

—Te estás poniendo viejo, Gabriel —exclamó su amigo, que ya había terminado de frotarse la espalda con la toalla y abría la puerta de su dormitorio para perderse en el interior sin cerrarla.

—Desgraciado —siseó Gabriel con una sonrisa en los labios. De lejos se escuchó la risa de Ruryk.

—¿Te busco una cerveza? —preguntó Gabriel elevando la voz para que su amigo lo oyera. Se había desplazado hacia el refrigerador y lo abrió.

—Sí, por favor.

Cogió dos latas heladas y al regresar al salón principal se encontró de nuevo con el caminante, que se había vestido con un vaquero azul y una camisa blanca. Estaba sentado en el sofá esperando su cerveza mientras desplegaba una de sus sonrisas deslumbrantes.

—Hoy estuve entregando almas —dijo y tomó la lata en las manos.

—¿Con qué te has topado? —preguntó Gabriel, conociendo parte de la respuesta.

—Con un grupo de almas variado. Algunas enfermas y agotadas, y otras jóvenes y llenas de sueños. También algunas muy confundidas. Había dos que habían caído en el *bajo astral* y estaban atascadas. Las invité a venir conmigo y, luego de una renuente aceptación de su parte, logré trasladarlas al *plano superior de conciencia*. Tuve que enfrentarme con algunos espíritus bajos que intentaban aumentar su confusión.

—¿Caídos?

—No, esta vez no. En realidad, fueron entregas bastante pacíficas —respondió Ruryk mientras bebía un sorbo de la deliciosa cerveza, que dejó una estela de espuma en la parte superior de sus labios.

—¿Dónde están los otros? —preguntó curioso Gabriel.

—Damián sigue investigando en el ordenador algo que no quiere revelar. Es algo que mantiene en secreto..., aunque ya hablará. —Y sonrió—. Triel está entregando almas, y Metanón hablando con uno de nuestros agentes en Dinamarca. —Ruryk se relamió la espuma y sorbió otro trago—. ¿Y tú?

—He vuelto a soñar.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí.

—¿No es irritante?

—No al revivir el encuentro con esa preciosura.

Ambos rieron mientras terminaban las respectivas cervezas. Oyeron pasos apresurados que se acercaban y se giraron hacia la dirección de los mismos. Un hombre de enorme estatura y complexión bastante más robusta que la de

sus dos amigos entró saludándolos con un breve movimiento de cabeza mientras seguía sumergido en sus pensamientos. Vestía completamente de negro, con una chaqueta de cuero térmica, ideal para adaptarse a la temperatura del ambiente, y unos pantalones del mismo material, que caían sobre unos botines de cuero. Llevaba el cabello negro cortísimo, casi rapado, a excepción de la línea central de la cabeza, en donde descansaba una franja más tupida de suave cabellera que descendía hasta la nuca y continuaba en una gruesa trenza que caía por debajo de la cintura. Sus ojos eran enigmáticos, de un negro profundo y metálico, que se destacaba sobre la piel bronceada. Pero lo que le daba un aspecto temible era la imagen de la cara de un dragón tatuada en la frente, que bajaba finalizando en el puente de la nariz. Los ojos de aquel animal hacían juego con la mirada del hombre, que en ese instante mostraban su visible preocupación.

—¿Quieres una cerveza? —invitó Ruryk con la sonrisa más amplia.

—No, gracias, estoy apurado —contestó el hombretón. Se dirigió hacia una estatua que recreaba el cuerpo de un dragón y le giró la cola. Al hacerlo, un mecanismo de destraba se puso en funcionamiento e hizo que la pared ubicada por detrás de la estatua girara ciento ochenta grados para presentar, ante la vista de todos, un arsenal de armas empotradas. El caminante buscó entre ellas y se decidió por dos Glock 23 que de inmediato controló para asegurarse de que estuvieran cargadas, y dos navajas que guardó en bolsillos especiales de sus pantalones.

Gabriel y Ruryk, que no habían perdido de vista los movimientos de su amigo, se miraron inquietos.

—Damián, ¿qué pasa? —preguntó Gabriel con semblante serio.

—Estoy tras algo que debo confirmar.

—¿Podemos ayudar? —ofreció Ruryk.

—No, voy armado por precaución, ya que necesito obtener información entre los caídos —contestó alzando sus ojos y revelando una mirada adusta y fría, que se volvía aún más siniestra con la imagen que descansaba en la mitad de su cara.

—No puedes ir solo. Vamos contigo —se apresuró a decir Ruryk mientras se levantaba y se terminaba la segunda cerveza de un tirón.

—No. He dicho que voy solo. —Damián miró a su amigo con una expresión que no daba lugar a discusión.

—¿Pero y si te *transformas*? Necesitarás ayuda —insistió Gabriel mientras que se levantaba de la mesa, la rodeaba y se ponía frente a él.

—No ha hecho falta las últimas veces —contestó, mientras volvía a girar la cola del dragón que hizo que la pared desapareciera nuevamente.

—De todas formas, estaremos atentos por si lo haces. Somos tus *babysitters* —dijo Ruryk poniéndose a la par de Gabriel. Damián los miró un rato con aquellos ojos que helaban la sangre y, de repente, emitió una suave carcajada. Poco después, salió de la habitación con la misma expresión en el rostro con la que había llegado.

—Está de mal humor —dijo Ruryk mientras se dirigía a su oficina.

—Tendremos que averiguar qué está rastreando —contestó Gabriel entretanto caminaba hacia su habitación. Antes de llegar a la puerta, escuchó a Ruryk decirle:

—Estaré trabajando en la oficina con unos papeles. Si necesitas algo, ya sabes.

—Gracias —replicó Gabriel y, sin mirar atrás, entró al cuarto. Como todas las semanas, marcó una clave en un dispositivo ubicado de manera estratégica detrás del guardarropa empotrado a lo largo de toda la pared de la habitación. Al destrabarse, dos de las puertas del mueble se abrieron con cuidado y otro despliegue de armas tan cuantioso como el que se había manifestado con anterioridad en el living de la casa quedó visible. Sacó las armas una a una y, al igual que su amigo había hecho con anterioridad, las inspeccionó controlando que estuviesen limpias, en buenas condiciones y, en el caso de las armas de fuego, debidamente cargadas.

La Estirpe estaba viviendo un proceso de enormes cambios desde hacía algún tiempo, y eso generaba en los cinco que vivían en aquella casa una cierta intranquilidad. Las profecías que los jefes de la Estirpe iban

revelando en forma gradual eran las responsables, y Gabriel y sus cuatro amigos sabían que debían prepararse para la llegada de un nuevo orden y equilibrio de los sucesos futuros, en los que se predecían olas de violencia de mayor envergadura.

Los miembros de la Estirpe de Plata vivían desparramados en todo el mundo. Pertenecían a una raza de seres superiores que poseían cualidades especiales, como la longevidad y una actividad psíquica y física superior que los diferenciaba de los humanos. Muchos de ellos eran clarividentes, *clariaudientes* y sanadores. También poseían habilidades corporales más desarrolladas, por lo que tanto machos como hembras contaban con una fortaleza superior, así como con una gran destreza para correr y saltar. Podían ver en la oscuridad, oír y oler a grandes distancias. Una de las características peculiares de esta raza era el color plateado de los fluidos corporales y del brillo que emanaba de los ojos y el cuerpo al estar sujetos a emociones fuertes.

Dentro de la Estirpe existía la llamada *casta de los silverwalkers*, conformada tan solo por cinco guerreros cuidadosamente seleccionados: Ruryk Vólkov, Metanón Lemark, los hermanos Damián y Triel Di Mónaco y Gabriel Trost, que no solo contaban con un poderío y una destreza física superiores a las de los miembros de la Estirpe, sino también con un don psíquico que los hacía únicos y exclusivos. Podían vivenciar la *realidad suprafísica multidimensional*. Ellos eran conocidos como *los caminantes de plata* o *silverwalkers*, a veces nombrados tan solo como *los caminantes*. Eran responsables de ayudar a las almas de la Estirpe que habían fallecido a pasar de la vida física a la realidad multidimensional. Durante este proceso, Gabriel y sus amigos actuaban como guardianes, guiándolas y entregándolas a los diversos planos de conciencia para continuar con sus destinos próximos. Estos eran establecidos tanto por las leyes superiores universales del karma como por la evolución de cada alma.

Cada caminante tenía sus aspectos más fuertes en sus misiones, y las características de las almas que acompañaban decidían el caminante que

intervenía. Gabriel era el más balanceado de los cinco, ya que el intenso trabajo interior que había llevado a cabo sobre sí mismo, tratando de forjar una personalidad más estable y tranquila que la de los demás, había dado sus frutos. Las almas que transportaba eran aquellas que necesitaban ese tipo de energías durante su traspaso. Los hermanos Triel y Damián eran de una personalidad más sombría y guerrera, siendo muy hábiles para entregar almas más perturbadas y violentas. Metanón era excelente para las almas que habían muerto por alguna situación psicológicamente trágica, así como suicidas, mientras que Ruryk era ideal tanto para almas bondadosas como rebeldes.

Cada uno de ellos viajaba junto al alma, guiándola a través de un camino que atravesaba diferentes niveles evolutivos de conciencia, desde el más bajo al más alto al que cada alma podía acceder de acuerdo a su propia evolución. Este camino era conocido como *el camino de la ascensión*. El primer tramo era el más difícil, ya que allí era donde se producía la propensión de las almas a la caída hacia el *bajo astral*. Ese era un plano de conciencia muy pobre, cercano a los niveles de la Tierra, que albergaba almas que habían muerto sin lograr encontrar el camino de regreso a su hogar superior. Algunas de ellas eran inofensivas o burlonas, pero otras se habían transformado en espíritus temerarios y violentos que acosaban a las almas en su trayecto. Esas almas de baja vibración eran unas de las responsables de provocar la caída de las almas de la Estirpe, absorbiendo su energía y deteniéndolas en ese plano a veces para siempre.

Pasado ese punto, el riesgo de caída desaparecía, ya que el camino continuaba a través de *planos superiores de conciencia*, donde reinaban energías sutiles de luz. Allí era donde los caminantes entregaban el alma a su *grupo de almas de apoyo*, es decir, a aquellas almas que estaban directamente conectadas con ella. Y la entrega se llevaba a cabo ante un portal denominado *portal de la ascensión*.

Por ende, el real peligro para los caminantes se producía en el primer tramo del camino, donde debían extremar los cuidados para evitar la pérdida de almas de su linaje debido a la vulnerabilidad a la que se podían enfrentar

por no haber llegado a protegerse de forma apropiada. Los caminantes encontraban esa protección al refugiarse en lugares seguros, como las distintas guaridas u organizaciones que tenían montadas en todo el mundo. La del Delta era una de ellas.

La debilidad que adquirirían se debía a que viajaban a la *multidimensionalidad* con su cuerpo astral o sutil pero no físico, destinando un gran caudal de su propia energía no solo al viaje en sí, sino también a brindar claridad a las almas durante el viaje. En ese instante era cuando otro grupo de almas, ancestrales enemigos de los *silverwalkers*, intervenían para entorpecer su trabajo: *los caídos del bajo astral* o simplemente *caídos*. Esos eran seres que en un principio habían sido humanos, pero que con los siglos habían llegado a desarrollar características peculiares como poder también viajar a la multidimensionalidad. Trabajaban en conjunto con los espíritus del bajo astral, tratando de detectar a los caminantes que podrían estar entregando almas fuera del resguardo que las organizaciones procuraban, para proceder al ataque. Estas luchas mortales por la posesión de las almas de la Estirpe podían darse tanto en el plano astral como en el físico.

Los caídos necesitaban de esas almas, no solo por el enorme reservorio de energía de plata que podían obtener de ellas, muy superior a la energía emitida por almas humanas, sino en especial porque podían adquirir —aunque en menor proporción— ciertas características propias de los miembros de ese linaje, como el camino a la longevidad y la mayor fortaleza física.

La caza dificultosa de las almas de la Estirpe hacía que el consumo de su energía de plata estuviera reservado a aquellos caídos de mayor jerarquía. El resto de los guerreros debían conformarse con fagocitar la energía de las almas humanas. Por lo tanto, aquellos que tenían el privilegio de vampirizar esas energías habían iniciado ya el camino a la longevidad, lo que significaba que mientras un caminante podía llegar a vivir más de tres milenios, un caído en proceso de longevidad alcanzaba alrededor de los trescientos años. Pero los *silverwalkers* eran conscientes de que trescientos años de vida para sus

enemigos era tiempo suficiente para que fueran perfeccionando su modo de cazar las almas de la Estirpe, incrementando su fuerza, longevidad y poderío. Y a los caminantes no les quedaba otra opción que enfrentarlos.

La inspección de las armas fue interrumpida por golpes a la puerta, seguidos de la voz de Metanón, que había arribado en ese momento a la organización.

—¡Gabriel! Reunión urgente en el salón. Ha llegado un video.

—¿Y Damián y Triel? —preguntó abriendo la puerta.

—Ya los he llamado y en unos minutos estarán aquí. Damián estaba furioso porque lo interrumpí en plena misión.

—No hacía mucho que había salido armado hasta los dientes.

—Pues ha tenido que abortar su objetivo —contestó Metanón—. Esto es urgente.

—¿De qué video se trata? —preguntó Gabriel mientras abandonaba su habitación y se dirigía al salón principal de las oficinas con Metanón caminando a la par.

—Se trata de unas mujeres que nuestro agente en Dinamarca ha detectado y dice que es imperioso que veamos el video.

—¿Mujeres?

—Sí, y parece que es algo relacionado con el primer símbolo.

—Quizás debemos llamar a los jefes después de ver el video —sugirió Gabriel con tono firme.

—Sí, eso pensé. Veamos de qué se trata.

Metanón miró al frente y vio que Ruryk venía hacia ellos, sonriente.

—Damián y Triel ya llegan —comentó este mientras se les unía y entraban juntos al salón.

Antes de que pudieran decir algo más, aparecieron los dos hermanos que, si por separado parecían imponentes, juntos eran avasallantes. Sus estampas gigantes los hacían lucir temerarios. Al contrario de su hermano, que llevaba el cabello casi rapado a excepción de la línea central de la cabeza, Triel

llevaba el cabello negro largo hasta la cintura, lacio y desmechado, enmarcando sus ojos negros tan temibles como los de su hermano y que hacían contraste con sus dientes blancos y perfectos. Su piel también era bronceada y de su pecho se desplegaba el tatuaje de una serpiente que le subía por el cuello y terminaba a la altura de su mejilla izquierda. Ver el rostro de aquella serpiente cubriendo parte de la cara del caminante era, sin ninguna duda, impresionante.

Ambos hermanos se caracterizaban por sus tatuajes, que correspondían a un legado del que se habían hecho acreedores hacía tiempo. Triel, después de haber permanecido secuestrado durante tres años en manos de los caídos, y Damián, desde que era un adolescente. Con ese legado, se les había otorgado el *don de la transformación*, que implicaba transformarse, bajo circunstancias extremas, en bestias similares a las que llevaban impresas en sus cuerpos.

La entrega del legado consistía en un ritual dirigido por un maestro especial de la Estirpe de Plata llamado Astos. Haber recibido ese don implicaba que los caminantes en cuestión habían sido considerados por la Estirpe como guerreros formados por experiencias difíciles, traumáticas y hasta macabras, que, aunque los habían fortalecido para la lucha, también los habían colmado de demonios interiores, representados por el animal mitológico impreso en sus cuerpos. A su vez, para que el don de la transformación se manifestase, primero debía ocurrir *la activación* del legado. Esta marcaría el inicio de la carrera contra la dominación de la bestia de cada uno. En Damián la activación de su dragón ya había sucedido unos meses atrás, indicando que su trabajo interior había logrado pulsar la campana de largada, mientras la de Triel permanecía aún en silencio, ya que él no estaba listo para su toque.

La transformación de un guerrero en una bestia, si bien era un arma efectiva contra sus enemigos por la implacable fuerza y voracidad incrementada que adquiriría el cuerpo en medio de una lucha mortal, también era una espada de Damocles. Mientras durara la conversión, el cuerpo de la bestia requeriría de un consumo de energía tan enorme que, al producirse la

vuelta a la normalidad, el caminante debía padecer durante varias horas un devastador tormento, que lo volvía vulnerable a cualquier ataque o situación difícil, hasta volver a la calma y al orden. Astos les había explicado que el día que ambos hermanos lograran vencer sus miserias interiores sería el momento en que los guerreros desactivarían para siempre el legado, alejándose finalmente de las bestias, para dar paso a guerreros con virtudes y dones mentales y espirituales más evolucionados.

—¿Qué es lo que pasa? —se alzó la voz de Damián evidenciando su enfado mientras miraba a Gabriel, Ruryk y Metanón con los ojos ensombrecidos—. Espero que se trate de algo importante, porque he tenido que cancelar una investigación clave.

—Se trata de un video que, al parecer, es importante para la Estirpe —explicó Gabriel, tratando con su tono de voz de suavizar al caminante—. De serlo, llamaremos a los jefes.

Entraron al salón, donde en el centro se desplegaba una mesa de gran tamaño alrededor de la cual se sentaron. En la pared había una pantalla gigante donde se llevaría a cabo la proyección del video. Metanón se inclinó y prendió una tableta apoyada sobre la mesa que, a su vez, estaba conectada a la pantalla. Antes de iniciar la proyección, comentó:

—El video ha sido tomado por la cámara del teléfono móvil de un agente especializado de la Estirpe, Alexander Nygaard, que trabaja para la organización de Aarhus, la segunda ciudad de Dinamarca. Desde que Gabriel anunció hace un año y medio que sus sueños lúcidos mostraban a una mujer que parecía ser de la Estirpe y que podría tener que ver con uno de los símbolos, se ha originado un despliegue de agentes de la Estirpe en diferentes partes del mundo para tratar de dar con ella.

Todos asintieron en silencio. La Estirpe de Plata contaba con un ejército de guerreros especialmente entrenados y que colaboraba con los *silverwalkers* en su lucha contra los caídos, ya que estos, además de luchar por las almas de la Estirpe, también lo hacían para apoderarse de lo que los caminantes hacía tanto tiempo venían buscando: el primer símbolo. Este

formaba parte de las profecías, las cuales aseguraban que la obtención por parte de los caminantes de *cinco símbolos* desparramados por el mundo permitiría desarrollar y expandir la Estirpe de Plata y la casta de los caminantes a un grado inimaginable. Y Gabriel era el *guardián* del primer símbolo revelado en sus sueños.

Gabriel miraba expectante la pantalla vacía, esperando dilucidar si el video no solo revelaría algo acerca del símbolo, sino también sobre qué o quién era Aniel. No pudo evitar pensar de inmediato en la mujer con la que copulaba noche tras noche, de la que solo veía los ojos, el cabello y parte de su figura. Ella, sin duda, pertenecía a la Estirpe de Plata por el resplandor plateado que emanaba de los ojos y la cabellera.

Metanón inició la proyección del video y, de inmediato, fue a sentarse junto con los demás. La película mostraba a una joven de cabello rubio miel junto a otra de cabellos color fuego, sentadas en una fuente ubicada en el centro de la ciudad danesa, al lado de una enorme iglesia. Las dos mujeres charlaban y reían como dos chicas comunes; no obstante, la belleza de ambas las distinguía de las demás. En el video, el agente Nygaard había editado las diferentes partes que él había filmado e intercalado explicaciones sobre lo que le había parecido importante.

—Me ha llamado la atención lo que ocurre a continuación, mientras las dos mujeres se hallan rezando dentro de la iglesia Domkirken.

En efecto, se veía a las dos chicas sentadas en una iglesia y parecían rezar o meditar. Al cabo de un rato de permanecer inmersas en su silencio, comenzaron a irradiar, sobre todo la mujer de cabellera rubia, un aura de color plateada incandescente muy fuerte, más de lo que la gente de la Estirpe acostumbraba a manifestar. El aura se volvió extremadamente potente a medida que la meditación se hacía más profunda. La aureola que desprendía la mujer pelirroja no era tan intensa sino casi transparente, lo cual también era indicio de un tipo especial de irradiación que los caminantes no habían visto antes.

—Impresionante —musitó Metanón mientras seguía el video sin pestañar.

Ambas aureolas desaparecían al momento de terminar la meditación y abrir las mujeres los ojos. La siguiente imagen del video mostraba a las dos jóvenes sentadas en la fuente al lado de la iglesia. Mientras las amigas hablaban, estallaban en carcajadas que provocaban que lágrimas incontenibles brotaran de sus ojos. El *zoom* de la cámara de Nygaard detectó unas pocas lágrimas color plata que brotaron de la mujer de cabello rubio. También los ojos tenían un brillo del mismo color.

—Pero lo que viene a continuación considero que es lo más revelador — continuó diciendo la voz de Nygaard. Las imágenes mostraban a dos hombres de cabellos largos, con gafas negras de sol, enfundados en unas chaquetas de cuero negro, que se acercaban por detrás de las mujeres. La de cabellos rubios los interceptó de inmediato y, tomando a la amiga del brazo, empezó a correr. Nygaard iba tras ellos y, al cabo de unos segundos, registraba con su móvil una lucha frenética entre las mujeres y los dos hombres.

Mientras seguía con los ojos las imágenes, Gabriel sintió un deseo apremiante de proteger a la mujer de pelo rubio. El pulso y la respiración se le aceleraron casi sin control. Veía como luchaban las mujeres y no había otra manera más adecuada de calificarlas: Amazonas. Conocían el arte de defensa personal sin ninguna duda y, aunque los hombres eran fuertes y buenos luchadores, las chicas no se quedaban atrás en sus habilidades. En un momento, cuando uno de los hombres había atrapado entre sus brazos a la mujer pelirroja, se escuchó un gruñido que provino de la garganta de Metanón.

Al cabo de un par de minutos surgieron a la distancia tres hombres uniformados que venían al rescate de las mujeres. Eran policías daneses que con seguridad habían interpretado la lucha como una pelea callejera o como un intento de robo o violación. Ante la presencia de la policía, los dos hombres emprendieron la retirada, no sin que antes uno de ellos gritara a la mujer de pelo rubio:

—¡Sabes que no puedes huir! Sácritos te tendrá y contigo al símbolo.

—Dile a ese tipo que nunca me atrapará. ¡Nunca! —contestó la chica

frenética, casi sin aliento. A continuación, la amiga la sacudió por el codo y dijo a viva voz lo que Gabriel había sospechado desde un principio:

—¡Vamos, *Aniel*, vamos!

Y a toda carrera, desaparecieron.

La pantalla enmudeció. *Aniel*.

«¡Dios!». Los ojos de Gabriel se habían transformado en dos finas rayas ámbar. *Aniel* no era el nombre de un lugar, de un libro o de una película. Era el nombre de aquella criatura, que era la clave para encontrar lo que los *silverwalkers* habían estado buscando durante tanto tiempo.

Miró en derredor para constatar qué impresión habían causado *Aniel* y su amiga al resto de los caminantes. Indudablemente, todos las habían observado con detenimiento sin parpadear, pero lo que no sabía era si la figura apabullante que constituía *Aniel* provocaba en los demás lo mismo que en él. El cuerpo de Gabriel había respondido ante la imagen de la mujer de manera descontrolada. Pudo reconocer de inmediato la cabellera, los ojos verde mar con reflejos de plata y el esbelto cuerpo. Ella no solo llevaba la carga genética de la Estirpe de Plata, sino que era la mujer que él veía en su sueño, donde se revelaba que el tiempo para obtener el primer símbolo para la Estirpe había llegado.

Unas gotas de sudor se abrieron paso a través de las sienes y la nuca, acompañando los latidos de su corazón. Gabriel estaba preparado para la acción y lo imprevisible, y ejercía el control de las situaciones de manera absoluta y eficaz, pero lo que en este momento circulaba por su cuerpo iba más allá de lo que él conocía.

«¡Mierda!».

De la manera más inesperada, se alzaba ante ellos la pieza clave para la resolución de una parte del puzle que los *silverwalkers* estaban tratando de descifrar desde hacía más de una centuria. Y la primera llave para acceder al conocimiento estaba allí, reflejada en la película que el ordenador había proyectado, y que también formaba parte de sus sueños. Una clave tan hermosa como peligrosa.

—Ella es de la Estirpe —dijo Damián e interrumpió sus pensamientos.

—Y sabe sobre la existencia del símbolo —continuó con voz pausada su hermano.

—Sabíamos por los sueños lúcidos de Gabriel que ella podría ser la clave en la búsqueda del símbolo, pero nunca supimos si era real. Pues aquí está ahora en carne y hueso —exclamó Ruryk señalando la pantalla vacía con las manos.

—¿Y la otra mujer? —preguntó Metanón con cierta urgencia.

—Parece que son muy unidas. No creo que sean hermanas, ya que no se parecen. Además, su español tiene acento extranjero. Quizás es danesa. Tampoco vimos sus lágrimas plateadas, aunque el brillo de la aureola que irradiaba era especial. Deberemos estar seguros de si ella pertenece a los nuestros —destacó Triel.

—Sácritos quiere a Aniel y al símbolo —añadió Ruryk.

Gabriel sintió que una punzada de territorialidad aguda y furiosa le subía por el pecho al constatar que el jefe letal de los caídos la buscaba.

—Sabíamos que intentaría luchar para que el símbolo no llegara a nuestras manos, pero no contábamos con que Aniel fuese parte de lo que él desea —enfaticó Triel.

—Y ella lo sabe —dijo Ruryk en voz muy baja.

—Esto se complica cada vez más —siseó Gabriel casi ahogado de rabia y apartó la vista de la pantalla ciega, con los ojos transformados en dos llamas canela.

—Alguien tendrá que ir a Dinamarca a buscarlas.

—Yo —anunció Gabriel con voz gélida.

—Y yo —se sumó Metanón.

—¿Los dos? —preguntó Damián sorprendido.

—Son dos mujeres y encontraremos más pistas si vamos juntos —contestó Metanón terminante.

—Entonces el viaje es de ustedes. Cuanto antes salgan, mejor —dijo

Damián. Se levantó de la mesa y caminó a su alrededor tocándose la barbilla con una de las manos, pensativo. Todos parecían sentir lo mismo. El sonido de un móvil interrumpió el momento. Metanón atendió al mismo tiempo que se dirigía hacia una de las esquinas del salón. Al cabo de unos minutos regresó.

—El investigador Nygaard acaba de informar que después de la pelea ha seguido a las mujeres al hotel donde se hospedan. Aún siguen allí, al menos hasta hace cinco minutos, pero es probable que lo abandonen.

—Debemos apresurarnos —dijo Gabriel.

—Espérenme un minuto —solicitó Ruryk, que abrió la pantalla de su móvil—. Los llevo a Buenos Aires en una hora —dijo luego de un rato—. Esta noche sale un vuelo desde Ezeiza a Copenhague, vía Londres.

—Llamemos antes a los jefes —enfaticó Damián, que se había detenido en una esquina de la habitación. Los cinco se miraron y asintieron. Damián volvió a sentarse a la mesa y todos, sin demora, cerraron los ojos.